

ALFAGUARA



Hernán Rivera Letelier

Los trenes se van al purgatorio



ALFAGUARA



Hernán Rivera Letelier

Los trenes se van
al purgatorio

La locomotora avanza humeante, férrea, fragorosa, por el desierto más triste del mundo. Piedra a piedra, cerro a cerro, quebrada a quebrada, bufando como una mula sedienta, avanza negra la locomotora (sólo su gran campana de bronce brilla sonámbula bajo el sol de mediodía).

Traqueteando una dura letanía interminable, ruega que ruega rogando, van los coches polvorientos para que el calor no le evapore el ánimo a la locomotora, para que los espejismos azules anegando los rieles de acero a lo lejos no la engañen con sus lagunas de mentira y, muerta de sed, no se quede como una bestia reventada en medio de esas soledades infinitas en donde, a su paso, ninguna vaca lenta vuelve la cabeza para mirarla, ningún labriego endereza su torso de ángel doblado para hacerle señas y el óleo de ninguna lluvia inefable unge el arestín de su espinazo de fierro.

Lorenzo Anabalón, el acordeonista, apoyado en el estuche de su instrumento, va reconociendo con nostalgia esos agrios páramos desnudos. Es el mediodía de la segunda jornada de viaje y, mientras el tren vadea un interminable cerro de arena, en su rostro terroso ya se nota el desmadejamiento de la fatiga. Su pañuelo de seda atado al cuello se ve marchito de sudor y sebo.

«Más allá no se verán ni cactus», dice la quiromántica.

Papirotando distraídamente sobre su acordeón rojo, Lorenzo Anabalón asiente con la cabeza sin dejar de mirar por la ventanilla. Los postes del telégrafo, pasando intermitentes hacia atrás, le van rebanando simétricamente el paisaje y los recuerdos.

«Que por esas peladeras no crece ni la cizaña», insiste la quiromántica; que, por lo mismo, sus hierbitas medicinales tienen tanta demanda por esos lados; que, incluso, en sus recorridos por las salitreras conoció a una señora que se ocupa de visitadora sexual y que siempre le está encargando montecitos para prepararles a sus amigas de oficio, pues dice que sus agüitas milagrosas lo mismo pueden aliviar un dolor de ovarios que limpiar los vidrios del alma del vaho violeta de la melancolía. «Y razón tiene la matrona, pues, don Lorenzo», dice la mujer abanicándose los pechos con un manojo de sus papeles rosados, «si con decirle que unas simples gotitas del zumo de las hojas de laurel, por ponerle sólo un botón de muestra, corrigen los desarreglos del estómago, provocan el periodo a las mujeres, curan el dolor de oídos, disminuyen la sordera y quitan las manchas del rostro.

Todo eso sin mencionar las propiedades mágicas que posee la plantita, como el increíble poder de adivinación que da el masticar sus hojas más tiernas, ¿se da cuenta, usted, mi querido don Lorenzo?».

«En lo único que esta hembra no se parece a Uberlinda Linares es en lo palabrera», piensa con resignación el acordeonista mientras se restriega los párpados con el pañuelo del cuello. Por ser ese el primer coche del convoy, el humo de la locomotora

se cuele a ráfagas por las ventanillas haciendo lagrimear a los pasajeros y manchando todo de tizne.

«Ayer me pareció oírle decir que alguna vez trabajó en la pampa», dice ahora la quiromántica, sin dejar de abanicarse y soplarle el escote. «¿En qué oficina fue?».

«En Iris».

«¿De músico?».

«No, de patizorro».

«¿Y por qué se fue, si se puede saber?», inquiera la mujer en un tonito que quiere parecer displicente.

En un gesto que puede ser de calor o de encorramiento, Lorenzo Anabalón se afloja un poco el pañuelo del cuello y voltea la cabeza con desgano hacia las dos mujeres sentadas enfrente suyo. Primero mira a la madre de la quiromántica (la anciana con aire de animita en pena sigue sumergida en su tejido celeste), luego la mira a ella, la mira profundamente a los ojos (en verdad el parecido físico con Uberlinda Linares le resulta increíble) y responde suspirando:

«Por una mujer».

Al girar de nuevo la cabeza y volver a su ensimismamiento, en sus ojos color de agua vuelven a reflejarse turbiamente esas planicies adustas. Aunque había pasado una punta de años, él siempre estuvo consciente de que en esta travesía de regreso a la pampa se iba a encontrar de nuevo con el recuerdo quemante de aquella mujer lejana. Sin embargo, nunca pensó que fuera a suceder de manera tan violenta. Y es que era realmente asombroso que la pitonisa de los pechos grandes se pareciera tanto a Uberlinda Linares. En verdad, la madame era como la reencarnación perfecta de aquella mujer por la que un día él se había espichado de amor. Aunque más rellenita de humanidad, la quiromántica era trigueña, igual que Uberlinda Linares, tenía la misma sonrisa, los mismos labios acorazonados y los mismos ojos misteriosos; esos ojos que él nunca había sabido definir bien. Nunca hasta ahora. Porque ahora sí, tras conocer a la madame, lo sabía claramente: Uberlinda Linares tenía ojos de adivina.

Al atardecer del día anterior, luego de toda una jornada de viaje, cuando el crepúsculo era un gran lienzo rojo colgado en las ventanillas del coche, Lorenzo Anabalón había sacado su instrumento del estuche y, tras preguntar a los pasajeros más cercanos si les parecía bien un poco de música, se había puesto a ensayar algunos de los temas más populares de su repertorio.

Luego de oír fascinada las tres primeras melodías, madame Luvertina le había preguntado si sabía «Flores negras». Él, que nunca dejaba de caballerear con las mujeres, le tocó y le cantó a media voz, sólo para ella, el muy sentido bolero de Sergio de Karlo (a ella le pareció que su voz melodiosa, llena de floreamientos musicales, no iba para nada con los movimientos tardos de su corpulencia de minero). Y fue

entonces, mientras le cantaba «flores negras del destino nos apartan sin piedad», que Lorenzo Anabalón descubrió que la mujer tenía los mismos ojos enigmáticos de la que había sido el gran amor de su vida.

«Para conservar esa maravilla de voz que Dios le ha dado, don Lorenzo, tiene que comer huevos de alondras», le dijo ella al terminar de cantar.

Él levantó las cejas.

«En domingo y antes de que suenen las campanas de la iglesia», remató melosa ella.

Después, por la noche, tras acomodar su humanidad en el asiento de palo y dormirse abrazado a su acordeón como a una hembra acurrucada, Lorenzo Anabalón había despertado dos veces al traqueteo del tren y las dos veces había sorprendido a la quiromántica contemplándolo insomne desde su asiento. En la penumbra del coche, iluminada apenas por el reflejo de la luna restallando en el vidrio de la ventanilla, la mujer lo miraba con la misma lascivia de animal edénico con que, en los momentos de amor, miraba Uberlinda Linares. Por entre lo pastoso de su sueño, Lorenzo Anabalón se había dicho que ese huevito blanco quería sal.

En verdad la brujita no estaba mal como hembra. Aunque ambos debían de andar por la misma edad, sus años de macho castigador se notaban mucho más tormentosos que los de ella. Y por más que se fijaba y ponía atención en sus maneras, no le hallaba ningún rasgo de pitonisa patrañera y embaucadora como la que él había consultado una vez en el pueblo de Quillota. Lo más esotérico que llevaba encima era un anillo con una piedra verde en el dedo del corazón y una selenita con el grabado de una golondrina colgando al cuello. La selenita, aparte de favorecer el desarrollo de la adivinación y los sueños premonitorios, le había dicho ella mirándolo a los ojos, servía de amuleto para reconciliar a los amantes. Además, en su cara redonda no había una pizca de afeitado. Sus adornos más mundanos eran un peine de nácar con que se afirmaba el cabello, y un collar de perlas blancas, grandes como bolacos, que en el zangoloteo del coche se removían blandamente sobre la prominencia de sus pechos.

Su rostro de mejillas sonrosadas se veía angelizado por un suave aura de melancolía. Daba la impresión de que de tanto predecir, presagiar, descifrar e interpretar cuitas ajenas, a madame Luvertina se le habían ido enredando jirones de tristeza en la frondosidad de su pobre corazón clarividente. En el fondo le parecía una mujer desdichada. «Una de esas hembras congénitamente insatisfechas», había pensado Lorenzo Anabalón. Luego, fumándose un Ópera, había comenzado a imaginar en cómo se vería la madame con los labios pintados de *rouge*, el trigal de su pelo suelto y caído sobre un solo lado de la cara, y vestida con un translúcido *negligé* negro lleno de vuelitos pueriles (uno de los tirantes del *negligé* caído deliciosamente sobre el brazo). Había tenido que sacudir fuerte la cabeza. Y es que, en verdad, lo que vio aparecer frente a él fue el espejismo vivo de Uberlinda Linares sonriéndole lúbricamente desde las dunas de su memoria.

A Lorenzo Anabalón siempre le había gustado viajar en el primer coche de los trenes. Al embarcarse temprano en La Calera, ciudad desde donde salía el Longitudinal Norte, el *Longino*, como le llamaba la gente de la pampa, se había hallado con un solo pasajero sentado en mitad del vagón. El hombre, que vestía de punta en blanco y llevaba un clavel prendido en la solapa, y que con las manos cruzadas sobre el pecho y estirado a todo lo que daban sus piernas largas parecía dormir el sueño de los justos, no respondió a su saludo.

Encogiéndose de hombros, Lorenzo Anabalón se preocupó de inmediato de meter su maleta con esquinas de metal debajo del asiento; de ese modo ninguna mujer le chantaría un niño de contrabando. Luego acomodó su acordeón en el asiento junto a la ventanilla para darlo por ocupado.

En ese arduo tren de tercera, sin coche-comedor ni coche-dormitorio, había que acomodarse de cualquier modo para viajar más desahogado y poder tenderse a dormir en las cuatro noches de esos cuatro días interminables que duraba el viaje.

El tren salió de La Calera a medio llenar, pero en las estaciones de los pueblos siguientes se fue atiborrando de pasajeros agobiados, todos con una camada de hijos a la rastra y un balumbo de bultos a cuesta. Urgidos pasajeros que tomaban el convoy por asalto y encaramaban sobrecorriendo a los niños para que se hicieran de algún asiento o demarcaran un pequeño territorio en las tablas del piso, mientras las mujeres más iracundas, en su afán de no quedar instaladas en la intemperie de las pasarelas, metían por las ventanillas sus grandes canastas de cocaví y arrojaban sus retobos sin ninguna consideración por los pasajeros ya instalados.

La quiromántica se había embarcado junto a su madre en la estación de Palos Quemados. Las mujeres se subieron al primer coche, que fue el que les quedó a mano, y se instalaron de inmediato en el asiento frente a él, el primero que hallaron desocupado. Su equipaje consistía en dos canastas de mimbre y media docena de cajas de cartón. Él, siempre acomedido con las mujeres, las ayudó achilladamente a poner unas en el portaequipaje, otras debajo del asiento y el resto arrinconadas lo mejor posible para que no estorbaran el paso. Al comentar el olorcito saludable que emanaba de las cajas, la más joven explicó que llevaban plantas medicinales. «Hierbas mágicas cortadas en la misma falda de la cordillera», le dijo. Luego le dio las gracias infinitas por su gentil ayuda.

«Soy madame Luvertina», dijo, mirándolo fijamente.

Desconcertado por lo de *madame*, él se presentó como Lorenzo Anabalón, un filarmónico que viajaba con rumbo a la pampa salitrera. Y cuando, palmoteando su instrumento, dijo: «Soy acordeonista», en sus ojos alcanzó a percibir un relumbrón que le pareció sumamente familiar.

«Ella es mi señora madre», dijo, conturbada, la mujer.

La anciana de pelo azulino no hizo ningún gesto de saludo. A Lorenzo Anabalón le pareció como elementada y, con todo el respeto que él sentía por las personas ancianas, más vieja que el palqui.

Apenas el tren se puso de nuevo en marcha, madame Luvertina sacó de una canasta un ovillo de lana celeste y dos palillos de madera y se los pasó a la anciana. Ésta, con perentorios gestos de maniática, comenzó de inmediato a tejer. Por lo rizado de la lana, al acordeonista le pareció que provenía del desarme de otro tejido. Luego, de la segunda canasta, la madame sacó los primeros trozos de pollo y pavo cocidos con que se habría de ir alimentando y convidándole generosamente a él, durante todo el trayecto.

Mientras ellos comían, la madre tejía vesánicamente, sin levantar la vista ni probar alimentos. Cada dos o tres horas, su hija le daba a beber una infusión que mantenía en un termo a cuadritos escoceses. A diferencia de su hija, la anciana vestía prendas oscuras y de sus labios corrugados no salía una sola palabra. Sus ojitos de ópalo transparente eran lo único movedizo de su rostro inexpresivo. Como si sus dedos nudosos tuviesen vida propia, acomodándose su echarpe con la frecuencia de un tic nervioso, la anciana manejaba los palillos con una rapidez y una precisión abismantes, a ratos con la mirada perdida en el paisaje y a ratos dormitando con la placidez de una vieja paloma cenicienta, y todo sin que se le fuera un solo punto de su tejido litúrgico.

Después de la primera comida, y tras dar gracias al buen Dios misericordioso por el pan nuestro de cada día, madame Luvertina sacó un manojito de papeles rosados de una carpeta y le alargó uno.

«Léalo con calma», le dijo.

Acto seguido, se paró y se puso a repartir los papelitos entre los demás pasajeros del coche. Fue ahí que Lorenzo Anabalón se vino a dar cuenta por qué lo de *madame*. La gorda bonita era adivina.

En sus papelitos de color rosa, escritos a mano y con una redonda letra llena de florituras, madame Luvertina se presentaba a sí misma como astróloga, quiromántica, mentalista, espiritista y consejera familiar recién llegada de Centroamérica (se ruega no confundir con otras). Además de leer el destino en las líneas de la mano y tirar las cartas del tarot, madame se ofrecía a solucionar toda clase de problemas, domésticos y del alma (por más difíciles que éstos sean). Para la ciencia de madame Luvertina no había nada imposible. Diplomada y premiada con la Medalla de Oro en la Academia de los Rosacruces de Brasil, contaba con veinte años de experiencia adquirida en Europa y Centroamérica. Ofrecía trabajos garantizados y afirmaba que no era sólo propaganda, que los hechos la recomendaban. Si la amargura, el dolor y la desilusión se habían apoderado de su vida, no tenía más que visitarla y consultarla. Que su ayuda espiritual iba dirigida incluso para los problemas más íntimos del ser humano: amor no correspondido, malos negocios, juicios pendientes, casas cargadas, viajes fracasados, matrimonios

mal avenidos, infidelidades conyugales y otros similares. ¿Se siente usted desorientado en la vida? ¿Sufre de alguna enfermedad incurable? ¿Impotencia sexual, reumatismos, hongos, angustia, parálisis, menopausia, artritis, diabetes, asma, hígado, várices, alcoholismo, ideas obsesivas u otros desajustes emocionales? Ella, madame Luvertina era la más indicada para ayudarlo. Y su campo de acción abarcaba también el rubro de las hierbas medicinales.

De tal manera que disponía de sahumeros y talismanes bendecidos, especiales para atraer la dicha a los desdichados, la gracia a los desgraciados y la ventura a los desventurados. Miles de personas habían quedado eternamente agradecida de sus servicios. Por la lectura de manos pedía la módica suma de cien pesos, y por echar las cartas del tarot doscientos pesos. Los remedios naturales los recetaba gratis. El volante de color rosa, escrito por ambos lados, terminaba diciendo, en letra mayúscula y entre signos de exclamación, que se consideraban y respetaban la ciencia médica y las creencias religiosas de todas las yas.

«Siempre que viajo en tren aprovecho de verle la suerte a los pasajeros», le había dicho madame Luvertina. Que el viajar era un estado ideal de relajamiento, pues las personas se volvían mucho más perceptibles, más sensibles, más emotivas. En un arrebato lleno de inspiración, la brujieta le había aseverado que el hecho de viajar, sobre todo en tren, sumía a hombres y mujeres en un estado como de crepúsculo. «Como de crisálidas en su envoltorio de gasa», le había dicho. Y a esas alturas del viaje, después de un día y una noche y la mitad del otro día, madame Luvertina ya había atendido las consultas de unos cuantos pasajeros del coche.

Entre los que aún no se habían hecho ver el destino, aparte del acordeonista, estaba el enano que viajaba un par de filas más atrás y que no paraba de hablar y mover sus bracitos torcidos; el viejo campesino de sombrero requintado y bastón de palo santo que viajaba con su nieta; el vendedor de quesos de cabra que iba sentado junto a ellos, y don Auditor, un viejo empleado de escritorio de la oficina Cala Cala, que lucía un vistoso camisolín de fantasía y que si no estaba gimoteando de dolor de muelas, se estaba vanagloriando de su preciosa caligrafía de pendolista.

Madame Luvertina había instalado su consultorio en el estrecho espacio que quedaba entre su asiento y la caseta del baño. Cada vez que alguien acudía a consultarla, se sentaba muellemente sobre una de las cajas con hierbas, rezaba una oración en silencio, abría sobre sus polleras una carpeta forrada en terciopelo rojo, adornada con motivos astrológicos, y, ahí, al hipnotizante traqueteo del tren, viéndole las cartas o leyéndole las manos con su cantarina vocecita de niña, comenzaba a dilucidarles los enigmas de su suerte, a revelarles a cada uno los misteriosos vericuetos de sus destinos.

Lorenzo Anabalón, entre el ruido del tren y la bullanga de los niños en el coche, había oído algunos retazos de las sibilinas parrafadas de la quiromántica. Y en verdad lo que había alcanzado a oír no se parecía en nada al discurso de la pitonisa de pacotilla que él había visitado una vez, por el tiempo de cuando

Uberlinda Linares lo abandonó para irse con otro. Tan al garete andaba en esos días, tan pajarito huérfano en busca de una jaula, que no se dio cuenta de cómo una mañana se encontró en un pringoso cuarto de hotel barato, amueblado con sólo una mesa y dos sillas desvencijadas, consultando a una pitonisa desdentada y de aliento podrido, recién llegada al pueblo.

En medio de una densa humareda de sahumerio y una docena de gatos esotéricos, su decepción fue grande al oír de boca de la mujer la misma perorata que repetían las gitanas en las plazas públicas.

Que él era un hombre de muy buen corazón del que todo el mundo abusaba hasta el cansancio; que la poca plata que ganaba se le volvía sal y agua entre los dedos, ¿me entiende, el caballero?; que aunque siempre había trabajado muy duro para surgir en la vida, sus esfuerzos sucumbían sin remedio en las más negras frustraciones y desengaños. Y todo ese montón de tencas muertas para terminar diciéndole que alguien le había echado un mal. Y que para «descargarlo» debía pasarle el billete de más valor que anduviera trayendo. Y que tuviera fe en ella, ¿me entiende, el caballero? Él, con movimientos de autómata, se metió la mano al bolsillo y le pasó el único billete grande que llevaba encima. Tras doblarlo y empujarlo repitiendo una oración insustancial, la gárrula legañosa le salió con que tenía que dejarle el dinero en prenda, pues había que velarlo durante toda la noche. Y luego, con toda la desfachatez del mundo, le pidió que al día siguiente volviera con otro billete del mismo valor, más un huevo blanco y un paño de cocina, ¿me entiende, el caballero? Él entonces entendió claramente y, pese a la pena inmensa que le obnubilaba la razón, reaccionó de su alelamiento, le arrebató el billete de las manos y mandó a pasear a la punta del cerro a la pitonisa sacamuelas.

Las primeras que habían consultado a madame Luvertina habían sido las hermanas vestidas de tafetán morado. Feas como quirquinchos, las hermanas se persignaban fervientemente al paso de cada animita levantada a orillas de la línea férrea y no dejaban de entarascarse y mirarse a cada rato en sus redondos espejitos de carey.

Entre la retahíla de bultos pequeños que habían acomodado a sus pies, hedía fuertemente una caja de cartón con agujeros llena de pollitos recién nacidos, que no habían cejado de piar en todo el viaje.

Conversando en voz alta, mientras acomodaban y reacomodaban los vuelos de sus vestidos de tafetán morado, las mujeres habían enterado a todo el mundo de que en realidad eran cuatro hermanas en total, todas señoritas con el favor de Dios, y que en el pueblo de Pampa Unión tenían una casa de cena en donde atendían ellas solas a cuarenta y cinco mineros salitreros.

Luego la madame le había leído las manos a la señora flaca que viajaba con una guagua de días pegada al pecho y una pareja de mellizos sueltos que zampaba en dos canastas de mimbre cada vez que pasaban los conductores, pues no les había comprado pasajes y cada uno medía más de un metro.

La mujer iba en busca de su marido, que un año atrás había partido a trabajar a las salitreras y del que nunca más había tenido noticias. La guagua no había dejado de mamarle en todo el viaje, y los pequeños barrabases, si no estaban jorobando al enano que viajaba en el coche, estaban asomando la cabeza peligrosamente por las ventanillas. «A estos angelitos habría que ponerles tringallo», había dicho el viejo de sombrero requintado y bastón de palo santo que viajaba junto a su nieta. Era la frase más larga que se le había oído al anciano durante todo lo que llevaban de trayecto. La niña, de preciosa carita blanca y vestida de harapos, engarruñada junto a la ventanilla, no hacía más que jugar al run-run y rascarse la cabeza frenéticamente, a dos manos.

Después le había visto la suerte a la pareja de enamorados lánguidos que iban a la pampa en busca de su destino, como le habían dicho ellos mismos con la cara llena de ilusión. A ella, Zenobia Castillo, una muchacha pequeña y rubia, y de pechos menudos, la quiromántica le dijo que su novio era un hombre de buena sombra y le vaticinó que sería muy feliz junto a él. Y a él, Amable Marcelino, un muchachote alto y moreno, de cara halconada y ojos soñadores, le dijo que quisiera mucho a su novia en esta tierra, pues era tan buena que los ángeles se la codiciaban para la corte celestial. Aunque llevaban asientos, la pareja de novios viajaba la mayor parte del tiempo en la pasarela del coche, abrazándose y besándose con una desesperación infinita. Ella, con apenas diecisiete años de edad, se había escapado de la casa de sus padres para irse con él hasta el fin del mundo. Él había desertado de la milicia.

La última que había consultado a madame Luvertina había sido una mujer de negro que viajaba sola. «La Llorona», le habían puesto los mellizos. Pálida y demacrada, escondiendo el pulgar en sus manos empuñadas como hacen los niños asustados, con un aura de dolor inconsolable en su rostro campesino, la mujer sacaba a cada rato una carta desde su escote y luego de leerla en silencio, se volvía hacia la ventanilla y se ponía a gemir como un pobre animalito desahijado. La carta era de la oficina salitrera Agua Santa y en ella se le comunicaba el fatal accidente sufrido por su hijo en las calicheras. Y ella viajaba ahora a buscar su cadáver. Al subir al tren, le había contado a don Audito, su compañero de asiento — y después ya no habló más nada con nadie —, que la noticia la había matado de pena, pues su niño Manuelito, único hijo varón, había sido siempre la luz de sus ojos. Que hacía apenas dos años a la fecha, su hijo era un tranquilo campesino que trabajaba una parcelita en Las Cabras, hasta donde una tarde maldita llegó un afuerino vistiendo traje con chaleco y leontina de oro, y luego de invitarlo a beber los mejores vinos y a comer los más caros causeos en los más emperifollados boliches del pueblo, el forastero le había emponzoñado el alma con ilusiones y cuentos de riqueza fácil, hasta lograr engancharlo a las minas de salitre, en donde había muerto destrozado por un tiro de dinamita.

Don Audito la había oído en silencio y, al final, suspirando hondo, sólo había comentado para sí:

«El mismo triste cuento de siempre».

Esta es la historia de Alma Basilia, una singular mujer que vivió en la oficina Resurrección y que gozaba el raro privilegio de tener el único árbol del campamento plantado a la puerta de su casa, hecho que, por supuesto, constituía la envidia comprensible de todos los resurrectinos. Hija de un inglés venido a menos y de una salamanquina avecindada en la pampa, Alma Basilia – de cuerpo menudo y piel clara – tenía, además, la particularidad – envidiable o no – de ser la única prostituta de la oficina.

Como Resurrección era una oficina muy pequeña – ni siquiera tenía dotación de carabineros –, había también una sola preceptora, una sola partera y una sola maestra de piano. Y así como la preceptora debía de arreglárselas para enseñar a una matrícula de 147 alumnos (más algunos adultos a quienes les daba por alfabetizarse), y la partera ayudar a alumbrar a las 105 mujeres casadas (más alguna soltera que salía de pronto con su domingo siete), y la maestra de piano enseñarles a tocar a las hijas de las diecisiete familias más encumbradas de la oficina (más una que otra hija de empleado arribista), del mismo modo Alma Basilia se ocupaba ella sola de los 183 solteros que laboraban en Resurrección. Aunque a esta cifra había que restar al cura párroco y al manflorita de la perfumería, y agregar la cáfila de casados insatisfechos que en días de pago se colaban subrepticamente en su casa.

En Resurrección todo el mundo conocía a Alma Basilia y todos la llamaban de manera distinta.

Mientras los tiznados y los patizorros la cariñoseaban llamándola chimbiroquita, la demás gente usaba toda clase de subterfugios para hablar de ella. La preceptora, por ejemplo, la nombraba cortesana; la partera la llamaba buscona y la vetusta maestra de piano, hetaira. El jefe de

Estación le decía meretriz; el jefe de Pulpería, un gordo de 182 kilos de peso, la llamaba murranga, y el jefe de Correos, un tanto más ilustrado que todos ellos, Mesalina. El curita párroco, por su parte, en sus charlas con las beatas más camanduleras de la congregación, la aludía como la mujer de vida aireada; las señoritas de la oficina se referían a ella como la fulana y las señoras la trataban directamente de zorra. Sólo los niños, riendo maliciosamente entre ellos, decían, lisa y llanamente, la puta del arbolito. Y es verdad que el arbolito era como el farol rojo de su casa.

Y aunque a Alma Basilia, solitaria y quitada de bulla, le daba lo mismo cómo la llamaran, personalmente se quedaba con el único apelativo con que nadie la trataba: ramera. La palabra le había quedado sonando desde que un empleado de escritorio que escribía versos de amor y cantos a las reinas de la primavera, le contó una noche que dicho vocablo provenía de la ramita de salvia que antiguamente se acostumbraba a colgar en las puertas de los prostíbulos como talismán para atraer la buena suerte y evitar el ingreso de indeseables. Y tanto le había gustado la palabrita que a la mañana siguiente confeccionó un letrero similar al que tenía en su casa la maestra de piano, que decía: «Alma Basilia, ramera».

Sin embargo, en el momento en que procedía a clavarlo en la puerta, alcanzó a pasar por allí el administrador de la oficina, que se bajó indignado del caballo vociferando que si acaso se había vuelto loca la puta del carajo; que sí estaba buscando que las señoras de Resurrección lo obligaran a echarla con viento fresco de la oficina.

Alma Basilia desechó entonces la idea del letrero, pero colgó en la puerta una ramita de su árbol que cambiaba religiosamente cada día de pago. Y es que la había enternecido mucho la creencia entre las rameritas de aquella época, según le había contado el empleado de escritorio, sobre que la ramita de salvia lloraba si al recinto entraba un visitante no grato.

Pegado a la ventanilla, mirando esas blancas peladeras del demonio —él también sabe que más allá no crece ni la mala hierba—, Lorenzo Anabalón sigue sumido en sus recuerdos. Tras la larga jornada que lleva encaramado a ese tren doloroso, ya casi no oye el chirriar de las ruedas de fierro ni el crujir del coche desvencijado. Seguramente que del mismo modo, después del primer millón de años, el oído humano había dejado de oír el rechinar de la tierra girando en su eje mohoso.

«Sírvese una presita de pollo», oye que le dice ahora la quiromántica.

Lorenzo Anabalón se disculpa. Ya lleva el estómago estragado de tanto comer. Enciende un cigarrillo y, acariciando siempre su viejo acordeón rojo con los dorados de sus cajas armónicas desvaídos, vuelve a mirar por la ventanilla. Afuera el mundo es un círculo ardiendo y él se queda sin despegar la vista de esos cerros color ocre, como fermentados por el calor.

Por la madrugada, en una estación de nombre desconocido, había visto subir a un grupo de enganchados a la pampa y a uno de esos contadores de cuentos que viajaban en los trenes narrando sus casos por unas monedas. Supo que era un cuentacuentos porque alguien del coche lo apuntó diciendo que una vez se lo había encontrado en otro de sus viajes.

El contador de cuentos había subido en el último coche y los enganchados a las salitreras se habían embarcado en el séptimo, que era justo el del medio. Lo que llamó la atención del acordeonista fue que entre el grupo de enganchados le pareció reconocer a uno bajito, que llevaba una guitarra. A ese hombre él lo había conocido en la pampa, y alguna vez oyó decir que había muerto quemado vivo en los cachuchos de salitre fundido.

Al verlos amontonados en el andén, Lorenzo Anabalón había adivinado al instante que ese grupo de hombres desdichados, la mayoría con su familia a cuesta, formaban parte de un enganche. Y a la primera ojeada había reconocido quién era el patán que los arreaba. Por su rumboso modo de vestir y su grandilocuente gesticular de manos, se notaba a la legua que el enganchador era el del sombrero de paño negro. Y es que él también, años atrás, había hecho el mismo viaje enganchado por un cabrón tan engreído como ése. Contratado como *particular*, no alcanzó a trabajar

dos años en las calicheras. Joven, robusto, con toda la vitalidad de sus veinticinco años mañosos, se enredó hasta tal punto con una mujer casada que había terminado por huir con ella.

Uberlinda Linares le había sorbido el seso desde la misma tarde de sábado en que el esposo, un compañero de la mina, el más viejo de todos, lo invitó a una fiesta en su casa para que tocara el acordeón. El hombre era conocido por su insuperable fuerza en el trabajo, su gran ánimo fiestero y sus certeras tallas siempre a flor de labios y siempre celebradas a grandes risotadas por todo el mundo. Una de sus pullas más famosas era la que lanzaba cuando, desde las calicheras, se veía pasar el tren de pasajeros rumbo al sur. Haciendo mención al drama de varios mineros a los que sus mujeres habían abandonado para volverse a sus tierras con otro hombre, apuntaba hacia la raya negra del convoy avanzando humeante por la pampa y gritaba a todo pulmón:

«¡Allá va el que le lleva la mujer a los huevones!».

Y había sido en ese mismo tren que Lorenzo Anabalón se había escapado hacia Quillota con Uberlinda Linares, la joven y azogante mujer del minero. En este mismo tren en que ahora volvía a la pampa, nuevamente solo.

El convoy ha ido tomando velocidad en una larga pendiente casi imperceptible, y el aire tibio colándose por las ventanillas abiertas se ha convertido en un tierral insoportable.

«Se le nota el semblante de muy mal color, Lorencito», le dice madame Luvertina, chupándose cada uno de los dedos con fruición.

El acordeonista en esos momentos va admirando el color leonado de un pequeño cerro, casi al alcance de la mano.

«Usted debería hacerme caso y comenzar a alimentarse mejor», insiste la quiromántica.

Lorenzo Anabalón no deja de contemplar el cerro. En la cima se divisan montoncitos de piedras hechos a mano que lo hacen pensar en voz alta que seguramente alguna vez el tren se tuvo que haber quedado averiado por esas soledades, quizás por cuánto tiempo.

«Le estoy diciendo que debe alimentarse mejor y usted me sale con peras tontas», le reclama ella.

Él, volviendo la vista al interior del coche, dice que en realidad lo que necesita por ahora es ir al baño.

Además de insistir en leerle las líneas de la mano, la quiromántica no ha parado en todo el viaje de atiborrarlo no sólo de esas grasientas presas de ave cocida, que no cesa de exhumar de sus canastas sin fondo, sino que también de una cantidad infinita de comestibles que ha ido intercambiando con los demás pasajeros: huevos duros, presas de pescado ahumado, tortillas de rescoldo, duraznos priscos y trozos

de sandía espolvoreada con harina tostada. Y toda esa tragantona al final ha terminado por depravarle el estómago.

«Con ese nombre usted debería tener mejor apetito», le dice en tono esotérico la mentalista.

Lorenzo Anabalón la mira extrañado. Su voracidad de leona en ayuno es lo otro en que esa mujer no se parece para nada a su Uberlinda Linares, quien casi no necesitaba alimentarse, salvo de amor, claro.

«Por si no lo sabe, el caballerito», le dice la quiromántica, «San Lorenzo, además de ser el patrono de los mineros y de los sopladores de vidrio, es también el santo de los cocineros».

El acordeonista asiente con un gesto vago. En verdad, se siente mal. Y es que el olor a comida descompuesta, la catanga de la gente amontonada y el excremento de pollo en la caja de las hermanas de tafetán morado han tornado irrespirable el aire del vagón. Esto sin mencionar la fetidez agria que emana de la caseta del baño que, por haberse cortado el agua, ya es imposible de usar. Y lo mismo debe ocurrir a lo largo de todo el convoy. Pues por la mañana, mientras el tren subía a tirones una larga pendiente de tierra pedregosa, había visto a varios pasajeros — aparte de los que se bajaban sólo a estirar las piernas — que se descolgaban de los coches y corrían con urgencia a esconderse en algún morro de tierra en donde, tras de evacuar a la carrera, salían abrochándose el cinturón, o subiéndose los tirantes de los suspensores, para saltar sobrecorriendo a la pisadera del último coche.

Él jamás podría hacer lo mismo. Él siempre ha necesitado de todo el tiempo del mundo y de un ambiente casi beatífico para remover su vientre; y en lo posible con lectura incluida. Alguna hoja de diario viejo era lo ideal. Mientras más rancias y añejas las noticias, mucho más placentero resultaba a su prurito de lector de baño.

El acordeonista mira con abatimiento por la ventanilla. Afuera el paisaje es para llorar de desolación. Y, por lo que se ve hacia adelante, no hay ni para cuando llegar al pueblo más cercano.

Para hacer más insoportable el desconsuelo, además del tierral que levantan las ruedas del coche, el humo de la locomotora no ha dejado de colarse por todas partes. Con el ánimo abollado, Lorenzo Anabalón procede a guardar cautelosamente su instrumento en el estuche. La carbonilla del humo lo va ensuciando todo, y su acordeón es lo que más cuida en este carajo mundo de sordos.

Cuando en el coche los colores del tardecer comienzan a vitralizar las ventanillas del coche, madame Luvertina se lamenta de que su madre ya no puede aguantar más su urgimiento.

«Está que se hace pis en los refajos», dice.

Lorenzo Anabalón arroja hacia afuera la colilla del Ópera con el que ha tratado de contrarrestar un poco la pestilencia del ambiente, y se ofrece para ir a revisar los baños de los otros vagones. Él también está necesitando con urgencia «estirar la piernas», dice sonriendo.

La anciana, que no lo ha mirado en todo el trayecto y que parece ausente a todo lo que ellos digan o hagan, se lo queda mirando ahora con una embebecida expresión de agradecimiento. Anabalón descubre que las facciones de su rostro añoso, surcado de arrugas infinitesimales, tienen un tierno dejo de niña mimada.

Como madame Luvertina le ha contado que su madre cuando joven fue reina de la primera fiesta de la primavera celebrada en la oficina Chacabuco, el acordeonista, sonriendo amablemente para sus adentros, se dice que en sus buenos tiempos la ancianita debió de haber sido una verdadera *femme fatale*.

Cuando Lorenzo Anabalón se está acomodando el pañuelo del cuello para salir, la mentalista le pide el favorcito, ya que va hacia los otros coches, de repartir algunos volantes. Que no sea malito, le dice melindrosa. Y mostrándole uno de los papelititos rosados, comienza a explicarle que al final ha puesto que atenderá a toda hora, durante todo el viaje, en el primer coche del convoy. Lorenzo Anabalón, quien sólo tiene ojos para sus pechos que zangolotean peligrosamente con el movimiento del tren, le recibe el manojito de papel y le encarga el cuidado de su instrumento. Cuando de nuevo se apresta a salir, la quiromántica lo vuelve a tomar del brazo — con demasiada confianza le parece a él

—, y le dice que por favor se fije bien a quién le reparte los volantes.

«No hay que darles perlas a los puercos, pues, Lorencito», le dice, frunciendo el ceño en un fútil gesto de gravedad.

Ante la duda del acordeonista, madame Luvertina agrega que sólo se le debe dar volantes a las personas con aire soñador.

«O sea, a los puros gaznápiros», dice él, con sarcasmo.

«No se equivoque, Lorencito», refuta ella en un mohín de enojo. «Los lellos son los otros, los que no tienen alma para soñar».

Lorenzo Anabalón pide permiso a los que van recostados en el piso y, afirmándose en el portaequipaje, cuidando de no pisar los bártulos diseminados por el corredor, se encamina hacia la puerta. En la mitad del coche se encuentra con el pasajero de traje blanco y clavel en el ojal que había visto al embarcarse. Desde entonces que no lo veía. El hombre, sentado en la misma displicente posición de abandono, estirado a todo lo que da su esqueleto, da la impresión de que no ha movido un solo músculo en todo el viaje.

Al salir a la pasarela, un viento sulfuroso le da de lleno en el rostro. En el lado izquierdo de la plataforma, sentado en una maleta, un pasajero de sombrero de paja y bigotito mosca, va contemplando la aridez del paisaje con ojos de muerto. Sentada

en la pisadera del otro lado, una pareja se va besando con la misma languidez y lentitud resollante con que en esos momentos el convoy sube otra colina interminable. El tren va directo hacia el poniente y el aire de gusto salobre aún está tibio. Pero él sabe que luego, por la noche, el frío atigrado de la pampa calará hasta los huesitos. Después de un rato de respirar hondo en la pasarela, cambiando el aire viciado de sus pulmones, el acordeonista arroja al viento los papeles rosados de la pitonisa y entra al segundo coche.

El ambiente ahí es peor. El coche, atestado igual que el primero, sufre el agravante de que en él viaja una desarrapada tribu de gitanos vocingleros que tienen curco a todo el mundo con su zalagarda de trashumantes. Mientras los hombres juegan a las cartas discutiendo a gritos en su lengua impenetrable, los niños saltan enloquecidos sobre sus retobos cochambrosos, y las gitanas más viejas y desgredadas van cocinando sus mazacotes en un fuego hecho sobre un pequeño trozo de lata puesto en el piso.

El baño está más inmundo todavía que el del primer vagón y la hedentina es insoportable. Allá por lo menos las esporádicas oleadas de fragancia de las cajas de hierbas medicinales de la quiromántica, alivian un poco el clima. El acordeonista se quiere devolver, pero al final chasca los dedos con resignación y se encamina hacia los otros vagones.

En el tercer coche la atmósfera no es mejor. Mientras en un extremo un grupo de niños juega a las chapitas, en el otro varios pasajeros rodean a una mujer de rostro compungido que lleva a su hija adolescente enferma de gravedad. En el rostro agostado de la muchacha se nota a simple vista el aura cetrina de los agonizantes. Y pese al humo de los sahumeros que las mujeres del coche le han preparado a la enferma, el hedor del baño trasciende nauseabundo.

En el vagón siguiente, el acordeonista se encuentra de sopetón con el ciego que recorre el tren cantando boleros de Julio Jaramillo y vendiendo peinetas de carey. Aquí, mientras la mayoría de la gente va dormitando, en un rincón un grupo de hombres con el rostro curtido de los pampinos va jugando a los dados y bebiendo de una damajuana de quince litros que sacan de debajo del asiento.

Dos de los jugadores tienen trazas de ser tahúres profesionales, de aquellos que acostumbran a viajar en el tren esquilmándoles hasta el último peso de plata a los pasajeros desprevenidos. Nadie hace caso a las canciones del ciego, que anda a los tropezones con los rollos de frazadas y los cajones de fruta amontonados por doquier. El baño es una sentina que repugna hasta la náusea.

En el quinto carro, lo que destaca entre el apiñamiento de pasajeros abatidos, es un gendarme que traslada a un preso encadenado al asiento. El penado, de catadura agreste y gesto torvo, tiene fascinados a los dos hijos de una familia evangélica sentada en el asiento de enfrente. Mientras sus padres entonan jubilosos himnos de alabanza a Dios, los niños no pueden quitar la vista del reo que, con una teatral mueca de ferocidad en su cara patibularia, los mira fijamente, sin pestañear.

En el coche hay un olor a viandas revenidas y en el baño, igual de repugnante que los demás, Lorenzo Anabalón se encuentra con dos gallinas amarradas de una pata a la tasa higiénica. El acordeonista las mira desconcertado; las pobres aves tienen sus plumas castellanas estilando de orines.

En el sexto coche llama su atención una inmensa matrona de carnes blancas, vestida también enteramente de blanco. Su humanidad casi ocupa dos asientos. Y pese a que transpira como bestia, y a que en las aletillas de la nariz le negrea visiblemente el hollín del humo de la locomotora, su dignidad y altivez resultan abismantes. Mientras el acordeonista la observa encandilado, alguien le susurra al oído que esa hembra paquidérmica es una meretriz pampina a la que llaman «La Ambulancia».

«Si quiere, puede venir a verla por la noche», oye que le dicen.

Por el pestilente olor agrio que flota en el ambiente, ni siquiera se asoma al baño.

Al salir a la siguiente pasarela, el acordeonista se sienta un rato en la pisadera a respirar aire fresco. Un viejo de barba blanca sentado en la pisadera va devorando un melón con vino blanco. El olor del melón termina por descomponerlo del todo. Un peldaño de fierro punzándole la paleta le sugiere de pronto la idea que lo hace sonreír de alivio. Se pone rápidamente de pie y comienza a trepar por la escalerilla hacia el techo del vagón.

El movimiento del tren es brusco y al llegar arriba tiene que aferrarse con pies y manos. Con el viento chicoteándole la cara, avanza a gatas hasta el medio de la tablazón. Ahí se da cuenta de que no es el primero en concebir la idea: el techo está sembrado de zurullos resecos. Se baja entonces los pantalones y se acuclilla afirmándose lo mejor que puede. En esos instantes el tren avanza directo hacia el incendio bíblico de una monumental puesta de sol. Por sobre su cabeza el penacho de humo de la locomotora flamea negro hacia atrás.

De improviso el tren aminora la marcha. Una curva cerrada aparece a menos de cien metros de distancia. Entre bamboleos y chirridos de ruedas, el convoy empieza a doblar y Lorenzo Anabalón tiene que afirmarse con ambas manos para mantener el equilibrio. Ahora el sol le ha quedado directamente a su izquierda. Es un sol rojo, grande, redondo. «Parece un disco 33», se dice suspirando. Y cuando, lleno de contentamiento, ha comenzado a silbar un corrido mexicano, de esos de la revolución, oye la voz de un niño que grita fuerte:

«¡Un hombre va haciendo caca en el techo!»

Lorenzo Anabalón vuelve la cabeza sorprendido: a su derecha, luego de doblar la curva, la sombra lenta del tren ha empezado a recortarse en el suelo y, ahí, sobre el techo del vagón, su figura acuclillada se dibuja perfectamente en lo plano de la arena.

El árbol plantado a la puerta de Alma Basilia no era pimienta ni algarrobo. En verdad nadie sabía bien qué árbol era. Lo había traído su padre en barco desde Inglaterra, lo había desembarcado en Iquique, lo había trasladado en tren hasta Resurrección y, el día en que ella nació, luego de cavar un hoyo frente a la casa, lo había plantado sin mayores rituales ni ceremonias.

El arbolito fue creciendo a la par con Alma Basilia y, a la vez, se fue convirtiendo en su único amigo y compañero de juegos. Tanto así, que hasta lo había bautizado con un nombre de ser humano; Tolentino Floro le había puesto a su árbol. Y siempre que se le preguntaba por qué ese nombre, ni ella misma sabía explicar la razón. Sólo recordaba que lo había bautizado así al quedar sola, luego de que su madre muriera de viruela y su padre se entregara por completo al vicio del juego y del alcohol. Y tanto quería a su árbol, que por los tiempos cuando el agua era escasísima en la pampa y se repartía con fichas (un pichel por persona), muchas veces había dejado de lavarse y sufrido de sed por regarlo.

Y, entre muchas otras cosas, aquello había influido para que se contaran esas historias raras que se contaban en torno a su relación con el árbol. Como, por ejemplo, que el destino del árbol y el de ella estaban ligados de por vida, pues su padre, al plantarlo, había enterrado bajo sus raíces su cordón umbilical; o que, en invierno, la pobre niña loca le ponía guantes de lana en sus ramas más desnudas y le cantaba canciones de cuna desde su ventana.

Cuando el árbol sobrepasó el techo de la casa y Alma Basilia, ya convertida en mujer, comenzó a ejercer la profesión más antigua del mundo, entre los mineros se contaba que ella lo regaba con el agüita de las abluciones profilácticas. También se comentaba entre la gente que Alma Basilia no se había enamorado nunca de ningún hombre porque amaba sólo a su árbol, y que a él dedicaba los valsos que tocaba a su piano. «Por sus venas no corre sangre, sino clorofila», decían.

Había una cosa, sin embargo, de la que todo el mundo podía dar testimonio con la mano puesta en la Biblia. Y era que cuando ella viajaba al puerto a comprar los aparejos de su oficio, el árbol parecía amustiarse hasta la agonía. Y a su regreso, apenas ella asomaba en la esquina de la plaza, sin que corriera una brizna de viento, el árbol comenzaba a mover sus hojas con la misma alegría con que un perro mueve la cola a la llegada de su amo.

Lo otro incuestionable era que el árbol concitaba la admiración de todos los resurrectinos, o «resucitados» como les llamaban en las otras oficinas. Los patizorros, después del almuerzo, antes de volver al cerro, se recostaban bajo su fronda a capear el calor de caldera de la siesta pampina. Incluso la preceptora, los lunes por la mañana, aprovechando que Alma Basilia dormía su agotamiento hasta mediodía, efectuaba sus clases de botánica alrededor del árbol. Sin embargo, los que más gustaban de él eran los enamorados furtivos, que en las noches se amaban al resguardo de su follaje. Se decía que el olor empalagoso de su resina causaba un efecto afrodisíaco en el ánimo de los amantes y, según las malas lenguas, que Alma Basilia usaba aquella sustancia como astringente: de allí que a los hombres siempre les parecía estar forzando estrecheces originales cuando se ocupaban con ella.

Como por esos tiempos en los campamentos salitreros estaba prohibido el ingreso de mujeres públicas, el administrador decía que con ella hacía vista gorda nada más porque había sido amigo personal del míster, su padre, antes de que éste se suicidara por deudas de juego. Pero en Resurrección era un secreto a voces que este cabrón, que se creía gringo, que fumaba tabaco en pipa y usaba un cucaleco de safari, la dejaba oficiar tranquila porque ella, que dominaba el arte amoroso como ninguna y sabía complacer sin remilgos cualquier capricho o fantasía erótica, era la única que sabía satisfacerlo en la cama sin echarse a reír de su minúscula pajarilla de niño de pecho.

Como el acordeonista se demora en volver, y a la madre de madame Luvertina le urge aliviar la vejiga, las hermanas de tafetán morado le prestan el tarro de mantequilla Oladina en que ellas despichan entre medio de los asientos. Y, amables y comedidas, ayudan a la «madame yerbatera» a encargar con frazadas y toallas a la anciana mientras se baja y se sube los refajos.

Luego de la operación, y tras arrojar los orines por la ventanilla, la quiromántica le arregla el cabello a su madre, le da a beber de la infusión del termo y le renueva el ovillo de lana de su tejido.

Después se para a repartir volantes a los pasajeros embarcados en la última parada y a conversar con algunos de los ya conocidos que aún no se han animado a consultarla.

Al primero que se acerca es al abuelo de sombrero requintado y bastón de palo santo que viaja con su nieta. Pero el abuelo casi no habla. «Cabritos de miércoles», es lo único que repite entre dientes cada vez que los mellizos de la mujer flaca se van a corretear por su lado. Entonces se dirige a la niña y acariciándole la cabeza le pregunta su nombre.

«Flor María de los Cielos», le dice la niña mirándola con desconfianza.

Su carita de ángel harapiento parece asustada. Es una niña que no sonrío y que mira cada cosa con asombro original. Conversando amablemente con ella, la quiromántica se entera de retazos de su vida: es la primera vez que sale de su lugar de nacimiento, un caserío cercano a la cordillera, y es la primera vez también que viaja en tren y ve a tanta gente reunida en un solo aposento.

Después, madame Luvertina cruza un par de palabras con el comerciante en quesos de cabra que viaja frente al abuelo y la niña. Su mirar alacranado le produce un rechazo inmediato. Sus ojos bizcos brillan libidinosos cuando Flor María de los Cielos muestra sin querer sus redondos muslos de niña demasiado crecida para su edad. Que además de negociar con quesos, le dice el hombre, es comerciante también en cortes de género y ropa en general, por si a la señora se le ofrecía alguna cosita; que vende camisas de céfiro, refajos de moletón, sábanas de crea, calzoncillos de tocuyo, corbatas de seda, enaguas caladas, mamelucos de niño y pañuelos moqueros. En un momento, el individuo le roza el brazo y la quiromántica siente

que la piel se le ortiga. «Este hombre es un dañinero», se dice para sí. Y ocultando un gesto de repugnancia se aleja de su lado y se dirige al enano que viaja más atrás.

El hombrecito, que posee una gran cabeza de toro y luce un rostro lleno de cacarañas, además de tener la manía de tocarse los genitales y luego oliscarse los dedos con fruición, es un hablador impenitente que no ha parado en todo el viaje de entretener a los pasajeros con sus cuentos de trapevistas suicidas enamorados de bailarinas de hielo, de tragasables impávidos que murieron desangrados por haberse clavado una espina de rosa en la yema del dedo, y de bestias amaestradas a las que nunca se consiguió quitarle la poco profesional costumbre de manducarse la cabeza cruda de sus domadores «recién llegados de Europa». En menos de lo que se demora en pitear el tren, la quiromántica se entera de que el enano viaja al norte en pos de su circo; que por haber sufrido un ataque al corazón, el empresario lo dejó internado en el hospital de un pueblito de más al sur, en donde los médicos lo habían dado por muerto; y que ahora iba al encuentro de sus compañeros de pista a darles la gran sorpresa de sus vidas. Después, sin tomarse ningún respiro, el enano aprovecha la oportunidad que le brinda la adivina y, tras pedirle uno de sus papelitos rosados —ella no había querido darle uno antes—, se pone a contarle la historia increíble del Circo Internacional Nelson, su primer circo, al que, en una de sus giras hacia el norte, mientras «hacían» la oficina salitrera La Patria, un gigantesco remolino de arena lo había sorprendido en plena actuación y, arrancado las estacas de cuajo, se lo había llevado inflado por los aires con trapevistas colgando y todo.

Cuando logra liberarse de la verbosa telaraña del enano, de vuelta a su asiento, madame Luvertina se detiene a conversar con la señora flaca de la guagua recién nacida, que tiene que esconder a los mellizos cada vez que se aparecen los conductores. La mujer, delgada como una percha, se llama Herminia, y la guagua no se le despega en ningún momento de sus pechos lacios. En verdad la criatura parece tener la voracidad de una sanguijuela. La quiromántica le hace el comentario de manera risueña.

«Y eso que nació muerta», dice la mujer.

Ante el alzamiento de cejas de madame Luvertina, la mujer cambia de pecho a la guagua y dice lacónica:

«Al menos eso dijo la partera».

Luego la madame busca con la mirada a la pareja de jóvenes amantes que van al encuentro de su destino. Pero éstos, como lo han hecho durante todo el trayecto, van en la pasarela del coche abrazándose y besándose como dos desahuciados del amor. En su lugar se encuentra con la mirada enfebrecida de la mujer vestida de luto que viaja a buscar el cadáver de su hijo. Sentada junto a don Auditorio, la mujer la mira con expresión de desvarío. En sus manos, además de la carta que está sacando y leyendo a cada momento, ahora lleva una fotografía de su hijo muerto. Por su estado alucinatorio, la quiromántica se da cuenta de que es inútil hablarle. La mujer lleva todos los resortes de su pena vencidos y no quiere nada con el mundo.

Madame Luvertina entonces se dirige a don Audito para preguntarle cómo se siente. Pero el empleado de escritorio tampoco está en condiciones de hablar. La cara se le ha hinchado pavorosamente y está que enloquece de dolor de muelas. Su aspecto en verdad es deplorable.

* * *

Cuando en las ventanillas del vagón ha comenzado a anochecer y los pasajeros se preparan a pasar otra noche acurrucados en sus asientos o tumbados en las tablas del piso, o durmiendo encaramados como gallinas sobre el portaequipaje, de pronto, en un estallido de dolor, don Audito vuelca de una patada el brasero que le han puesto a su lado.

Llorando a gritos, el empleado de escritorio pide por favor que le pasen un cartucho de dinamita para arrancarse de una vez por todas ese maldito dolor de muelas con intestinos y todo, o sino lo que va a hacer es tirarse ahora mismo a las ruedas del convoy. Que esta ranfañosa vida miserable no vale un cobre vivirla; que sus mejores años los ha perdido encorvado sobre un pringoso escritorio de oficina malgastando su talento de pendolista en llenar planillas de tiempo en vez de usar su bella caligrafía para escribir acrósticos y romances de amor, que es lo más que me gusta hacer en este mundo, mis señoras lindas, dice liliquiento, dirigiéndose a las mujeres que lo han ido atendiendo solícitas, tratando de calmarle el dolor a base de remedios y secretos caseros. Las mujeres le han puesto dientes de ajo crudo y cabecitas de fósforos molidas en el cráter de su muela podrida; le han hecho friegas de tabaco con aceite caliente en la mejilla hinchada; le han ayudado a hacer gárgaras con brebajes a base de bicarbonato, aspirinas y polvillos azufrosos, y porque alguien dijo que era lo mejor para un dolor de muelas, hasta le hicieron enjuagarse la boca con sorbos de su propia orina amarillenta, tratamiento que él, desesperado hasta la locura, llevó a cabo sin ninguna clase de remilgos. Sin embargo, todas esas pócimas, mejunjes y potingues aplicados contra el dolor, sólo habían conseguido darle náuseas y dejarle manchado miserablemente su precioso camisolín de terciopelo. Ni los rezos a santa Apolonia que, según una anciana verrugosa, era la santa que curaba el dolor de muelas, han surtido efecto. Tampoco la pulsera mágica que alguien le confeccionó con un alambrito de cobre para que se pusiera en la muñeca contraria a la mejilla del dolor.

Madame Luvertina, que hasta ese momento ha estado ocupada leyéndole las manos a una mujer de labios repolludos embarcada en el pueblo anterior, se conduele del pendolista y le dice que ella le va a preparar una infusión infalible para el dolor de muelas. Pero que lo primero que tiene que hacer es dejar de llorar y quitar ese brasero de su lado.

«El brasero envejece», le dice.

Y mientras la astróloga prepara el brebaje de hierbas, y el enano se encarga de llevarse el brasero lo más lejos posible del enfermo, un pampino viejo, de cejas hirsutas y largas matas de pelos asomándoles por los agujeros de las narices y las orejas, se pone a contar que él, cuando joven, en la oficina Los Dones, había sufrido unos diabólicos dolores de muelas. Que una noche en su pieza de soltero, la noche más larga y desesperante de su vida, a eso de las tres de la mañana ya no pudo soportar más y, obnubilado de dolor, enloquecido completamente, se levantó de un salto de su litera de fierro, se puso dos pares de medias de fútbol, dos pantalones sobre sus calzoncillos largos, dos camisas sobre la cotona con que dormía y tres chombas de lana gruesa: luego se chantó la coipa de los turnos de noche y se fue a correr a la cancha de fútbol en las afueras de la oficina. Con una desesperación infinita, sintiendo rebotar terrible el dolor contra su cara a cada tranco que daba, dio vueltas y vueltas en torno a la dura cancha de tierra salitrosa. Cuando ya el cuerpo no le daba más de cansancio, jadeando y sudando como una mula de carreta, se devolvió al campamento, llegó a la rastra a su camarote, se dejó caer como muerto sobre la cama y al otro día despertó sin ningún maldito dolor. Y que en los días siguientes, dice risueño el pampino viejo, entre la gente de la oficina empezó a cundir el rumor de que el ánimo de Alamiro Gutiérrez, el backcentro que un par de semanas antes habían matado de una estocada en el corazón durante una pichanga de fútbol, andaba penando en la cancha.

En el momento en que otro pasajero comienza a contar que en el rancharío donde se había criado, los huasos acudían al sargento de carabineros para solucionar sus problemas dentales, y que este hijo de puta, luego de darles a beber unos tragos de aguardiente, les sacaba las piezas molares con un clavo de cuatro pulgadas desinfectado a fuego, don Audito se pone de pie y echa a correr desafortadamente hacia la puerta del coche. Pero lo hace con tan mala suerte que sólo alcanza a dar un par de trancos antes de tropezar con la punta de la caja con pollitos y caer violentamente al piso.

Mientras algunos hombres levantan a don Audito y lo retornan a su asiento y tratan de calmarlo con embelecocos de niños, las hermanas de tafetán morado, mascullando improperios de pensionistas patizorros, se ponen traste arriba a atrapar a los pollitos que, piando un zafarrancho escandaloso, se han desparramado por debajo de los asientos, a lo largo de todo el coche, produciendo un gran barullo entre los pasajeros.

Cuando en la caja con agujeros ya parece no faltar ningún pollito, Flor María de los Cielos se acerca a las señoras vestidas con vestidos brillosos llevando entre sus manos uno de cogote pelado que ha cogido debajo de su asiento, y que parece ser el más desvalido de todos. Con voz emocionada la niña les ruega la dejen llevarlo un rato en su regazo para darle calor. Las hermanas acceden enternecidas.

Para airear un poco el bochorno de su vergüenza, al bajar del techo del vagón, el acordeonista se había metido a dar una ojeada en el coche siguiente. Ése era en donde por la madrugada había visto subir al grupo de enganchados a las salitreras.

Allí, ocupando todo un sector del coche, se encontró a los futuros pampinos comiéndose un machitún de salmón con cebolla, conversando animadamente entre ellos. Los hombres ya se veían achispados por el alcohol. En el momento en que el acordeonista entró al coche, el enganchador estaba contando sobre las bondades del trabajo y de lo bien que vivía la gente en la pampa. Mientras los hombres lo oían con la expresión desmandibulada de los borrachos catatónicos, el individuo, fachendoso como todos los enganchadores, hablaba y gesticulaba sonriendo todo el tiempo. El brillo de su diente de oro contrastaba de manera obscena con la vestimenta pobre del rebaño que arreaba, con los trapos olor a humo de las mujeres y las pilchas rotas de sus pobres hijos malparidos.

Uno de los enganchados, que apartado del grupo rasgueaba una guitarra sentado en el piso, al verlo entrar lo saludó efusivamente. Era el mismo que había reconocido desde el vagón. El hombre, de estatura pequeña, de bigotitos recortados a escuadra y una astuta expresión de zorro viejo en su cara risueña, le dijo que si acaso ya no se acordaba de su amigo Rosendo Pérez. «Metemáticamente es un milagro encontrarnos aquí, ganchito», le dijo. Después le ofreció vino en un jarro y le susurró al oído que el enganchador alicurco estaba completamente convencido de que ninguno del grupo sabía a la clase de infierno que los llevaba. «Se las quiere fungir de listo el fuñique éste», dijo.

«¿Y a qué oficina los lleva?», le preguntó el acordeonista.

«A la oficina Encarnación. Vamos a trabajar como derripiadores. El languciento éste no sabe que yo trabajé en los cachuchos y ahí viene contando cuentos sobre que el trabajo no es nada del otro mundo, cuando usted y yo, gancho, sabemos que trabajar como derripiador en la pampa es metemáticamente como ser forzado en otro planeta; que pese a los callapos cosidos unos sobre otros en los calamorros y a todos los pares de medias de lana que uno se chanta, igual el calor quema los pies y los ampolla que es un gusto. Por no decir nada de los pobrecitos que se caen dentro de esas bateas infernales y metemáticamente se cuecen vivos en ese caldito de salitre fundido».

Mientras bebían y conversaban, la muletilla «metemáticamente», mal dicha y peor empleada por el guitarrista, le corroboró a Lorenzo Anabalón que sin duda alguna se trataba del mismo individuo que había conocido en los salones de la filarmónica de la oficina Iris, y del que se decía que había muerto al caer a los cachuchos.

Cuando el acordeonista le dijo que andaba con su instrumento, Rosendo Pérez lo instó a que fuera a buscarlo enseguida, que la fiestoca iba para largo, pues Pancho Carroza, que era como se llamaba el enganchador, había comprado vino como para regar un potrero. Que el muy cabrón, dijo en voz alta, sin importarle que

el otro lo oyera, quería emborracharlos a todos para que al desembarcar en la pampa no se dieran cuenta del infiernito al que llegaban.

Cuando Lorenzo Anabalón aparece en la puerta del primer coche, el anochecer ya ha comenzado a adherirse a las ventanillas como un tenue velo de viuda. El coche le parece mucho más atestado de gente y de bultos. Madame Luvertina, en su rincón privado, a la luz roja del último rescoldo del crepúsculo, le va leyendo las manos a una mujer de rebozo.

Mientras pasa revista a los pasajeros nuevos embarcados en la última estación (entre las caras de muertos añosos de los pasajeros veteranos, los nuevos se reconocían por su rebosante cara de finados recientes), el acordeonista se sorprende de ver a don Audito, despatarrado junto a la mujer de luto, durmiendo borracho como tagua.

El pendolista, desesperado de dolor, pues hasta el brebaje de la madame había fallado, no se sabía de dónde había conseguido una botella de aguardiente y tras beberse la mitad de una sola gargantada, pidió por favor que le convidaran un cigarrillo. Alguien le alargó un Particular. Con una lucecita luciferina refulgiéndole en sus ojos de sapo, don Audito sacó una caja de fósforos de un bolsillo de su vestón y lo encendió tiritando. Como no había fumado nunca en su vida — «esto tiene sabor a bosta de vacas» rezongó —, lo picante del humo lo hizo toser y lagrimear como a una delicada actriz de vodevil. Luego miró el cigarrillo como se miraría un instrumento quirúrgico y, sin temblarle el pulso, se lo introdujo encendido en la taza de la muela podrida. El cigarrillo chirrió dentro de la boca y don Audito, sintiendo un espasmo neurálgico casi voluptuoso, se lo mantuvo hasta que se apagó con la saliva. Luego le cortó la punta mojada, lo encendió de nuevo y se lo volvió a poner en la muela.

«Tengo que matar el nervio», repetía en un tonito vesánico. Siete veces repitió la salvaje operación hasta que cayó contra el respaldo del asiento, completamente aturdido.

Con toda la parsimonia del mundo, Lorenzo Anabalón se pone su paletó a cuadros, luego saca una linterna de su maleta y después se cruza el acordeón al pecho. Mientras se acomoda cuidadosamente los tirantes, no deja de observar a madame Luvertina por sobre la cabeza de su madre (la anciana, con su canónico tejido descansando en su falda, va mordisqueando un pequeño trozo de quesillo de higo con movimientos de lauchita enferma). En esos momentos, la quiromántica le va diciendo a la mujer del rebozo que para llegar a ser mariposa en esta vida, primero había que cumplir la etapa de ser oruga y, arrastrándose por la tierra, aprender a sobrevivir a la depredación de toda clase de insectos, pájaros rapaces y alimañas hambrientas; después, convertida en una desvalida crisálida, tirada por ahí a la buena de Dios, había que tener la fe y la fuerza suficiente para resistir los embates del viento y los rigores de las lluvias de invierno; y que recién entonces, al

final del ciclo, se era digno de desplegar un par de alas de colores y, convertida en mariposa, volar luminosamente por sobre las penas y las adversidades del mundo.

Con el labio inferior flojo y los ojos nublados, la mujer le bebe las palabras con arrobamiento casi infantil.

«A eso es lo que yo llamo hablar poquito y mear clarito», dice emocionada.

Al percatarse de la presencia de Lorenzo Anabalón, madame Luvertina deja de mirarle la mano a la mujer y, dirigiéndose a él, le dice que se fije un poco qué cosa tan rara, que a la señora ahí presente, que viaja en el cuarto coche del tren, el viento le había llevado uno de sus volantes por la ventanilla.

«Alguno que tenía la pura cara de soñador y arrojó el papel al viento», dice sonriendo el acordeonista.

«Lo mismito que pensábamos nosotras», acota la mujer de rebozo.

«¿Y cómo están los otros baños?», le pregunta en un tono irónico la quiromántica, al darse cuenta de que el acordeonista viene un tanto ebrioso.

«Peor que letrinas de campo».

Madame Luvertina sonrío. A ella le encantan los machos alegres, achispados, sobre todo si son personudos como el músico del acordeón. Cuando se pone de pie y le ofrece un quesillo de higo, su aliento licoroso le causa un leve estremecimiento de lascivia. Después le pregunta, sólo por preguntarle algo, que si acaso el tren va todo lleno.

«Repleto», contesta él, acomodándose el acordeón al pecho. «Y, además, en el tercer vagón tenemos un velorio».

Y, tras hacerle una pequeña reverencia, sale de vuelta hacia el vagón de los enganchados.

Al pasar por el tercer coche, convertido ahora en una triste capilla mortuoria, Lorenzo Anabalón siente una súbita vergüenza de su estado de intemperancia. Su fiestero acordeón rojo cruzado al pecho le parece sacrílego.

Al venir en busca de su instrumento se había encontrado con que la niña que viera enferma al pasar la primera vez acababa de morir, y un gran desconcierto reinaba entre los pasajeros del vagón. En medio de la llantería general, las mujeres más viejas, las más duchas en los menesteres de la muerte, habían tendido a la niña de manera que su cuerpo formara una cruz con respecto al tren; le habían cruzado las manos sobre el pecho y, luego de hacer aparecer unas palmatorias, le habían encendido cuatro velas fúnebres para comenzar a velarla. Él se había quedado largo rato en el interior del coche, hipnotizado por el olor y los ajetreos de la muerte.

Ahora, mientras la madre de la muchacha muerta gimotea quedito junto al cadáver de su hija, y las demás mujeres a su alrededor, transformadas en impenitentes lloraduelos, abejaorean un padrenuestro al compás doliente del tren,

Lorenzo Anabalón, apesadumbrado, se persigna levemente y cruza rápido hacia la otra puerta.

Había que ver cómo eran las cosas de la vida. En su primera venida a la pampa, cuando el viaje era todavía más penoso que ahora, le había tocado asistir al nacimiento de una criatura en el coche en que viajaba, un varoncito que a la primera palmada comenzó a llorar como un berraco y que pesó unas cuantas rayitas más de los cuatro kilos (lo habían pesado en la pesa de gancho de un comerciante de charqui). Y ahí mismo, en medio de la alegría de los pasajeros, mientras la criatura no dejaba de berrear, la habían bautizado con el noble nombre de Juanito Treno. Juanito en homenaje al maquinista que tuvo la deferencia de parar el tren en medio del desierto mientras duraba el alumbramiento. Y Treno por haber nacido en un tren, el lugar menos apropiado para venir a este valle de lágrimas según el conductor al que se le ocurrió el nombre. «Especialmente en éste», dijo, «el tren del desierto más duro del mundo».

Y ahora justo tenía que tocarle un velorio, se dice ensimismado el acordeonista mientras cruza los demás vagones. El olor a cera derretida le trae el recuerdo de la muerte de sus padres. Él era un peneca de once años cuando en una carrera de caballos a la chilena vio morir a su padre en una caída fatal. Y treinta días después, consumida por la pena y el desaliento de no ver más a su hombre esculpido en su montura huasa, vio apagarse a su pobre madre convertida en un lánguido atadito de huesos.

La tristeza de Lorenzo Anabalón se esfuma como por encanto al llegar al coche en donde los enganchados van en plena parranda. En su ausencia, el ciego de las peinetas se ha incorporado a la fiesta y en esos momentos, con su vocecita de cordero agonizante, acompañado por la guitarra de Rosendo Pérez, está cantando «si tú mueres primero yo te prometo que escribiré la historia de nuestro amor», ese sentido bolero de amor más allá de la muerte que a Lorenzo Anabalón le trae el recuerdo incorrupto de Uberlinda Linares; aquella mujer de besos hondos y brazos largos que llenaba el mundo con su presencia y su alegría empavesada de banderas. Uberlinda Linares. Uva, como la llamaba él cariñosamente entre sus amigos. Uvalinda, como le decía en la intimidad de su dormitorio. Ubre linda como le susurraba al oído cada vez que se amaban como dos locos desatados en el desorden espeso de una cama tirada en el suelo, y ella resplandecía toda, como una bestia sagrada.

Es la hora del ángelus. En la plaza, la retreta está por comenzar y, desde el fondo de la calle, con la noche de la pampa inmensándose sobre sus espaldas, aparece la solitaria figura del viejo Leoncio Santos.

Los dos perros que lo acompañan — tan silenciosos y fantasmales como él — no se apartan más allá de la redondela amarilla que va demarcando su antigua lámpara de carburo. El juego de oro y sombras que al balanceo de su paso lento produce el fulgor de la llama, afuera aún más su tétrico bulto de ánima en pena.

La calle por donde avanza, adyacente a la pequeña plaza de piedra, es la más ancha y principal de las tres calles de tierra que conforman la oficina. En ella están la fonda, el billar, el biógrafo, el sindicato de obreros y la pulpería.

A esas horas una alborozada muchedumbre de mujeres emperifolladas, hombres elegantosos y niños vestidos de marineros ha empezado a confluir en la calle, atraída por la fiesta en la plaza. El aura de los trajes nuevos y la expresión jubilosa de los paseantes contrasta violentamente con la vestimenta del viejo y el lastimoso encaje de su cara. A una de esas requemadas flores de papel que adornan las tumbas de los perdidos cementerios del desierto se asemeja el encarrujado rostro de Leoncio Santos.

El rebullicio y la algarabía reinantes en el ambiente no alcanzan a mellar un ápice su infinita expresión ausente. Sus ojos no reflejan el brillo de las luces. Y la multitud reunida en torno al quiosco de la música y derramada a lo ancho de la calle, tampoco repara en él. Nadie allí parece percatarse de su presencia de aparecido ni de sus famélicos perros que alzan las orejas inquietos y lastimeros. La exigua luz de su lamparita extravagante empalidece ante las llamaradas de salnatrón encendido en la cima de la torta de ripios, cuyos resplandores incandescentes hacen fulgurar el campamento con una rara claridad de alucinación.

A su paso los enamorados lánguidos siguen besándose como si estuviesen solos en el mundo; los niños de azul marino y las niñas de rumorosa organza siguen jugando al «corre la llave, corre el candado», como si fuera lo más importante de sus vidas. Las viejas vendedoras desdentadas, un poco más allá, con sus albísimos delantales reflejando la fantasmagórica luz de las fogatas, continúan voceando impávidas, casi al alcance de su oreja, los algodones de azúcar, los remolinos de papel y los globos de brillo asonambulado.

Al llegar a la altura del sindicato de obreros, el viejo Leoncio Santos se detiene, gira hacia el local arrastrando apenas el peso de sus calamorros mineros y alza su lámpara por sobre el marco de una ventana. Tras una displicente inspección al interior enarcando su cogote flácido, retoma su paseo de sereno con un dejo tardo, como si la eternidad del tiempo le perteneciera por completo. Un poco más allá se para y se pone a orinar. Con un resignado gesto de ángel estreñado orina largamente, dulcemente, ecuménicamente. Después se acuclilla como los niños jugando a las bolitas, posa su lámpara en tierra y hace girar la mariposa de bronce para calibrar el grosor de su llamita amarilla.

A su derecha, colmando el rectángulo de la plaza profusamente iluminada, el gentío aguarda el inicio de la retreta. Mientras tanto, en los altos del quiosco, embriagados de alcohol como siempre, los músicos afinan sus instrumentos con una parsimonia desesperante. El fulgor de las luces relumbra espectral en el brillo de los bronces.

Sin siquiera mirar hacia la plaza, encerrado siempre entre el paréntesis de sus dos perros mudos, el viejo sigue su camino por la vereda del costado de la pulpería hacia el otro extremo del campamento. Mientras su silueta se va perdiendo calle abajo, la candelilla de espanto de su lámpara parece desvanecerse en las sombras de la noche al conjuro del *valse* que, a sus espaldas, ya ha comenzado a tocar el orfeón local.

Allá, al final de la calle, solitaria en su torre, fuera del alcance del bullicio y del fulgor de las luces mundanales, se alza la aislada arquitectura de la iglesia. Su ancho arco de entrada, como debiera ser en todas las iglesias del mundo, carece de puertas. Adentro la oscuridad es absoluta. El viejo deja a sus animales echados afuera y penetra sigiloso, no sin antes inclinarse y hacer la señal de la cruz. Desde que se quedara solo en la oficina, ha ido adquiriendo un respeto reverencial por ese recinto sagrado. Además, fue allí donde una tarde de nubes arreboladas se había casado ante el altar mayor con la mujer que le trastoca la vida para siempre.

Al entrar al templo, las tinieblas de la nave se arrinconan como almas asustadas al conjuro de la llama de su lámpara. Jadeante, pero con la familiaridad eclesiástica de un longevo cura párroco, Leoncio Santos sube uno a uno los gastados escalones del campanario. Desde las alturas de la torre se domina todo el perímetro del campamento. A su derecha, como el colosal casco de un barco encallado, negrea la gran torta de ripios. A su izquierda las oxidadas estructuras de la maestranza duermen su titánico suelo de fierros y bigornias crujientes. La noche en el mundo ya es cerrada y un silencio táctil, denso como el tejido de su raída manta de Castilla, late sensible en sus oídos. De alguna manera el viejo siente que ese silencio, el de la torre del campanario, cala más hondo que todos los silencios por él conocidos. Ni el silencio de las sepulturas del olvidado cementerio de la oficina le duele tan adentro.

De pronto, la estela de una estrella fugaz raya la negrura del cielo. Su mirada la sigue con indiferencia maquinal. En verdad él ya no tiene ningún deseo que pedir; los muertos no desean nada y el se olvidó de la vida hace tiempo; se olvidó en el momento justo en que una mujer de risa cascabelera lo abandonara para volverse al sur con un hombre mucho más joven que él. Ya no se acordaba cuántos años hacía de aquello; sólo que cuando la oficina apagó sus humos y todo el mundo se fue llorando, él se ofreció para quedarse a cuidar esas casas vacías como si fueran los dolorosos escombros de su propia vida. Se quedó porque en el fondo de su alma presintió que, se fuera adonde se fuera, la vida sin esa mujer no sería vida, en ninguna parte del mundo. Se quedó a vivir solo entre esos cascajos de pueblo fantasma porque en un recoveco de su corazón mantenía encendida la llamita de la esperanza —calibrada cada día por su amor inmarcesible—, de que alguna tarde de nubes arreboladas ella iba a volver arrepentida y llorando de amor a sus brazos.

La estrella fugaz, o el cohete de fiesta —el ruido y las visiones de ánimas penando en el campamento resultaban a veces tan reales— va a caer oblicuamente por el lado de la estación del ferrocarril. Leoncio Santos, entonces, otrora el patizorro

más bueno para darle al cerro, el más respetado en el mesón de la fonda, el que llevaba apegada a la pretina a la mujer más linda del campamento, recuerda que mañana es día de tren. Día de tren, madrecita mía. A lo mejor mañana llega; a lo mejor mañana regresa a su lado en ese mismo tren en que se fuera aquel maldito miércoles 4 de enero marcado para siempre con una cruz roja en el viejo calendario que aún conserva en su covacha. Y es que para él no cabe ninguna duda de que ella, algún día, en ese mismo tren en que se fue, tendrá que regresar a su lado. Y ese día muy bien podría ser mañana, claro que sí. Mañana podría bajar del tren la señora Uberlinda Linares de Santos, su esposa legítima, el amor de su vida, la única mujer que él amó y que amaré por siempre en éste y en cualquier otro carajo mundo de Dios.

La locomotora avanza chisporroteante en la boreal noche del desierto. Las partículas encendidas van dejando una estela luminosa semejante a la cola de los cometas que cruzan por los cielos, ahítos de estrellas extinguidas. Al pasar como una visión fantasmal iluminando con su farol esos perdidos pueblos de adobes — más pequeños que la luna llena —, su silbato profundo resuena en la noche lo mismo que el lamento de un dios olvidado. Su fragor de maestranza rodante corta en dos el sueño de los dormidos, dejando en sus corazones un ferruginoso rastro de recuerdos viejos. Son 142 las estaciones que remece a su paso el tren del norte a través de los 1.800 kilómetros de recorrido por lo más áspero de la patria.

Por la ventanilla de Flor María de los Cielos el paisaje nocturno clarea sonámbulo bajo el fulgor de la luna. Con la cara pegada al vidrio y el pollito dormido en su regazo, la niña va contemplando ese redondo milagro de luz en cuya circunferencia se ve claramente la figura del burro evangélico cargando en su lomo al niño Dios recién nacido. Por lo menos eso le decía su madre que eran esas manchas oscuras de la luna, allá en la noche del campo, mientras le enseñaba a rezar el Padre nuestro que estás en los cielos y el Ave María, madre de Dios, ruega por nosotros; rezos que ahora, en el coche todo a oscuras, ha comenzado a recitar despacito, moviendo los puros labios.

El caballero de los quesos le había explicado a su abuelo que después del segundo día de viaje los coches empiezan a quedarse a oscuras uno tras otro. «Comienzan a fallar los dínamos», le había dicho el hombre. Su coche había sido uno de los primeros en quedar sin luz. Cuando en las curvas el tren se dobla como un largo gusano de choclo, Flor María de los Cielos sólo divisa iluminadas las ventanillas del segundo y del séptimo vagón del convoy.

A esas horas de la noche ya todo el mundo parece dormir y Flor María de los Cielos empieza a sentir miedo. No tanto por la atmósfera espectral del coche, sino porque hace un rato se ha enterado de que en el tren se ha muerto una niña de su misma edad. Y más encima, ahora, mientras su abuelo dormita con la barbilla apoyada en su bastón de palo santo, el vendedor de quesos de cabra, sentado frente a ellos, de nuevo ha comenzado a contar esas miedosuras que ha venido contando

durante todo el viaje, casos de aparecidos que entenebrecen todavía más la penumbra del coche y le hacen piar con más fuerza su corazón de pollito asustado.

Embozado en su negro poncho de Castilla, su hálito oliendo fuertemente a queso avinagrado, el comerciante le cuenta sobre un conductor que murió arrollado por el tren al caer de una pasarela, justito unos kilómetros más adelante de donde iban cruzando ahora mismo. Mirándola fijamente con sus ojos extraviados, el hombre le dice en voz baja que en las noches, al pasar el tren por el lugar en que quedó la oscura mancha de sangre, el ánima del conductor se subía a los trenes de pasajeros y como un tétrico bulto negro recorría uno a uno los vagones asustando a la gente. Que por nada del mundo había que tratar de mirar al ánima. Que una vez un pasajero, dándose las de zamacuco, había tenido la osadía de mirar el bulto de frente y lo que vio lo espantó de tal manera que ahí mismo, y en el mismo instante, el pelo se le puso blanco y un hilo de baba interminable comenzó a caer de su boca idiotizada. Que al pasar por ese lugar, le dice con las pupilas brillosas el caballero de los quesos de cabra, ella tenía que cubrirse toda entera, hasta la misma cabeza, y cerrar los ojos. Y sintiera lo que sintiera, no hacer ni decir nada, ni siquiera respirar. Que ése era el único modo de que el ánima del conductor se volviera tranquila al purgatorio de donde venía.

Acunados por el duro traqueteo del tren, los apeñuscados pasajeros del primer vagón parecen dormir todos el sueño de la muerte. El único que se ve despierto y que no se cansa de moverse en su asiento, Flor María de los Cielos se viene fijando hace rato, es el caballero enanito bueno para conversar. Los otros que al parecer no piensan dormir en toda la noche son esos jóvenes enamorados que no dejan de besarse y hacerse arrumacos de palomos nuevos. Ella los ha visto entrar y salir a cada rato hacia la plataforma, siempre juntitamente abrazados y mordiéndose las orejas.

Como ya comienza a hacer frío, Flor María de los Cielos le acomoda un poncho boliviano en las piernas a su abuelo que, sentado con la cabeza caída hacia atrás y la boca enteramente abierta, duerme como un bendito. Acurrucado en su asiento, bajo su negro poncho de Castilla, el caballero de los quesos de cabra también se ha dormido. «Menos mal», piensa Flor María de los Cielos. Y es que para ella este caballero que parece un murciélago gigante bajo su poncho negro tiene «mala baba», como acostumbra a decir su abuelo de las personas que le caen mal.

Antes de tenderse a dormir también ella, Flor María de los Cielos saca una canasta de debajo del asiento. De entre paquetes de harina tostada y frascos de miel de abejas, extrae un trozo de tortilla de rescoldo y, haciendo un leve rozno de roedor, comienza a comérsela apuradita. Después se acomoda en el piso tratando de hacer el menor ruido posible (por Diosito santo no vaya a despertar el caballero de los quesos y de nuevo le dé por contar miedosidades). Acurrucada en posición fetal, luego de rezar el último Avemaría, se persigna rapidito y se echa la frazada encima, cubriéndose hasta la mollera.

Con la piel toda espeluznada, pero sin cerrar los ojos — la sensación de miedo siempre le ha producido una especie de delectación en el vientre —, Flor María de los Cielos se queda vigilante debajo de la frazada, con todos sus sentidos alertas. Desde pequeña le ha tenido terror a las penadurías de ánimas. Escuchando el latir de su propio corazón asustado que suena igualito que el reloj de plata de su abuelo, y acariciando suavemente el plumaje del pollito palpitándole tibio entre sus manos, la niña no se da cuenta cuando sucumbe al cansancio y, al meneo del crujiente vagón de madera, se queda profundamente dormida en la dureza de las tablas.

Flor María de los Cielos despierta de golpe. Algo, un bulto grande como un animal pezuñero, se ha metido debajo de su frazada. El bombeo de su corazón se le detiene de golpe. Apegado por detrás a su cuerpo, el bulto comienza a tantearla por todos lados con dos manos grandes y ásperas. Flor María de los Cielos empieza a transpirar. Los versos del Padrenuestro y los del Avemaría se le trastocan en su mente como esos enredijos de líneas de trenes que ha visto al pasar en los patios de las estaciones. Cuando, tras subirle las polleras hasta la cara, el ánima comienza a hacerle la cochinada acezando como una bestia; desde el vértigo nebuloso de su miedo, Flor María de los Cielos oye que el pollito pía desesperadamente entre sus manos. Cuando al final el ánima del conductor, entre resuellos de anciano asmático, y como llorando un convulso llantito de perro, la deja en paz y vuelve sigiloso a su lugar en el purgatorio, Flor María de los Cielos, siempre debajo de la frazada, siente que el pollito ya no late entre sus manos. Compungida, pasándose el plumaje del cuerpecito por sus mejillas caldeadas, se suelta a llorar en silencio un desconsolado llanto de amargura. Y es que ha sido sólo por su culpa, se recrimina llorando; por culpa de su puro miedo que apretujó al pollito hasta causarle la muerte. No había sido a causa de lo que le hizo el ánima, pues su padrastro allá en el rancho del sur, desde antes de que muriera su madre, cada vez que bajaba con sus animales desde la cordillera, era mucho más brutal en sus cochinadas de lo que había sido ahora el pobrecito espíritu del conductor arrollado por el tren.

Mientras el convoy vadea un conjunto de cerros afantasmados por el claror de la luna, Madame Luvertina deja que su madre se recueste de lado, ocupando todo el asiento, y ella se cambia al puesto de Lorenzo Anabalón, junto al estuche vacío de su instrumento. La noche ya es alta y la quiromántica no puede dormir pensando en el acordeonista. Siempre le han gustado los hombres frescachones de ánimo, y ese músico del carajo, con su voz abemolada y su cuerpo alentoso, la trastorna y le alborota el corazón como a una pánfila niña de quince años.

De pronto, el silencio trapaleante del coche en penumbras es roto por la escandalera de las hermanas de tafetán morado que han sorprendido a dos gitanos jóvenes trabucándole los bolsillos a don Auditor. Semidormidas, se han puesto a pedir socorro y a chillar a todo pulmón que han entrado ladrones a la casa.

Ante la histeria de las mujeres, que gritan como si las estuvieran degollando, se encienden luces de linternas y llamas de fósforos a lo largo de todo el coche. Y, en medio de improperios y blasfemias de calicheras, varios hombres se paran echando mano a sus cinturones y los gitanos huyen precipitadamente tropezando y pisoteando a la hilera de pasajeros recostados en el pasillo. Una de las hermanas de tafetán morado, sin dejar de gritar, alcanza a darle una uñarada en el rostro al gitano más joven, que algo brillante lleva en una mano suciamente vendada.

Don Audito, en tanto, sin darse cuenta de nada, sigue durmiendo su aturdimiento apoyado en el hombro de la señora de luto que, uncida a su tristeza, no hace más que mirar a todos con ojos erráticos y apretujar la carta contra su pecho, sin decir absolutamente nada.

Cuando ya la calma ha vuelto al coche y madame Luvertina está ayudando a hacer dormir a algunos niños que se despertaron llorando dentro de sus canastas, desde el fondo del coche una anciana reclama compungida que le falta un bulto del equipaje. Encendiendo de nuevo linternas y fósforos, todo el mundo se pone de cabeza a revisar sus retobos. Una pasajera despierta a sacudones a don

Audito y, tras explicarle lo sucedido, le dice que se revise los bolsillos por si le falta alguna pertenencia; que esos gitanos harapientos no dejan de robar ni en sueños.

«Si llego a agarrar a un gitano de éstos, lo dejo cantando como soprano», dice una de las hermanas de tafetán morado.

«¿Cómo es eso?», le pregunta risueña la quiromántica.

«Que lo capa a uña, pues, mi señora», responde presta la otra hermana.

Alguien dice con bronca que lo que habría que hacer de inmediato es ir al coche en donde viajan los gitanos salteadores a reclamar sus cosas. Don Audito, ya despierto del todo, tras haber corroborado de que sólo le falta el reloj y la leontina de plata, tercia para decir que ir a meterse a esa ladronera es algo sumamente peligroso. Que los gitanos, dice en tono casi declamatorio, pues lo ha leído en los romanceros españoles, aparte de ser cortabolsas y descuideros, si no llevan puñales al cinto, seguramente esconden un par de pistolas con cacha labrada en plata.

«Pero a usted le robaron el reloj, pues, mi señor», le dice una mujer de labios morrudos.

«Y qué», dice don Audito, con gesto despectivo. Y aclara enseguida que el cochino reloj se lo habían regalado los buitres de la Compañía el año pasado, al cumplir cuarenta años de servicio, como le llamaban ahora a la esclavitud. Luego, como dándose cuenta de pronto, agrega casi gritando de alegría que lo más importante para él en esos momentos es que ya no siente ningún maldito dolor de muelas. «Todo lo demás que pase en el mundo me importa una bicoca», remata eufórico.

El joven Amable Marcelino y su novia Zenobia Castillo, a quienes poco antes de la batahola el frío había hecho entrar desde la pasarela donde se iban amando a la luz de la luna, opinan, siempre abrazados y haciendo castañetear los dientes, que lo mejor sería ir a buscar a un conductor. El enano se para prestamente sobre su asiento y, levantando una mano, se ofrece de voluntario.

Antes de salir moviendo a todo dar sus piernecitas arqueadas, el enano, sintiéndose convertido en un pequeño héroe de película de acción, se pone un paletó con botones dorados que casi le llega a los tobillos, se ciñe un par de guantes de lana para el frío y luego se chanta un pasamontañas de minero.

«El pasamontañas es para que los gitanos no me reconozcan», dice en tono grave.

Con una vela encendida en una mano, afirmándose de donde puede, madame Luvertina recorre el coche tratando de apaciguarles el ánimo a los pasajeros alborotados. Después de ayudar a la señora flaca con uno de los mellizos que le tiene terror a la oscuridad (la quiromántica recomienda colgarle un colmillo de lobo en el pecho; que además de eliminarle los terrores nocturnos, dice, aquel talismán le hará salir una dentición mucho más firme al niño), se acerca al lugar donde viaja Flor María de los Cielos. La niña, ovillada en el piso a los pies de su abuelo, que no ha despertado ni al barullo de los gitanos, va llorando inconsolablemente debajo de su frazada.

La quiromántica se arrodilla a destaparle la cara y le pregunta en tono maternal que cuál es la causa de tan amargo llanto.

Flor María de los Cielos saca las manos de debajo de la frazada y le muestra el montoncito de plumas amarillas.

«Lo maté», dice sin parar de llorar.

«Seguro que se murió de frío», le dice madame Luvertina.

«No, lo apretujé con mis manos».

«Debe de haber sido sin querer».

«Fue culpa del miedo».

«Y de qué tenías miedo, mi tesoro», pregunta madame Luvertina acariciándole el pelo.

«Es que el caballero comerciante venía contando cosas de aparecidos y mientras dormía me vinieron a penar», dice la niña.

A madame Luvertina se le encapota el rostro en un gesto de ira y busca con la mirada a su alrededor. El comerciante de quesos de cabra no se ve por ningún lado y su equipaje ha desaparecido.

Mientras el abuelo se endereza en su asiento y comienza a toser una tos seca, bronquial, hasta casi el ahogo, la niña se sienta en el piso y le pregunta a madame Luvertina si acaso los pollitos se van al cielo.

«Claro que sí, hija mía», dice convencida la quiromántica, viendo que el viejo del bastón de palo santo ha despertado del todo y la mira con reconcomio.

«Cuando lo tenía vivo entre mis manos me parecía estar abrigando el polluelo de un ángel», dice la niña.

«Los ángeles son criaturas celestiales», dice madame Luvertina. «Y son tan hermosos como tú».

«No creo que sean tan rodilludos como yo», dice la niña.

Madame Luvertina sonríe.

En la carita pálida de Flor María de los Cielos, sin embargo, no despunta ni un amago de sonrisa.

Cuando la niña, con la cabeza apoyada en el pecho de madame Luvertina, hace rato que ha dejado de llorar, el tren llega a una estación perdida en la noche. Por las ventanillas del vagón se asoman soñolientos ángeles vestidos de blanco voceando lánguidamente sus mercancías. Venden dulces empolvados y tecito caliente en botellas de bilz. Madame Luvertina le compra un paquete de dulces y le convida una taza de la infusión de su termo escocés. La niña tiritita de frío.

Junto a ellas, su abuelo, ya despabilado, no hace más que mirarlas sin decir nada. En el pellejo acecinado de su rostro, sus ojillos vidriosos no hacen sino parpadear como lagartijas en la penumbra. La quiromántica, luego de posar un beso en la frente de la niña, y de abrocharle los botones de su chalequina, se retira a su asiento.

Flor María de los Cielos le ofrece un pedazo de dulce a su abuelo. El anciano hace un gesto negativo. Sus ojos están nublados de lágrimas. No por él, sino por su nieta. Y es que en su interior siente que si matar a un hombre es cosa tremenda para cualquier cristiano, aunque la víctima se lo mereciera largamente (y el bestia del padrastro de la niña, que a estas horas debe estar achicharrándose en el infierno, se lo merecía con yapa), para el frágil espíritu de la pobrecita niña el haber visto cometer esa muerte debe de significarle una carga terrible.

La estación perdida en la noche se llama Chacritas. En su descubierto andén de madera sólo tres pasajeros esperan el tren. Tres hombres desastrados y ateridos de frío que se embarcan en el vagón del medio, uno de los dos, de todo el convoy, que va iluminado.

Cuando se abre la puerta del coche, todo el mundo adentro se queda boquiabierto con la aparición.

Con sus jarros de vino en la mano, los enganchados miran absortos a ese hombre de túnica y barba de profeta a mal traer que, recortado en la puerta, en medio de sus dos acompañantes, escudriña a los pasajeros con la dulzura de un pastor ante un piño de ovejas perdidas. Es el Cristo de Elqui en persona.

Lorenzo Anabalón, Rosendo Pérez y Benito de la Rosa, el ciego de las peinetas, que en esos momentos comenzaban a cantar *Lujuria*, dejan de pulsar sus instrumentos y apagan sus voces como a un toque encantatorio.

El Cristo de Elqui los mira con benevolencia. Los dos individuos que lo acompañan se ven tan flacos y desharrapados como él mismo. Uno es alto como la puerta del coche y sus ademanes tardos tienen algo de equino enfermo. El otro es un patizambo de brazos largos, de complexión nervuda y una inquietante mirada de orate. Los tres aparecidos, azulados por el frío intenso, semejan una verdadera estantigua en la puerta del coche.

La túnica de color carmelita del Cristo de Elqui no tiene nada de inconsútil; completamente percutida por las inclemencias de una vida a la intemperie, se nota cosida cien veces por manos no muy prácticas en el oficio. Sus humanas sandalias, hechas de la goma de un neumático de Ford T, ya se desbaratan de ajadas y cascarrientas. Su negra barba doctrinaria y sus largas crenchas sebosas, a vuelo de pájaro se nota que desde hace mucho tiempo no se crinan.

Tras la primera impresión, y después de que el Cristo de Elqui los saludara hermaneándolos benignamente a todos, los futuros salitreros, borrachos y exaltados de ánimo, invitan a los recién embarcados a compartir un trago de amistad con ellos. El Cristo de Elqui, en un gesto eucarístico, sólo les acepta una rápida gorgorotada de vino rojo.

«Nada más para recalentar el armazón del cuerpo», dice. Y aclara enseguida que el volcán de su espíritu cristiano no necesita de tales fuegos mundanales para permanecer activo y humeante.

Sus apóstoles, en cambio, dos campesinos sin trabajo que hace solamente un par de meses se han endevotado con él, vacían los respectivos jarros de aluminio de un solo envión perentorio. «Éstos beben como empampados», bromea uno de los hombres sentado junto al enganchador, uno que luce una gran cicatriz en la mejilla.

Luego de los primeros escauceos de confianza con los recién aparecidos, Rosendo Pérez le pregunta al más alto de los apóstoles que si los caballeros van también a la pampa en busca de trabajo. Éste se lo queda mirando fijo, como escudriñando alguna intención oculta en la pregunta del gentil de la guitarra. Y cuando, con el índice en ristre, se apresta a contestarle con un versículo de la Biblia, el otro apóstol más bajito, como tocado por el resorte de la gracia divina, le quita la palabra de la boca y, llameantes sus ojos de loco, bajo el beneplácito de su maestro que lo mira envolviéndolo en un dulce gesto paterno, le dice, como repitiendo una lección arduamente aprendida, que no, mi querido hermano, que no iban a la pampa

en busca de trabajo, que ahora ellos, por intermedio de la gran misericordia de Dios, eran trabajadores en la viña del Señor. Que Él, el Todopoderoso, el Dios único y verdadero, el mismo Dios de David, los había escogido de entre una gavilla de pecadores desahuciados para ir y sembrar la semilla del evangelio por toda la faz de la tierra, a toda criatura viviente. Y que ahora iban a ser los explotados y vapuleados trabajadores de las salitreras los que oirían la bienaventurada Palabra del Señor, Dios del Altísimo, pues allá mismito se dirigían ahora a predicar el evangelio santo. «Seremos la voz que clama en el desierto», termina bramando febrilmente el apóstol.

Aprovechando que en el vagón, a causa de la tomatina de los enganchados, casi toda la gente va despierta, el Cristo de Elqui, ya recobrado un poco el calor, no pierde más tiempo y comienza a cumplir con su misión redentora. Abre una especie de alforja hecha en cuero de oveja, saca unos prospectos evangelizadores y se pone a ofrecerlo entre los pasajeros.

Con un vozarrón digno de profeta en el desierto, el Cristo recorre el coche a grandes trancadas catequizando que tales prospectos, escritos de su propia inspiración, ayudarían a cada una de las almas que allí viajan a encontrar el verdadero camino a la salvación eterna. Luego de vender algunos y regalar la mayoría, el Cristo se lanza en una encendida sermoneada moral que hace estremecer la atmósfera del vagón.

Mientras algunos hombres se hacen los dormidos debajo de sus ponchos, las mujeres, abrazadas a sus hijos, lo escuchan en profundo silencio de misericordia que, en algunas, sobre todo las más viejas, es casi de veneración. Los niños, en tanto, los que aún van despiertos a esas horas de la noche, siguen los movimientos ceremoniales del estrafalario personaje de la túnica con grandes ojos de asombro.

De pronto, Pancho Carroza, el enganchador, y el cariacuchillado con aires de matasiete que viene sentado junto a él, y que se ha pasado todo el viaje sacándose piojos y lanzándoselos a los pasajeros desprevenidos, empiezan a burlarse de las parábolas y alegorías del predicador elquino.

«Metemáticamente, aquí va a haber camorra», le dice Rosendo Pérez a Lorenzo Anabalón. El ciego de las peinetas abraza medroso su guitarra.

En el momento en que el Cristo de Elqui, ya embalado completamente en su exhortación de iluminado iracundo, está dando testimonio de sus arduos inicios de predicador, de cómo había empezado su misión en esta tierra como un humilde caniculario — «o sea, queridos hermanos, hablando en buen romance, como perrero de iglesia, cuidando que esos animalitos no se metieran en la casa de Dios» —, Pancho Carroza, el enganchador, se pone a rezongar que no había que hacerle mucho caso a ese pordiosero tirado a vivo, que todo lo que estaba diciendo no eran sino añagazas de charlatán de feria.

«Este cesante menesteroso apenas alcanza para santo de veleta», dice en voz alta.

Como varios pasajeros se largan a reír de la pulla de Pancho Carroza, el hombre de la cicatriz en la mejilla, para no ser menos, se manda un trago de vino al colete, se pone de pie y grita con voz traposa:

«¡Cristo almorramiento!».

Como tocado por la descarga de un rayo, al otro extremo del coche, el Cristo de Elqui se para en seco, deja de hablar y gira despaciosamente en su eje. Luego, apuntándolos con un dedo apocalíptico, el rostro soflamado, los labios temblándole de ira, comienza a acercarse a lentos trancos hacia los malhablados. Cuando está encima de ellos, con el cuello enarcado como los gallos de pelea, les grita, rotundo:

«¡Antitrinitarios!».

En el momento en que los apóstoles, encorajinados como demonios, están a punto de irse encima de los blasfemos que quieren agarrar de la barba a su maestro, y Rosendo Pérez, el guitarrista, llamando monicaco amajamado al enganchador, lo está desafiando a que si es tan hombrecito se meta con él, se abre de golpe la puerta del vagón y, junto al estrépito de las ruedas de fierro y al viento frío de la noche, entran dos mujeres arrebosadas en palos negros. Sus rostros se notan apesadumbrados. Alertadas de que el Cristo de Elqui viaja en el tren, vienen a pedirle, en nombre de Dios y la Virgen Santísima, que tenga a bien acompañarlas a ver a una muchacha que se ha muerto en el tercer vagón del tren.

Antes de irse con las mujeres, el Cristo de Elqui tranquiliza a sus apóstoles y le da las gracias al guitarrista furibundo «por querer cortarle la oreja al legionario romano». Rosendo Pérez no entiende nada.

Después, fijándose que Pancho Carroza lleva en el pecho un crucifijo colgando de una gruesa cadena de oro, masculla entre dientes:

«La cruz en el pecho y el diablo en los hechos».

Y tal si fuera el propio Nazareno reprendiendo lleno de ira a los mercaderes del templo, antes de salir definitivamente del vagón, les larga una imperiosa exhortación sobre la cruz.

De cierto os digo, hermanos míos, almas que viajáis en este penitente tren nocturno, de cierto os digo que la cruz se ve cansada, muy cansada. En verdad yo creo firmemente que la pobrecita ya está que baja los brazos. Y es que para ella, vieja y astillosa como una madre campesina, la competencia en este mundo lleno de orgullos y vanidades se ha ido tornando cada vez más dura. Cuestión de mirar los avisos en los diarios y en las revistas de magazine, y de parar un poco la oreja a la blasfema propaganda radial. Si hasta por correo nos bombardean con ofertas de cruces falsas, de cruces idólatras, de cruces paganas. Los prospectos y catálogos en papel satinado y a todo color son propiamente la Biblia con monitos; si hasta en imitación madera nos ofrecen las cruces los fariseos cortos de genio; nos las exhiben

amononaditas en las vitrinas del comercio, en líneas aerodinámicas nos las presentan a la vista, nos dan 33 años de garantía, nos ofrecen servicio técnico a domicilio, nos tientan hasta con facilidades de pago los gentiles fetichistas. Que aceptan la vieja en parte de pago, recalcan serios los disolutos. Habrase visto mayor sacrilegio. A este paso no sé hasta dónde diantres iremos a llegar. Si ustedes mismos han visto que hoy en día hasta en la calle nos la andan ofreciendo como la novedad del año, los charlatanes herejes; a grito pelado nos la ofrecen en las esquinas de las ciudades pululantes. La nueva cruz de baquelita le tenemos, dicen los muy baratilleros, y nos muestran cruces elegantes, livianitas, funcionales; cruces en colores para elegir.

Que nueve de cada diez cristianos la llevan nos quieren convencer a toda costa los traficantes del demonio; que dejemos ya de arrastrar nuestra pesada cruz por la vía; que ahora nos la tienen con rueditas deslizantes; que con ella es un gusto ser cristianos. La irreverencia más absoluta, por Diosito santo. Si sólo les falta a estos mercaderes del templo que inventen y digan que la última moda es la cruz marca Burrito de San Vicente, la cruz del que lleva carga y no la siente. Si hasta existen fariseos de billetes de cola larga —y por la sangre del Cordero Santo que estoy diciendo la verdad más absoluta—, que se la mandan a fabricar a extranja especialmente para ellos. Por Dios que es cierto.

A su gusto y medida se la mandan a confeccionar estos cristianos de pacotilla; a su propio amaño y antojo. Plegables, por ejemplo, se la mandan a hacer, convertibles en perchas, en atriles, en sillas de playa y en otra infinidad de artilugios no muy sacrosantos que digamos. Cuidado nomás digo yo, almas que me escucháis. Cuidado. No vaya a ser cosa que un día de éstos la cruz pierda su santa paciencia y diciendo no va más, señores, se acabó, kaput, fin de la película, cierre de una vez y para siempre sus amorosos brazos. Y ahí sí que quiero ver a esos pecadores. Ahí sí que quiero ver a todo ese rebaño de ovejas descarriadas. Ahí sí que los quiero ver, hermanitos míos. Porque entonces será el lloro y el crujir de dientes, como dice la palabra en las Sagradas Escrituras.

De manera que todo el mundo en Resurrección había entendido que Alma Basilia, de un modo o de otro, era un mal necesario. Y entre todos la cuidaban y trataban como se cuidaría y trataría a un bichito simpático que acaba con los insectos que se comen a las plantas. Hasta los más reticentes percibían que la prostituta del arbolito era en la oficina como un eslabón necesario para la conservación de la especie.

En general, se decía que gracias a ella las doncellas estaban a salvo de la voracidad venérea de los solteros de la oficina; que los viudos tenían en ella la almohada donde consolar su soledad, y que los malcasados donde acudir a contar y consolar sus cuitas de amores desgastados. Incluso de todos era sabido que muchos padres, para el cumpleaños número quince de sus hijos, los llevaban a la casa de Alma Basilia para que en su cama aprendieran de una vez por todas que cuando la pajarilla se les erguía no era precisamente para mear más lejos.

Eso se decía de ella en general. En particular se murmuraba, por ejemplo, que había sido ella la que había enseñado al jefe de pulpería, ese gigante insaciable al que, por su voraz afición a manducarse gallinas enteras, lo apodaban el Gordo de las Gallinas – «nunca se han visto gallinas más tristes que las que carga el gordo bajo sus brazos», decía la gente –, le había enseñado las maneras de hacerlo con su mujer sin que ésta muriera aplastada por sus 170 kilos de humanidad.

También se comentaba que había sido Alma Basilia quien salvó del divorcio al carnicero de la oficina. Que como éste le confesara una noche que su matrimonio se estaba hundiendo sin remedio en los arenales de la incomprensión, Alma Basilia se le acercó una tarde a la mujer del carnicero mientras miraba una vitrina y le dijo en voz baja que se comprara ese par de zapatos rojos con tacones de aguja; que a su esposo le gustaría mucho que ella, antes de ir a la cama, le bailara vestida nada más que con esos zapatitos color de pasión sangrante. La mujer la miró escandalizada y se marchó sin decir ni mus. Sin embargo, desde aquella noche el carnicero, que era uno de los más asiduos parroquianos casados de Alma Basilia, no apareció más a visitarla. Y en los días de retreta se comenzó a ver a la pareja paseando del gancho por la plaza, felices y rozagantes como dos novios recientes.

De manera que todos en Resurrección cuidaban de que no se supiera, o por lo menos que no se notara mucho, que en una de sus casas, a sólo media cuadra de la plaza, y muy cerca de la parroquia, vivía y ejercía libremente su profesión una mujer de mala nota. Y todos los días de la semana, exactamente a la misma hora en que comenzaba la función vespertina en el biógrafo, Alma Basilia empezaba a recibir clientes. A las seis y media de la tarde en punto, cuando por los parlantes del biógrafo comenzaba a sonar la marcha que anunciaba el principio de la función, en la casa del arbolito se empezaban a oír los primeros sonos del Danubio azul interpretado por ella en su piano vertical. Ésa era la señal por todos conocida de que Alma Basilia estaba lista y dispuesta para comenzar a ocuparse.

Uno de los cuidados que tomaban los hombres era no hacer cola ante su puerta. Enfrente de su casa, en un vasto barracón de calaminas, funcionaba la única cantina del campamento, y era allí que se hacía la fila para ocuparse con ella.

El sistema era muy simple, y se decía que lo había ideado el propio cantinero. Se trataba de sentarse al mesón mirando atentamente por el espejo de detrás del bar hacia la casa del arbolito reflejada a través de una ventana. Apenas salía el que estaba adentro, el primer parroquiano del lado izquierdo del mesón pagaba su trago, salía del local silbando despreocupadamente y se dirigía hacia allí; en tanto en el mesón los hombres empezaban a cambiarse ordenadamente, de taburete en taburete. De vez en cuando, en la casa se veía asomar la cabecita rubia de Alma Basilia mirando lánguidamente hacia la cantina.

Sin embargo, todo el montaje de aquella maquinaria perfecta estuvo a punto de irse al traste una noche de Año Nuevo, cuando un forastero joven, de aspecto extraño, apareció en la puerta de la cantina de Resurrección.

Bajo un cielo afantasmado por el fulgor de la luna, el tren cruza frente a un caserío dormido al pie de unos cerros ingravidos. Los ranchos de adobes parecen sumergidos en un mar de aguas sonámbulas y el irreal pitazo de la locomotora resuena en la noche como burbujeando desde un fúnebre fondo marino.

En el tercer coche del convoy, convertido en una rodante capilla ardiente, los pasajeros van tocados todos por la muerte de la niña. Como se ha corrido la voz de la presencia en el tren del famoso Cristo de Elqui, y se dice que unas mujeres han ido en su busca, la mayoría se ha aglomerado alrededor de la joven muerta esperando ansiosos la llegada del santo varón.

La mitad de los pasajeros, entre los que se han entrometido algunos de otros coches, declara fervorosamente creer a pie juntillas en el Cristo elquino; la otra mitad despotrica en su contra y dice que no habría que dejarlo entrar al vagón. «Cuando Dios no quiere, los santos no pueden», dicen los detractores. «A quien no habla no lo oye Dios», dicen los defensores. «La barba no hace al profeta», dicen aquéllos.

«Los santos se labran a golpes», replican éstos. «A santo que caga y mea que el diablo le crea», exclama rotundo un hombre de cara hosca. «Que se calle ese Judas Iscariote», reprende, al instante, un grupo de mujeres que rezan junto a la muerta con un cirio ardiendo en cada mano.

Cuando la figura desgarrada del Cristo de Elqui aparece recortada en la puerta, en el vagón se produce un silencio súbito. En medio del mutismo general una anciana grita de pronto que ahí está Jesucristo en persona, y enseguida se arma una tole-tole de proporciones. Impactadas por la visión piadosa del hombre de la túnica, algunas mujeres se largan a aullar histéricas; los niños, emocionados, se agarran de las piernas de los mayores con ojos atónitos, mientras, a fuerza de empellones, en medio de velas caídas y ancianas con sofoco, todo el mundo quiere tomar puesto en primera fila para presenciar de más cerca el inminente milagro del Cristo de Elqui.

En esos momentos, el tren comienza a tomar una curva cerrada y, en tanto las ruedas chirrían chisporroteantes contra los rieles, el Cristo de Elqui, trastabillando a los tumbos del coche, afirmándose cómo puede en medio de la confusión, trata de consolar a la tracalada de gente que lo rodea y estira sus manos para tocarlo, con una retahíla de refranes populares enrevesados con citas de su propia madre muerta y versículos de las Sagradas Escrituras. Seguido al talón por sus dos apóstoles, que intercambian palabras duras y miran toscamente a los que empujan y quieren tocar al maestro, el Cristo es llevado ante el cuerpo inerte de la doncella, tendido en uno de los asientos del medio.

Concomida de dolor, la madre de la joven muerta, al ver la figura eclesiástica del predicador desarrapado, se lo queda viendo un instante con expresión inefable y, luego, largándose a llorar de nuevo, se le cuelga desesperadamente al cuello y le grita algo que al Cristo de Elqui lo deja paralogizado de pavor.

«¡Señor, tiene que resucitar a mi hija!», le grita con ojos enfebrecidos la mujer.

En medio de la oleada de pasajeros que, sobrecogidos de devoción, se han estrechado en torno a su figura, anhelantes de presenciar un milagro con sus humanos ojos de pecadores, la cabeza alzada al cielo, iluminado espectralmente por las llamas de los cirios, el Cristo de Elqui parece caído en un hondo vértigo de arrobamiento. El silencio en el vagón es magnético y todos se han olvidado de que van en el vagón de un tren y les parece haberse transportado a la mismísima tierra santa de Galilea.

De pronto, con una gravedad apacible, el Cristo se inclina lentamente ante el cadáver de la muchacha y se la queda contemplando por unos breves segundos eternos. En el rostro ceroso de la joven, la muerte ha plasmado una profunda mueca de dolor. Luego, temblándole ostensiblemente la barba, con toda la lentitud del mundo, viene en poner una mano sobre la frente de la joven y cierra los ojos con fuerza, como si estuviera repitiendo aquella dolorosa oración en el Gólgota. Su expresión es sobrehumana. El silencio en el vagón se hace sensiblemente más sublime, es un silencio que preludia un acontecimiento glorioso. Ni siquiera se oye el rechinar de las ruedas rodando sobre los rieles de acero. Es como si el silencio cósmico del desierto se hubiese posado como un ángel de arena sobre el tren. En las lágrimas de las mujeres las llamas de los cirios relumbran apostólicas. Entonces, de improviso, cuando todos en el coche están conteniendo el resuello, el Cristo de Elqui retira de golpe la mano de la frente de la doncella, mira a su alrededor con ojos espantados y dice, trémulo:

«El arte excelso de la resurrección es exclusividad del divino Maestro».

Empujando a la gente que lo rodea, pasando a llevar a los amontonados en el pasillo, siempre con sus dos acólitos desastrados pegados como perros de presa a sus tobillos, el Cristo de Elqui sale huyendo agobiado hacia el otro vagón. Sale escapando «como gato al que le han dejado caer agua hirviendo», dice uno de los pasajeros que se queda comentando consternado la extraña huida del evangelista de pacotilla.

Pero de pronto, en medio de grandes aleluyas, una de las mujeres que ha permanecido junto a la niña muerta, exclama que vengan todos a ver, que a la joven le ha cambiado el gesto de dolor que tenía en su rostro de cera.

Iluminada su carita blanca por las llamas de los cirios que se acercan ansiosos, se advierte claramente que su expresión es ahora de una placidez inefable. Toda la gente entonces se larga a llorar y a rezar en voz alta, maravillada por el milagro.

Cuando el enano aparece de vuelta en el coche sin los conductores, ya todo ha vuelto a la normalidad. Apenas entra y cierra la puerta a sus espaldas, cortando de golpe el ruido y el frío exterior, dice en voz alta y con acento grave:

«Esos zánganos no se ven por ningún lado».

Nadie le responde nada.

Pero el enano, que viene conmocionado por lo que ha visto en su recorrido por el convoy, no se da por vencido. Tiritando de frío, pelando sus dientes en una congelada sonrisa de tigre, comienza a recorrer los asientos en busca de alguien que vaya despierto. Zarandeado por el movimiento del tren, saltando bultos y gente dormida en el piso, el enano parece un duende de cuentos recorriendo el pasillo en penumbras.

De pronto, en mitad del vagón, le parece oír apenas un bisbiseo de canto. Se acerca y es la señora flaca que, entresueño, le va susurrando el arrorró a su guagua. El enano cae en la cuenta de que jamás ha oído llorar a esa pobrecita criatura de Dios. «Debe ser verdad que nació muerta», piensa, y avanza rápido más adelante.

De pronto, oye una voz pavorosamente viva que se queja a su lado:

«Yo no debería ir en este tren».

Es el hombre del traje blanco y el clavel en la solapa que no ha cambiado de posición en todo el viaje. El enano lo mira aterrado. Ese hombre parece el único ser vivo en ese tren lleno de muertos.

Unos asientos más adelante, luego de tropezar con un zapallo que rueda entre los durmientes al vaivén del vagón, el enano oye el runruno de los jóvenes amantes que van besándose y haciéndose arrumacos de amor acurrucados uno contra el otro. Él quiere hablarles, pero ellos, embelesados mutuamente, no le prestan ninguna atención. Con el ánimo encrespado, vaporeándose las manos heladas con su hálito, se dirige directamente al asiento en donde viajan las hermanas vestidas de obispo. Seguro que ellas van despiertas.

Antes de llegar al asiento se da cuenta de que ha dado en el clavo: arrebozadas en varios echarpes de lana, las mujeres van conversando bajito:

«... ésa siempre se ha hecho la virgencita», alcanza a oír que dice una.

«Y mea permanganato», dice la otra.

Cuando el enano las interrumpe, las hermanas vestidas de tafetán morado se lo quedan mirando fijamente, sin pestañear. En la penumbra, sus ojos insomnes parecen los de un par de lechuzas enfebrecidas.

«Qué se le ofrece al caballerito», dice una.

«Qué se le frunce al enanito», dice la otra.

El enano se acomoda entre ellas, tratando de no chafarles el ruedo de sus vestidos vueludos.

Gesticulando con sus gordos bracitos de niño —las cacarañas de su rostro acentuadas por el resplandor lunar que entra por el vidrio escarchado de la ventanilla—, se pone a contarles en susurros, de una sola parrafada anhelante, lo

que ha visto en su excursión por los catorce vagones del tren. En uno vio a dos tahúres golpeando a un hombre que reclamaba a gritos que los dados estaban cargados; los gariteros pillos, tras golpearlo brutalmente le abrieron la boca y le hicieron tragar a la fuerza los «huesos locos», como llamaban a los dados. En el coche donde viajaban los gitanos se había producido un principio de incendio con sus fogatas y los demás pasajeros, en una majamama de los mil demonios, querían echarlos a la fuerza del vagón y tirar sus bultos apestosos por las ventanillas. En otro, se halló con una sigilosa fila de hombres esperando turno ante un toldo de frazadas levantado en un rincón del coche, junto al baño. Él no sabía para qué diantres era la fila, hasta que en la oscuridad se escabulló por debajo de un asiento, levantó un poco las frazadas y vio a una mujer exorbitante, inmensa, blanca como una osa polar, fornicando con las piernas colgadas de un cordel atado a los listones del portaequipaje. «Tenía un sexo *grandifloro*, como diría el señor Corales de mi circo, que, además de sifilítico, era un artista de la palabra», dijo el enano. En uno de los coches de más atrás se había quedado un rato oyendo a un cuentacuentos que venía narrando el caso de una extraña mujercita llamada Alma Basilia. Y ya de vuelta de su recorrido, sin haber logrado hallar a los conductores, en el tercer coche se había topado con ese vagabundo al que llamaban el Cristo de Elqui, el que, en medio de un histérico llanterío de mujeres, estaba tratando de resucitar a una muchacha muerta. Era tal la barahúnda en el vagón, que él había tenido que encaramarse sobre el respaldo de un asiento para alcanzar a ver algo.

Aquí una de las hermanas lo interrumpe para decir que ese cuadro, el del enano encaramado a algo tratando de ver a Cristo, ella ya lo había visto, oído o leído antes, no sabía bien dónde. La otra hermana, en un tonito salaz, dice que a ella lo que le resulta familiar es lo de la puta gorda. Que una vez había oído contar a un pensionista sobre una matrona de la pampa que, de tan voluminosa, su única manera de fornicar era enganchando sus jamones a una roldana.

Mientras el tren sigue vadeando la noche milenaria, el enano acomodado tibiamente entre las hermanas de tafetán morado, trata de alargar la charla lo más que puede. Una lluvia de aerolitos ilumina de pronto, por un bello instante, el rectángulo de cielo de la ventanilla. El enano, maravillado por la visión, dice que con ese montón de estrellas que han visto caer de un solo porrazo, las señoritas podrían pedir todos los deseos que se les antojara.

«Esas estrellas son almas perdidas», dice una de las hermanas.

«Almas errantes», dice la otra. «Como todos en este tren».

El enano entonces cruza sus piernecitas torcidas, que ni siquiera le alcanzan a colgar del asiento, se acomoda el pasamontañas y dice que a propósito de almas y muertos errantes, él se acuerda de algo que le ocurrió a un vecino suyo, allá en su pueblo natal. Y sin pausa alguna, mirando a una y otra hermana, se pone a contarles la historia de un hombrecito que un domingo aciago halló en el obituario del periódico el comunicado de su propio y «sensible» fallecimiento. Como el nombre

del difunto coincidía completamente con el suyo, todo el pueblo se condolió de la noticia y al rato no más comenzaron a llegar a su casa ramos de flores y coronas fúnebres. Angustiado y contrariado por el perjuicio que le estaba causando el alcance de nombre, Saturnino del Tránsito Flores Arroyo, que era como se llamaba el pobre hombre, salió a recorrer el pueblo casa por casa tratando lastimosamente de convencer a la gente de que estaba vivo. Con su papel de nacimiento en la mano, les aclaraba compungido que, además de estar completamente vivo, como podían verlo con sus propios ojos, su organismo gozaba de muy buena salud.

Pero resultaba que al bueno de don Saturnino la noticia de su muerte lo había sorprendido reparando el único par de zapatos que tenía. De modo que, sin darse cuenta, aturullado por la impresión, se los había puesto tal y cómo estaban, esto es, sin los respectivos tacos. Y como por esos lados era costumbre antigua sacarles el taco a los zapatos de los difuntos para velarlos, la gente pensaba que el pobre hombre se había escapado del mismísimo ataúd, y le cerraban las puertas de sus casas santiguándose asustados.

Y desde ese día, don Saturnino, *El Muerto Andando*, como empezaron a llamarlo todos en el pueblo, se comenzó a apagar como una solitaria brasa de carbón. Dejó de trabajar y se llevaba las tardes en el sesteadero de la plaza saludando efusivamente a cada uno de los vecinos que atinaba a pasar por allí diciéndoles mírenme bien, fíjense un poco, por el amor de Dios, si estoy más vivo y alentado que ustedes mismos. Y con el sombrero en la mano y una expresión perruna en el rostro, los seguía hasta la puerta de sus casas tratando de convencerlos de que en verdad, paisanito lindo, se lo juro, el muerto era otro y no él.

Hasta que una tarde, a la hora de la siesta, don Saturnino se murió de verdad. Recostado en un escaño de la pequeña plaza, mostrando sus mortuorios zapatos sin taco, se murió tratando de convencer al busto del padre de la patria de que él, Saturnino del Tránsito, hijo de don Alejandro Flores y de doña Estela Arroyo, estaba vivo; que con el favor de Dios y la Virgen Santísima estaba vivito y coleando, carajo.

Mientras el enano no dejaba de hablar, las resacas hermanas de tafetán morado, llevadas por la intimidad y el calorcito del cuerpo masculino acurrucado entre ellas, concertadas implícitamente, habían comenzado a magrearlo como sin querer por debajo de sus echarpes. Comprobando con estupefacta lascivia que al hombrecito le sobraba en aparato reproductor lo que le faltaba en estatura, en la penumbra del coche, por debajo de los rebozos, presas de una libidinosidad incontrolable, las hermanas terminaron haciéndole una afanosa masturbación a dos manos al ritmo monótono del tren atravesando la noche insondable del desierto con una fragorosa lentitud de planeta a carbón.

En el coche, don Auditorio es otro de los pasajeros que no puede dormir. Contento hasta la euforia, quisiera ir de un asiento a otro contando lo bella que es la vida sin dolor de muelas. Pero con su compañera de viaje no puede compartir nada. La pobrecita señora de luto, cuando no está llorando o rezando quedito por su hijo

muerto, está como sumida en las brumas de un limbo propio. Don Audito, entonces, se da cuenta de que enfrente suyo la señora astróloga tampoco puede conciliar el sueño. Y se para a conversar con ella.

En esos momentos madame Luvertina va atendiendo a su madre que no deja de temblar de frío. Le ha dado a beber una taza de la infusión del termo y ahora procede a abrigoarle los pies con una gruesa manta de lana cruda.

El hielo trasminante de la noche ha hecho que la anciana se acurruque sobre su asiento a la manera de las momias atacameñas, y don Audito, sentándose en el lugar del acordeonista, se acuerda, y se lo comenta a la madame, de que alguna vez oyó decir que las momias halladas en cuclillas en el desierto de Atacama no eran sino pasajeros del tren del norte que se morían de frío en el trayecto y que los conductores impávidos iban dejando enterrados en la arena, en la misma posición friolenta en que se quedaban muertos.

Madame Luvertina se ha quedado mirando pensativamente por la ventanilla. Afuera, la noche del desierto tiene algo de onírica y las estrellas heladas parecen haberse arracimado todas en esta parte del firmamento. Sin embargo, no es la polución de estrellas lo que lleva inquieto su espíritu, sino el hecho de que, enmarcado en la redondela luminosa de la luna, se le aparece clarito el perfil de navegante del acordeonista.

Para sacarla de su ensimismamiento, don Audito se pone a contarle de su trabajo como empleado de escritorio, de las miles de planillas aburridas que tiene que llenar mensualmente con su caligrafía hecha para escrituras mucho más elevadas. Y, arrebatado de un súbito fervor lírico, le confiesa sobre su secreta afición de escribir versos.

«Dígame usted si esa luna no es un poema de amor», dice la quiromántica, sin quitar la vista de la ventanilla.

«Un soneto redondo», dice don Audito.

«Los únicos sonetos que conozco son los *Sonetos de la muerte*, de la Gabrielita», dice la quiromántica.

Don Audito le cuenta que él tiene escrito por ahí el boceto de un poema en que invoca a la luna.

La quiromántica, apoyando la cabeza en el ventana, le pide por favor que si puede declamarlo.

Don Audito se disculpa: es sólo un boceto.

La quiromántica suspira hondamente y dice qué pena más grande, que en esos momentos le hubiese gustado enormemente oír un poema a la luna. Que a ella, por cosas de su oficio, la luna le atraía a la mente sólo materias de astrología o cosas que la gente común llamaba supersticiones y agorerías de brujas, como, por ejemplo, que las mujeres deben cortarse el cabello en luna creciente y los hombres en luna

menguante; o que quien se duerme a la luz de la luna se queda ciego o se vuelve loco; o que un halo en la luna anuncia lluvia y un círculo presagia tempestad.

Compungido y atolondrado, don Audito dice que si madame lo quiere, él podría hablarle sobre el tenor de su poema. Ante el asentimiento de la quiromántica, el empleado de escritorio comienza entonces a explicar que su poema dice algo así como que está bien que la luna ya no sea aquella novia tuberculosamente lírica, alimentada sólo de sonetos, serenatas y otras yerbas; que está bien que los niños ya no la sigan ni los amantes la invoquen; que está bien que se haya desvalorizado — la hayan desvalorizado— hasta no llegar a ser sino una medalla agujereada en la numismática de la noche, una vieja ficha devaluada, inservible para comprar siquiera un suspiro o un par de ladridos en versos. Y que estará bien si el día de mañana, ciencia mediante, llegase a ser sólo una telaraña en el desván azul del espacio. Con tal de que los gringos de mierda no terminaran transformándola en otro letrero luminoso de Aspirina, todo estaba bien.

Sentados cerca de la quiromántica, desvelados de amor en la penumbra del coche, los jóvenes enamorados que peregrinan hacia la pampa en busca de su destino, han oído en silencio todo ese homenaje a la luna que ha hecho el caballero pendolista. Ellos se aman con toda la fuerza del universo y sienten que su amor es tan bello como esa plateada luna mágica que van contemplando absortos por la ventanilla.

Amable Marcelino, pálido su rostro halconado, con un sombrero un tanto grande para su talla y un paletó color de humo al que le faltan dos de sus botones de bronce, y Zenobia Castillo, con su carita redonda y su expresión asustada, vistiendo un vestidito de todos los colores y una chalequina delgada como tela de cebolla, forman una pareja que inspira toda la ternura y la compasión del mundo. Pero ellos se sienten felices. Su viaje hacia esas pampas desconocidas los sume en una especie de beatitud efervescente. La señora adivina les ha dicho que su estrella es buena y les ha vaticinado mucha felicidad y buena ventura. Y ellos lo creen denodadamente, con la misma osadía con que creen que la medida de su amor es más grande y profunda que la medida de la vida y de la muerte.

Amable Marcelino, embobado por la sonrisa de niña buena de su novia, le habla todo el tiempo de cuántas chucherías y vestidos lindos le va a comprar cuando comience a trabajar y a ganar dinero a puñados en las minas de salitre. Y Zenobia Castillo, abandonada entre sus brazos, con sus ojos rebosados de lágrimas jubilosas, no hace más que mirarlo y oírlo como a uno de esos jovencitos de película mexicana y besarlo por toda la cara con el amor indestructible de sus diecisiete años recién cumplidos. Ella lo ama tanto (y cómo no había de amarlo si es el primer amor de su vida), que no ha trepidado en abandonar su hogar y su familia para seguirlo por el mundo, llevando consigo nada más que la sortija preciosa de su corazón enamorado. Si casi se fue con lo puro puesto; apenas alcanzó a tomar una maletita con algunas prendas íntimas, una fotografía de sus hermanos menores enmarcada en cuero y su

vestidito de primera comunión, blanco como la nieve, que es lo más lindo que ha tenido en la vida.

Cuando la luna ya no se ve desde el tren, y sólo su fulgor empavona los vidrios congelados de las ventanillas, Zenobia Castillo y Amable Marcelino, ganados por el cansancio y las altas horas de la noche, comienzan a dormirse uno en brazos del otro, mecidos por el disonante rezongo del tren. La intermitente tos de perro de algún niño enfermo al otro extremo del vagón y la respiración sibilante de las hermanas de tafetán morado, los hace removerse flojamente en su asiento. Y cuando ya empiezan a hundirse dulcemente en un mismo sueño profundo, oyen, de pronto, como desde el fondo de una sepultura de gasa, que alguien en el vagón se despierta sollozando y se pone a contar un sueño que les espeluzna el espíritu. Que en el sueño, dice el soñador, el tren era una larga hilera de cestas llenas de cabezas humanas. «Eran cestas llenas de cabezas desgajadas, paisanito», oyen medrosos en su entresueño los enamorados. «Cabezas de ojos hueros, cabezas de sangre dulce, cabezas de auras pávidas; sonámbulas cabezas que al fondo de las cestas seguían mascando chicles, haciendo musarañas, llorando aceite. Una hilera de cestas en donde se pudría mi propia cabeza, paisanito lindo, se lo juro».

El forastero se apareció por la cantina treinta minutos después del abrazo de año nuevo, cuando en las calles resonaban los últimos petardos y en la torta de ripios ya comenzaban a languidecer los resplandores incandescentes de las fogatas de salnatrón.

Se trataba de un hombre joven, de rostro angulado y labios pálidos; y aunque traía su traje con chaleco todo enterrado, se notaba que era ropa de calidad. Pese al defecto físico de tener el cuello un tanto torcido, el extraño lucía modales y gestos de una presunción desafiante.

Cuando el cantinero, que en esos momentos brindaba con su compadre el boticario, lo vio traspasar las puertas del local, dijo, así como al desgaire, que el tipo ese que acababa de entrar, por su vestimenta y su postura retadora, tenía toda la facha de ser un dandi. «Uno de esos jovenzuelos que viven a costillas de las mujeres», dijo.

El boticario lo miró a través del espejo. Y luego de vaciar la copa, retrucó, risueño, que nunca había que fiarse de las apariencias. «No porque el loro cague verde es pintor, pues, compadre», dijo. Y tras de echarse a reír a carcajadas, especificó que a él el forastero más bien le parecía un mendigo bien vestido, un poeta trashumante de esos que ahora último estaban plagando la pampa, que llegaban colados en los enganches y, en vez de trabajar, se dedicaban a recorrer las fondas de las oficinas recitando sus largas versainas por un trago de vino o un plato de comida.

Luego, el boticario, arriscando la nariz, le preguntó a su compadre si acaso no sentía como un olorcito raro en el aire, un olor como a chiquero de chanchos, dijo. El cantinero respiró hondo y dijo que a él le parecía más bien olor a gallinero. Y siguieron tomando y brindando por las buenaventuranzas del año nuevo que, a decir verdad, apuntó guasón el boticario, ya llevaba casi media hora de viejo.

Sin embargo, ni el cantinero ni el boticario tenían razón en cuanto al oficio del forastero, ni menos al olor que inundó la atmósfera de la cantina en el momento en que éste hizo su entrada.

El hombre, que se sentó en una de las mesas más arrinconadas del boliche, junto a una ventana desde donde podía mirar hacia la calle, y que con el rostro enfurruñado pidió comida de la que hubiera, siempre que estuviera caliente, era un perseguido de la justicia. Se trataba de un asesino de mujeres huyendo de la policía de Iquique, y había llegado a Resurrección escondido en un tren carguero. En cuanto al olorcito que se desprendía de su cuerpo como el halo azufroso de un Mefistófeles, era simple y llanamente olor a mierda.

Desde su mesa rinconera, mientras devoraba su comida, el hombre no dejaba de escudriñar concienzudamente cada detalle del interior de la cantina. A ratos miraba ceñudo hacia la calle.

Como desde su puesto de observación se veía la casa de Alma Basilia, el forastero no se demoró un tiro en descubrir lo que pasaba con los hombres que dejaban su lado en el mesón y, como no queriendo la cosa, se dirigían a la casa de enfrente, la del arbolito. Cuando en una de éstas vio asomar la cabeza rubia de una mujer con carita de laucha, que miró hacia la cantina como quien mira hacia el cielo para ver a qué hora escampa, ya no le cupo ninguna duda: era como sumar dos más dos.

Apenas terminó de comer, el forastero se fue a sentar al mesón, pidió un trago y se fue corriendo de taburete en taburete, tal y cual lo hacían los demás parroquianos. Cuando le tocó su turno pagó su consumo y, con un tranco firme, como si lo hubiese hecho desde siempre, se encaminó hacia la casa del arbolito. Su cuello torcido le daba un aire malévolo.

Los tres parroquianos que venían después de él, se cansaron de mirar hacia la casa de Alma Basilia a través de la luna descascarada del espejo detrás del bar. El forastero no salió más.

Si Alma Basilia se hubiese asomado a la calle después de que el extraño entrara a la casa con el sombrero puesto y su aire baladrón, se hubiera dado cuenta, con espanto, de que la ramita de su árbol colgada en la puerta comenzaba a derramar una espesa lágrima de resina.

Ya está por amanecer cuando Lorenzo Anabalón se despide de su amigo Rosendo Pérez y, borracho, alumbrando sus pasos con la luz agotada de su linterna, recorre el convoy en tinieblas de vuelta a su coche.

Mientras atraviesa el vagón más oscuro, uno de esos antiguos, con un solo asiento largo a cada costado, tratando de no pisar a los pasajeros durmiendo atravesados en el piso, como en hileras de tumbas, de pronto se tropieza en algo y, afirmando apenas su acordeón rojo, cae de rodillas junto a un anciano trajeado de negro. El viejo, con su desdentada boca abierta, duerme abrazado a una botella vinera forrada en saco gangocho. Cuando el acordeonista se está incorporando despacito, con cuidado de no volver a pisar al viejo, éste se sienta de súbito, lo toma de las solapas y, con sus ojos abiertos hasta el delirio, dice tristemente:

«Fuimos más de tres mil los muertos en la escuela Santa María».

Lorenzo Anabalón se queda estupefacto.

«Ese 21 de diciembre de 1907 los ángeles abandonaron Iquique», dice luego el viejo. Después se acomoda de nuevo en el piso y, rezongando algo incomprensible, sigue durmiendo como si nada.

«Descanse en paz, abuelo», murmura traposamente Lorenzo Anabalón antes de pararse.

En la plataforma del segundo vagón, se topa con una pareja de gitanos viejos enroscados en un furibundo acto fornicio. Resollando como fuelles vencidos, él tiene los pantalones apeñuscados a los tobillos, mientras que ella, con las polleras arremangadas al pecho, le tiene una pierna acrobáticamente puesta sobre un hombro. En su impúdico numerito de funámbulos de circo, los fornicadores van a punto de caer guardabajo del tren.

«Buen provecho, señores», murmura Lorenzo Anabalón, apenas mirarlos. Y abre la puerta de su coche.

Adentro todo el mundo va durmiendo. Alguien –tiene que haber sido la brujita– ha cubierto el estuche de su acordeón con una frazada y en verdad el bulto parece el de una persona dormida. En el asiento de enfrente la anciana tejedora duerme recostada ingravidamente de lado, mientras que madame Luvertina lo hace tendida a sus pies, sobre una frazada puesta en el piso. Lorenzo Anabalón, consciente de su borrachera, trata de hacer el menor barullo posible. Alza un pie por sobre la humanidad de la quiromántica, pone el acordeón en su estuche, guarda la linterna en un bolsillo del paletó y se tiende de espaldas en la dureza de su asiento de palo. Apenas se ha recostado, oye desde el piso que madame Luvertina le dice, en susurros:

«Creí que se había muerto».

«Faltó poco», dice él, sintiendo que el mundo le da vueltas en su cabeza. «Casi me descadero de una costalada en uno de los vagones».

«¿Sabe que tenemos al Cristo de Elqui viajando en el tren?», dice la quiromántica.

«A nosotros en el coche nos dio un sermón de maravillas», dice el acordeonista. «Pero no pudo resucitar a la muchacha muerta del tercer vagón. Aunque me parece que hizo el milagro de conformar a toda esa gente que la lloraba, pues, ahora, cuando pasé por ahí, todo el mundo dormía plácidamente alrededor de la finada».

«Todos tenemos una hora para morir y una hora para resucitar», dice madame Luvertina.

«¿Y se puede predecir la hora de la muerte?», pregunta él.

«Las líneas de la mano dan una aproximación», responde desde abajo ella.

Él entonces deja caer una mano muerta al piso.

«Sin luz es poco lo que puedo hacer», dice la quiromántica.

El acordeonista se mete la otra mano al bolsillo del paletó y le alcanza su pequeña linterna.

Ella se endereza un poco en el suelo, le toma la mano y se la enfoca con el anémico haz de luz.

«No se demore mucho que me muero de sueño», dice él.

Madame Luvertina apenas ha empezado a escudriñarle la mano cuando se la suelta de golpe.

«Usted ya está muerto», le dice espantada.

«¿Por qué tan segura?», pregunta él, con un dejo de tristeza.

«Tiene la línea de la vida tronchada en la mitad», ella, sentándose en el piso y mirándolo compasivamente.

«Morir no es sino saber de golpe cuestiones tan insustanciales como que los gatos no aparecen en la Biblia, o que comer grillos hace bien para la estranguria», dice él, bostezando.

«Y tan alentado que parece», dice acongojada la quiromántica, aspirando con fruición su aliento vinoso.

«No hay por qué entristecerse tanto», dice él, sin abrir los ojos.

«Sí, es el destino de cada uno», dice la quiromántica.

«El que usted lee en las manos», dice bostezando de nuevo el acordeonista.

«No solamente en las manos o en las cartas se puede leer el destino, Lorencito, sino también en el vuelo de las aves, en el aire, en el hígado de los gallos, en los espejos, en el humo, en el nombre de cada uno. Incluso en el aullido de los perros. Esa ciencia se llama ologimancia».

«Yo, madame, practico la copromancia», dice el acordeonista en tono socarrón, ya casi dormido.

La quiromántica guarda silencio.

«Por si la brujita no lo sabe, la copromancia es la ciencia de ver la suerte por medio del dibujo que se forma en los papeles con que cada uno se limpia el traste. Además de predecir lo que depara el destino, se puede averiguar de paso, por el color y la consistencia de la boñiga, el estado de salud, el humor y hasta las buenas o malas costumbres sexuales del cristiano que consulta».

«Usted se cree muy listo, Lorencito», le dice al oído madame Luvertina. «Sin embargo, para su conocimiento, le voy a decir que su chanza no es tan descabellada,

pues existe la uromancia, que es la ciencia de vaticinar por medio de la orina. ¿Se da usted cuenta?».

El acordeonista responde con un ronquido.

Afuera, por el oriente, comienza a fulgurar la cresta pálida del ángel de la aurora.

* * *

Entre las brumas del sueño y el añublo de su borrachera, Lorenzo Anabalón siente de pronto que lo remecen por un brazo. Luego oye lejanamente a la quiromántica diciendo algo sobre que quiere revelarle un secreto. Que en realidad ella no se llama Luvertina, la oye decir casi zureándole en el oído, que ése es su nombre profesional, o artístico si él prefería. Pues, por si el músico descreído no estaba al tanto, la quiromancia, como la música, también era un arte.

«Ahora sólo falta que esta mujer del carajo se llame también Uberlinda Linares», piensa Lorenzo Anabalón, sintiendo algo como un revuelco en la caverna del pecho.

«No hay que rebozar los sentimientos, Lorencito», oye ahora, como desde una lejanía astral, sin saber muy bien a quién y a guisa de qué. Y en las profundidades de su modorra ética, más allá del traqueteo del tren, el acordeonista ya empieza a no saber si es a madame Luvertina o a Uberlinda Linares a quien está oyendo hablar. Y es que «rebozar» es una palabra que usaba mucho Uberlinda Linares. Por Dios, cómo se había encalabrinado con esa mujer del carajo. Cómo la había amado hasta la tontera; hasta el desorden de sus sentidos la había amado. Y aunque antes de encontrarla a ella había olido, palpado y gustado toda una zoología de mujeres pegajosas, venenosas, untuosas, mujeres de todas layas y pelaje, nunca había conocido a ninguna con el vuelo de sus pestañas, a ninguna con el sortilegio de sus ojos de terciopelo, con la fatalidad rotunda de su desnudez de bronce; con ese sagrado modo de amar que ella tenía. Y es que esa mujer de ojeras quebradizas dejaba escapar el amor como un animal desnudo por sus ojos, las venas se le hacían incandescentes cuando amaba, las uñas se le encolerizaban y se volvía toda resplandor bajo la blancura de las sábanas. Oh, Dios, cómo había amado a la maldita; cómo había sufrido por su abandono. Aunque lo más triste de todo no había sido que ella hubiera terminado por abandonarlo, eso él lo había vislumbrado desde el principio. Lo más triste de todo, lo que había vuelto patas arriba su pobre vida de músico errante, fue que hubiera desaparecido así cómo desapareció, como por encanto, sin dejar el más tenue rastro de su perfume en el aire, el más nimio olor de sus secreciones de hembra en celo perpetuo. Y es que él aún no sabía si Uberlinda Linares lo había dejado por el amor de otro hombre o se había ido porque sí, porque simplemente se le había dado la real gana. Sólo que una tarde cualquiera se desvaneció como un espectro en plena luz del día, se volatilizó, desapareció del

mundo y de su vida para siempre. En su frenética búsqueda de amante desesperado, alguien le había ido con el cuento de que a esa pajarita la habían visto muy foronga haciendo la calle en el puerto de Valparaíso. Después le dijeron que la habían visto — una luz beatífica bañando su rostro de ángel perverso — tocando la mandolina vestida con el uniforme azul del Ejército de Salvación. Otra vez le juraron que a esa pobre mujer se le habían trastornado los sentidos y que se hallaba interna en una casa de orates de la capital. Para él las versiones más creíbles habían sido siempre las dos últimas.

Y es que Uberlinda Linares toda su vida había tenido algo de loca o de santa. El nunca supo si tratarla como a una loca aureolada o como a una santa desatada; como a una loca lírica o como a una santa obscena. Una tarde, preparándose ambos para asistir a una procesión de la Virgen del Carmen, él la había descubierto frente al espejo, completamente desnuda, untándose detrás de las orejas, como si fuera el más caro perfume parisino, unas gotitas de su propio flujo vaginal.

De pronto, Lorenzo Anabalón comienza a sentir una insoportable sensación de deleite en el vientre. Abre penosamente un ojo y, entre los efluvios vinosos de su sueño, ve a madame Luvertina arrodillada a su lado lamiéndolo con una ansiedad de corderita huérfana. Como resbalando entonces desde un sueño empalagoso, se deja ir dulcemente en el recuerdo y siente que en verdad es Uberlinda Linares, en carne y hueso, quien lo está lamiendo. Y es que no puede ser otra; y es que ninguna amante en el mundo lo hacía con esa voracidad ofidiana con que lo hacía ella; ninguna mujer lamía con esa unción y esa fruición de ángel famélico que lo hacía morir, como ahora mismo, fundido en una silenciosa explosión de lava incandescente, en un incontenible vértigo de placer que lo hace enderezarse de golpe en el asiento y ver a la madre de la quiromántica mirándolos fijamente con sus ojitos de ánima en desvelo. Al reflejo del amanecer filtrándose crudo por el vidrio de la ventanilla, la mirada de la anciana tiene un brillito fosforescente, extraño, ultraterreno.

Después de pasar la noche en los altos del campanario — en verdad no sabe si fue una o mil noches; el tiempo es otro de sus olvidos —, el viejo Leoncio Santos baja de la torre haciendo balancear lánguidamente su lámpara apagada. Algunas veces, como ésta, cuando su espíritu es pulido por la nostalgia, luego de hacer su última ronda, se queda a dormir en la torre de la iglesia acurrucado como un pobre ángel decrepito. Al salir del templo, sus dos perros, que lo esperaron echados a la puerta, se levantan y lo siguen calle arriba con su mismo paso indolente.

Mucho más afantasmado y encogido, tal si hubiese bajado con todo el peso de la noche a cuestas, el viejo camina de vuelta a su covacha. Al llegar a la esquina de la plaza se detiene — los perros se le pegan dengosamente a las piernas —, se restriega los ojos y mira hacia uno de los escaños de piedra recortado al fondo del pequeño rectángulo. Suspira hondo. Con un golpe de corazón recuerda que ese día es día de tren. Hoy podría ocurrir el milagro; hoy ella podría bajar del tren. Con un

imperceptible destello de alegría dulcificándole el rostro, le acaricia un rato las orejas a los quiltros y luego dirige sus pasos hacia la plaza.

Por la noche, mientras hacía su ronda acostumbrada por esos escombros nostálgicos, le pareció, como le parecía siempre los domingos —y sólo por eso se daba cuenta de que en el mundo era domingo—, le pareció oír música de orfeón en el viejo quiosco de la plaza; música de bronces y ruido de gente paseando; rumores de pueblo vivo. Si hasta sus animales se habían sentido más inquietos que de costumbre. Y al pasar frente a lo que quedaba de la pequeña plaza, hasta le pareció sentir de nuevo el aroma oleaginoso del inolvidable perfume de su Uberlinda Linares. «Hoy sentí de nuevo el perfume de mi Uberlinda Linares», es una inscripción que se repite periódicamente en su Libro de Novedades, libro que durante todos esos años de abandono no ha dejado de llevar un solo día, meticulosamente.

Mientras cruza hacia lo que queda de la plaza, Leoncio Santos la recuerda por los tiempos cuando la oficina aún funcionaba. Le parece verla colmada de gente bulliciosa bailando al compás de los viejos ritmos de moda interpretados por los bronces del orfeón local, mientras al fondo, como el más claro símbolo de vida, su gran chimenea humeaba como un barco a todo crucero.

Silencioso como una sombra, en medio de las piedras oxidadas, recuerda que él y Uberlinda Linares no se perdían retreta los fines de semana. Él con su traje a rayas, su sombrero echado al ojo y un aire de macho circunspecto cincelándole el rostro; ella luciendo sus acampanados vestidos volanderos y desparramando su sonrisa por doquier, y ambos tratando de no perder el compás de la música en medio del fragor de los petardos que las bandadas de niños no dejaban de arrojar a la pista.

Ingrávido de emoción, vuelto todo espíritu, el viejo dirige sus pasos hacia el escaño más esquinado de la plaza. No se sienta. Parado ante ese banco de piedra, se lo queda contemplando en un largo ensimismamiento de muerto anostalgado. Después deja su lámpara en el suelo y, temblándole las manos, comienza a limpiar en un ángulo del respaldo hasta que bajo la capa de polvo aparece el tosco grabado de un corazón atravesado por una flecha. Debajo del dibujo, borrosa por los años, hay una inscripción que el viejo vuelve a leer por millonésima vez:

LEONCIO SANTOS

Y

UBERLINDA LINARES

Las dos lágrimas de amor que como dos gotas de agua viva debieran rodar por sus mejillas como por el desierto más reseco de la tierra, no ruedan. Su corazón es un pozo, si no ya seco, demasiado profundo como para humedecer sus ojos, y su tristeza demasiado vieja para tocar fondo. Sin embargo, recordar a esa mujer amada es recordar el mundo, la alegría, el olor de la vida.

A veces, en los frescos días festoneados de nubecillas blancas, le da por escarbar en la tierra como un perro huraño buscando el recuerdo de su Uberlinda Linares. Se va al terreno baldío en que estuvo levantada la casa donde vivió su vida de casado con ella, y luego de sentarse en una piedra a recordar cómo era aquella mujer indecible, empieza a arañar frenéticamente en el perímetro de la cocina. El derruido porche de la casa del administrador, donde tiene ahora su ruca, se ha convertido en un verdadero museo de recuerdos hallados en esas búsquedas de nostalgias montaraces: listas de compras de la pulpería, canutos de hilo marca Cadena, cucharillas de té dobladas, plumas de gallinas castellanas, botellitas de perfumes y todo un arsenal de artilugios oxidados que le hacen más concreta la ilusión de su recuerdo. Una vez, tirando de la punta de un trapo semienterrado en el perímetro de lo que había sido el dormitorio, apareció, entre otros géneros desteñidos, uno de los flamígeros sostenes de su Uberlinda Linares. Todavía recuerda el salto emocionado de su corazón y el temblor loco de sus pobres manos huérfanas.

Otras veces, cuando amanece más simple de corazón, le da por alzar la mirada y quedarse contemplando el cielo largamente, buscando descubrir en el dibujo de alguna nube blanca un rasgo de su rostro inolvidable, un plumazo del talle delgado de la sentadora de vestidos, algún trazo del perfil de flamenco de la deseosa de mirada, de la concupiscente de gestos. Cualquier detalle que le recordara a esa loca desatada que cuando amaba dejaba el agua corriendo, dejaba las luces encendidas, dejaba las palomas libres y al mundo rodando por su cuenta y riesgo. «Su sexo de amapola martirizada», repite melancólicamente en esos días, sin saber muy bien de dónde le vino tal definición ni qué diantres significa.

Sin embargo, el recuerdo que más le quema el alma es el de aquellas tardes jubilosas en que él le lavaba los pies en el lavatorio floreado. Arrodillado amorosamente ante ella, cual devoto ante la imagen venerada, sentía que sus pies diminutos se le escapaban de las manos como peces alegres, mientras ella no paraba de reír su obscena risa de girasol húmedo, su torrencial risa de ángel fiestero que le hacía ondear voluptuosamente su melena trigueña; esa melena de leona dorada que es lo que más continuamente le traen dibujada las nubes; bellísimas nubes que aparecen sólo de vez en cuando en el desierto y que él agradece como visitas del otro mundo, y que incluso llega a registrar como novedad del día en su Libro de Novedades. Así ama él a las nubes del cielo. «Mi sombrita de nube», era uno de los más cariñosos requiebros de amor que él acostumbraba decirle a su mujer amada.

Después de un instante de fervor, parado frente al escaño como ante un santuario de piedra, el viejo Leoncio Santos le da la espalda a la plaza y se encamina de vuelta a su guarida. Ya está llegando la hora de ir a la estación del ferrocarril a esperar el tren, a ver si ahora sí que regresaba ella con su presencia sobrenatural.

En el porche en ruinas de la casa del administrador, Leoncio Santos se deja caer hondamente en un destripado sillón de cuero negro, el mismo desde donde una noche de invierno contempló por primera vez aquella flota de luces anaranjadas que se encendían y apagaban en el cielo —que luego lo habían de visitar periódicamente— y que él había registrado en el Libro de Novedades como arcángeles que subían y bajaban sobre el campanario de la iglesia, luces que había visto por última vez en la estación aquel atardecer en que se quedó muerto sentado en una piedra mirando hacia el punto exacto del horizonte por donde aparecían los primeros humos de la locomotora. Era raro, pero en vida esas visiones de fuego le producían la misma sensación que siente ahora en los días de tren, en estos días en que algo como un viento álgido le estremece el espíritu, le vuelve tiritón el pulso y le hace extrañar como nunca un buen vaso de vino rojo. Una sensación tremendamente cercana al desamparo; algo que no puede definir con palabras, pues ellas también han ido formando parte de sus olvidos. Y es que la soledad de la pampa le ha ido borrando una a una las palabras hasta no dejarle sino el nombre de aquella mujer luminosa titilando solitario en la bóveda de su memoria, nombre que no puede dejar de repetir día a día como una salmodia de amor que se confunde con el silbar del viento pasando insensible a través de los agujeros de su sombrero de fantasma, a través de su mirada transparente, de las ruinas dolorosas de su pobre corazón de espectro.

La locomotora emerge a la luz del amanecer corriendo a todo vapor por las llanuras de la pampa.

Recortado contra un horizonte en ciernes, el convoy semeja un negro jirón de sombras desprendiéndose de la noche. Y en tanto el diamante de la aurora termina de redondear el día, y el penacho de humo se despide de las estrellas trémulas, los vagones siguen desgranando su penitente rosario de rieles. Jadeante, sin siquiera recibir el saludo crispado de algún cactus reseco, el tren se va adentrando en lo más fiero del desierto, allí donde su paso irá alborotando de vida a esos perdidos pueblos salitreros acurrucados como momias a la orilla de la vía. Tristes escombros abandonados cuyas ánimas —vestidas de sus mejores trajes— aún siguen recibiendo su llegada como si se tratara del acontecimiento más importante del mundo.

Lorenzo Anabalón se despierta al canto de un gallo. Todavía somnoliento, se queda un rato meciéndose flojamente al zarandeo invariable del vagón descacharrado. Por los vidrios polvorientos de las ventanillas la luz de la mañana entra a raudales, y un sol espeso y amarillo le chorrea caliente por la cara. Tras disipar los últimos vahos de su modorra alcohólica, el acordeonista estira sus huesos hasta el crujido y luego se endereza y se apoya con pereza en el estuche de su instrumento.

Cuando gira la cabeza hacia afuera, la desolación del paisaje le golpea violentamente los sentidos y lo hace pensar en lo irreal del canto del gallo. «Aunque en este trencito todo es posible», se dice pensativo.

En esos momentos el tren cruza por un infinito páramo de arenas blancas. Un mundo alucinante se despliega a cada lado del vagón, un mundo en donde la sombra no existe y las piedras parecen a punto de estallar por lo ardiente y luminoso del aire. Y todo ese abrasamiento aún no es nada, piensa el acordeonista. Y mirando de reojo a la madre de madame Luvertina, que va sentada sola frente a él, le dice, guasón:

«Vamos entrando al infierno, abuelita».

La anciana, sumida en su tejido matinal, ni siquiera alza la vista; sus ojillos aguarenados siguen el movimiento de los puntos con la misma fascinación que si fueran los vaivenes de las llamas de una fogata. Lorenzo Anabalón, aún entumecido, vuelve la cabeza y busca con la mirada a lo largo del coche. La quiromántica, tres corridas de asientos más atrás, le va limpiando los ojos a uno de los mellizos que amaneció con pitaña.

«Las hojitas de té son lo mejor para esto», oye que la madame le dice jovialmente a la mujer flaca.

Lo otro que descubre en su mirada de reconocimiento es una cola de gente aguardando turno a la puerta del baño. Mujeres en una exhausta actitud de abandono, niños agarrados a sus polleras y hombres de rostros desabridos con una quiscosa barba de tres días, una toalla arrugada al hombro y un espejito de afeitar en la mano. Además del hedor de los cuerpos, en el ambiente hay un fuerte olor a creolina.

Al verlo despierto, don Audito se allega al asiento de Lorenzo Anabalón para contarle todo lo que se ha perdido por bueno para dormir. Rasurado, peinado y perfumado, jubiloso como no se había visto durante todo el viaje, el empleado de escritorio le cuenta que al amanecer, en la estación de Pueblo Hundido, habían hecho desembarcar a la tribu completa de gitanos por haber producido un incendio en el coche. Que también allí habían subido un ataúd para la muchacha muerta del tercer vagón y que al Cristo de Elqui se le habían pelado completamente los alambres. El predicador elquino se había bajado del tren a catequizar al gentío que esperaba en la estación y, tras un frenético sermón sobre el poder infinito de Dios, le había dado por subirse a lo alto de un algarrobo para demostrar fehacientemente que podía volar. Pese a los ruegos de las personas aglomeradas a su alrededor y a las súplicas y tirones de sus discípulos, nadie pudo disuadirlo de su idea y terminó por lanzarse del árbol con desastrosas consecuencias para su magra humanidad. Los hombrecitos que hacían de Pedro y Pablo, encrespados de rabia, pues por su culpa iban a perder el tren, regañándolo como a un niño consentido, se lo llevaron todo descalabrado al hospital del pueblo.

El acordeonista, todavía bostezando, sin prestar demasiada atención a lo que cuenta el empleado de escritorio, le pregunta por la cola de gente en el baño. Don Audito lo entera de que llegó el agua.

Y con los pulgares en los bolsillos de su camisolín de terciopelo verde, marchito de lamparones, mostrando su rostro recién afeitado y su mejilla ya casi deshinchada, le dice sonriente: «¿O acaso no se me nota, carajo?».

Luego le informa que acaban de pasar por la estación Catalina, que es donde se halla uno de los pozos de agua con que se reabastece la locomotora, y que allí, además de desinfectar los vagones baldeando el piso con creolina, se han llenado los estanques de los baños de todo el convoy.

«Ojalá que el agüita alcance para la eternidad que nos queda de viaje», termina diciendo pensativo el pendolista.

Madame Luvertina, quien ya se dio cuenta de que Lorenzo Anabalón ha despertado, se demora adrede en volver a su asiento. Luego de limpiarle la secreción de los ojos al más inquieto de los mellizos y de cambiarle los pantalones orinados al otro, comienza a peinar a ambos untándoles el pelo con gomina de pepas de membrillo que le ha pasado la señora flaca. Después, se pone a conversar animadamente con las hermanas vestidas de tafetán morado. Tras ser las primeras en lavarse la cara, las hermanas, espejitos en ristre, se van empolvando y afirolando que es un gusto.

A propósito del color de sus vestidos, madame Luvertina les dice en voz alta —y en su tono al acordeonista le parece oír tintinear un dejo de cantarina alegría—, que lo ideal en asuntos de vestimenta sería llevar prendas del color adecuado a cada jornada. Que cada uno de los días de la semana, les explica vivaz la quiromántica, tiene su planeta y su color emblemático: los lunes, el blanco, por la luna; los martes, el rojo, por Marte; los miércoles, el violeta, por Mercurio; los jueves, el azul, por Júpiter; los viernes, el verde, por Venus; los sábados, el negro, por Saturno; y los domingos, el amarillo, por el sol, claro.

Escondiendo una sonrisita de burla tras sus espejos redondos, las hermanas de tafetán morado le preguntan sarcásticas que si por acaso la señora yerbatera no era parienta del cura Gatica, «el pollerudo ese que predica y no practica». Que les diga, por favor, por qué ella no se viste con esos colorcitos astrales.

«Es que este tren no es precisamente el lugar más cómodo para cambiarse», se defiende sonriente la mentalista.

Cuando por fin se apersona a su asiento, Lorenzo Anabalón le da los buenos días y ella responde ruborosa. El tren en esos momentos comienza a subir una larga cuesta encaracolada.

Con una falsa expresión de seriedad en el rostro, él le pide entonces que le repita despacito, si es tan amable, todo ese chisme planetario sobre el color de la vestimenta. Ella le sigue la corriente, se curva hacia él y, en un afectado mohín de ñoñería, las mejillas erubescientes, le repite el cuento completo, de lunes a domingo.

Cuando la madame termina, él le dice sonriente que eso es lo mismo que creer en lo que dicen los libritos «Tesoro para la vida», esos que aconsejan que para ser feliz en la vida se debe leer el periódico dominical tendido en una hamaca, rascarle el vientre a un perro regalón, abrazar a una vaca, ver una película en matiné, aprender alguna clase de malabarismo y nunca comprar un solo cachorrito, sino dos, que son mucho más divertidos. «¡Puras morondangas!», termina exclamando divertido el acordeonista.

En el instante en que madame Luvertina va a replicar, se abre violentamente la puerta del vagón y todos los pasajeros vuelven la cabeza sorprendidos. Dos hombres con cara de pocos amigos irrumpen seguido de una pequeña comparsa que los anima y azuza. El acordeonista los reconoce enseguida. Son Rosendo Pérez, el guitarrista, y Pancho Carroza, el enganchador.

Los dos hombres llevan la camisa arremangada y en sus rostros se les nota el estrago de la borrachera de amanecida. Al ver a Lorenzo Anabalón, el guitarrista apunta con el pulgar al enganchador y dice que se va a pelear a los combos con ese zanguango del carajo. Que aprovechando la cuesta que va subiendo el tren en esos momentos, se van a bajar desde este coche para subirse luego en el último. Y, alzando la voz, dice con bronca que si no le hace saltar el diente de oro de un soplamocos, «metemáticamente» lo va hacer escupir tachuelas al guasamaco tiñoso ése. «Ya va a ver este bastardo quién es el Chico Rosendo».

Lorenzo Anabalón se para y lo acompaña hasta la pisadera; y antes de que el guitarrista salte a tierra le palmotea el hombro y le desea suerte.

«Péguele una patada en las verijas en mi nombre, paisita», le dice.

Apenas los hombres pisan tierra firme se trenzan con fiereza y ruedan por el suelo dándose frenéticamente con puños y pies. Cuando por fin logran levantarse, Rosendo Pérez se pone a bailar en torno al enganchador, a ejecutar unos aniñados pasitos de púgil profesional que sacan vivas y aplausos de los pasajeros asomados por las ventanillas de todo el tren. Cuando sólo restan dos coches del convoy y la gente grita entusiasmada, Rosendo Pérez, tras esquivar un golpe al mentón, le alcanza un puñetazo en pleno rostro a Pancho Carroza que lo hace trastabillar y caer pesadamente por el terraplén. El guitarrista entonces se agacha, algo recoge del suelo y luego levanta mostrándolo con aires triunfales. A los rayos del sol, un pequeño brillo áurico le reluce entre el pulgar y el índice.

«¡Le saqué el diente de oro al bastardo!», grita, enloquecido. Y luego corre a colgarse de la pisadera del último vagón.

Al transcurrir el segundo día en que Alma Basilia, además de no dejarse ver por la calle del comercio, no asomara ni la nariz por la ventana de su casa, la gente de Resurrección empezó a murmurar extrañada.

La primera tarde, cuando a la hora de la función vespertina del biógrafo no se le oyó tocar el piano, nadie se preocupó mucho; simplemente pensaron que aún le duraría la resaca de las fiestas de año nuevo. Pero cuando se propagó el rumor sobre el forastero que había entrado a visitarla por la noche y que nadie después vio salir, entonces todo el mundo comenzó a inquietarse de verdad.

Lo primero que se pensó fue que Alma Basilia, quien nunca se había enamorado de nadie en su vida, sólo de su árbol, como decían los más viejos, esta vez había sido flechada y su corazoncito de mujer se había prendado al fin de un ser de carne y hueso. Y tal vez, pensaron los más pesimistas, ya nunca más volvería a ejercer su viejo oficio.

En la mañana del tercer día, cuando ya todo el mundo estaba convencido de que Alma Basilia se estaba dando un desproporcionado banquete de amor con «el hombre de cuello torcido», como comenzaron a llamar al forastero, la preceptora, como acostumbraba a hacer todos los lunes, llegó a sentarse con sus alumnos alrededor del árbol para dar su lección de botánica. En un momento de la clase, mientras con una ramita en la mano y un libro de tapas duras abierto sobre su falda, la maestra explicaba algo sobre las nervaduras de las hojas, a uno de los alumnos se le ocurrió acercarse a la ventana de la casa y mirar por un intersticio del cortinaje. Lo que vio casi le hace salir el corazón por la boca. Que la señora de la casa del arbolito, le dijo balbuciendo a la preceptora, estaba completamente en cueros y atada de pies y manos en su catre.

Cuando media hora después, el administrador de la oficina se apersonó en la casa del arbolito, fue la propia Alma Basilia en persona la que lo atendió por la ventana. Asomándose en camisión de dormir, le dijo que qué demonios venía a hacer a esas horas por su casa, que ella estaba atendiendo a un cliente y que hiciera el favor de no importunarla.

El administrador, acercándose más a los barrotes de la ventana, dando una inspección ocular por sobre el hombro de la meretriz, le dijo que le habían ido con el cuento de que el forastero la tenía amarrada a la cama. Que le explicara enseguida qué diantres era lo que estaba pasando ahí adentro, que él no estaba para malgastar su tiempo.

Alma Basilia, alzando la voz y mirándolo sin pestañear, respondió, delante de la preceptora y de los alumnos, que si acaso él no había tenido nunca fantasías sexuales. Conturbado sobremanera, el administrador no halló qué decir, mientras la preceptora, atacada de un súbito acceso de tos, comenzó a arrear a los niños hacia la sombra del árbol, ordenó recoger los útiles y, sin formarlos en fila ni nada, se los llevó casi corriendo a la escuela.

Después el administrador contaría en la cantina, en medio de una rueda de parroquianos desconcertados, que al acercarse más a la ventana, había olido algo raro en el ambiente, un olor que de ningún modo era el del perfume de Alma Basilia, sino que más bien le había parecido olor a mierda, dijo.

«Mierda de la más hedionda, señor administrador», le corroboró enseguida el cantinero.

«Nosotros aquí fuimos los primeros en olerla».

Lo mismo diría después Alma Basilia, cuando ya todo no era sino un mal recuerdo en su vida.

Que cuando el forastero entró a su casa, contaba con aire ausente, ella simplemente se había quedado zurumbática con el magnetismo de su mirada, pues sus ojos eran del mismo color de las hojas de su árbol. Pero que junto con el hechizo perturbador de esos ojos metálicos, había sido embargada también por un olor extraño, un olor que a la primera no supo distinguir bien qué era, y que luego descubrió con estupor que en verdad era simplemente olor a mierda. Un indescriptible olor a mierda que impregnó todo el clima de la casa, imponiéndose incluso por sobre el efluvio oleaginoso de su perfume Flor de Manzano que, según reclamaban riendo sus clientes más desvergonzados, costaba semanas enteras sacárselo de encima.

El tren corre cansado y humeante por las planicies de la pampa. El paisaje en torno es de locura y la locomotora, como una oxidada bestia anfibia, se va sumergiendo estoicamente en los espejismos de aguas azules que cubren los rieles de acero.

En el primer vagón, los pasajeros aún van comentando con euforia los pormenores de la pelea. El enano, con su torcido andar de pato casero, luciendo una gran chupalla de paja que le da un indefectible aire de bufón medieval, recorre el pasillo hablando con todo el mundo y llevándose cada cierto tiempo los dedos a los genitales para luego olérselos abstraídamente, en un animal gesto humano.

Un pampino que vuelve de vacaciones con su familia y que trata a todos de «compañerito», lo llama y le pregunta su nombre.

«Cómo se llama usted, compañerito», le dice.

El enano, ceremonioso como un señor Corales en su primera función, le contesta en un tonito que verifica un ligero resquemor hacia los «grandes». Mirándolo hacia arriba, le explica que los enanos sólo necesitan de sus nombres propios cuando se encuentran más de uno en un mismo lugar; que de lo contrario, como ahora, aunque todos los pasajeros supieran que se llamaba Nabor, su nombre no contaría para nada ni para nadie, pues, como era el único enano en el tren, para todos seguiría siendo simplemente eso: el enano.

Después, aprovechando que uno de los hijos mayores del pasajero le pregunta a su padre por el significado de la palabra «bastardo» —acordándose de lo que había dicho uno de los peleadores cuando pasaban por el vagón—, el enano se acomoda en un ángulo del asiento y, con su ronca voz de gigante pasmado, moviendo sus bracitos como aspas, comienza a contar —«a propósito de esa palabrita, mi amigo»—, la extraña historia de un partido de fútbol jugado en su pueblo natal entre el equipo de la sacristía y el de los bomberos.

El pasajero lo interrumpe para preguntarle si alguna vez en su vida el compañerito jugó fútbol. Y cuando el enano le dice que de niño soñaba con llegar a ser guardavallas, el hombre le dice, chambón:

«Por lo menos arrastrado no le habrían pasado ningún gol, compañerito».

El enano, con el rostro enseriado, retoma la historia y dice que el partido era por la definición del campeonato local; y que cuando sólo faltaban cuatro minutos para que terminara el partido, y el marcador estaba igualado cero a cero, el número 11 de los bomberos, un patituerto que jugaba con un pañuelo moquero en la cabeza y que pateaba como una mula enojada, tomó un pase de rebote en la mitad de la cancha y, desde ahí, a ojos cerrados, con la pezuña del dedo gordo y el viento a favor, mandó un puntete de esos capaces de matar a una vaca a una cuadra de distancia. Que calzó tan bien la pelota el patituerto, que ésta, luego de hacer una extraña parábola en el aire, se fue a colar limpiamente en uno de los ángulos superiores del arco. El gol fue celestial. La volada del diácono que jugaba de guardavallas ni siquiera sirvió para la foto. Y cuando los bomberos, eufóricos de alegría, empezaban a celebrar con abrazos y manotones, se dieron cuenta de que el árbitro, que no era otro que el cura párroco del pueblo, había tocado el silbato invalidando el tanto y ordenando saque de fondo.

Ante los empujones, los escupitajos y los gritos airados de los Caballeros del Fuego reclamándole en patota al ministro de Dios para que diera las razones técnicas de por qué ese golazo de media cancha del número 11 no era legítimo, el cura, sin siquiera pestañear, con la pelota debajo del brazo y una expresión sublime en su carita mofletuda, dijo, rotundo:

«Porque el número 11 es hijo ilegítimo».

Arrinconado contra un sauce, rodeado por los once jugadores del equipo bomberil que, babeantes de furor, ya estaban a un tris de cometer el sacrilegio de golpearlo, el ministro de Dios comenzó a vociferar con palabras de púlpito que los padres del número 11 vivían abarraganados y que eso no era agradable a los ojos del Altísimo.

Al final, cuando hasta los de la barra se metieron a discutir a la cancha, y la cosa iba para batalla campal, el cura impuso el acuerdo de que si los padres del número 11, que eran parroquianos de la capilla, arreglaban su situación matrimonial durante el transcurso de la semana y se casaban como Dios manda, el gol sería validado. Y que, además, todo eso lo hacía por el propio bien del jugador, pues, por sí ellos no lo sabían, los hijos bastardos estaban destinados a ser hombres-lobos.

A pedido de todos los parciales del club, con el cuerpo de bomberos en tenida de gala, y apadrinado por el propio capitán de la compañía, los padres del número 11 se casaron ese mismo miércoles por el civil y, el sábado, en una sencilla ceremonia litúrgica, oficiada por el cura árbitro, se dieron el sí ante el altar mayor de la iglesia.

Y de ese modo, el patituerto número 11 dejó de ser un hijo bastardo y el Unión Bomberos Fútbol Club pudo al fin coronarse campeón de ese año.

De pronto, intempestivamente, el tren se detiene resoplando en mitad de la pampa. La gente, intrigada, sacando medio cuerpo por las ventanillas, se asoma a ver qué diantres ocurre. En los alrededores no se divisa ningún vestigio de pueblo u oficina salitrera; ninguna estación se ve a orillas de la vía férrea; ningún cerro se yergue en toda la redondela del horizonte. Bajo el azufroso sol de mediodía, sólo el desierto estira su piel de lagarto hasta más allá de donde alcanza la mirada.

A los pasajeros les da la impresión de que están detenidos en el centro mismo de un mundo pavorosamente plano. Alguien dice que tendrían que estar cerca de Los Vientos. Otro dice que en uno de sus viajes anteriores el tren también había parado en medio de la nada, y que había sido para engrasar los *boggies*. Apabilados y terrosos, con cara de muertos levantándose de una fosa común, los pasajeros comienzan a descender por ambos lados de los vagones. A esas alturas del viaje, ya todos sienten el escozor de las ingles escaldadas y el gorgoteo agrio de sus corazones enranciados.

«Hay que estirar un poco los huesos», dicen quejumbrosos.

Lorenzo Anabalón se baja y, haciendo visera con las manos, se percata de que la vía es una derecha sin fin hacia adelante. El paisaje en verdad es de pesadilla, y bajo ese sol fundiéndose a un palmo sobre las cabezas se sufría el vértigo de no saber si la locomotora apuntaba hacia el norte o hacia el sur.

Con gestos versallescos, Lorenzo Anabalón ayuda a descender del coche a madame Luvertina y a su madre. Después le ofrece la mano a las hermanas de tafetán morado, que no han parado de hablar desde que despertaron por la mañana.

«El mundo al revés», viene diciendo una.

«Las gallinas de abajo cagando a las gallinas de arriba», le corrobora la otra saltando desde atrás y percatándose al unísono de que se le ha quedado el abanico arriba. Cuando Lorenzo Anabalón sube a buscarlo, se fija que el asiento del hombre de blanco, con el clavel en la solapa, está vacío. «Al final estaba vivo el hombre», se dice para sí.

Ya definitivamente en tierra, las hermanas camanduleras se arrejuntan frente a una animita de lata levantada a orillas de la línea férrea. Sin dejar de hablar entre ellas, comienzan a limpiarla y a ordenarla piadosamente. Los rayos del sol se adhieren con fuerza a lo violáceo de sus vestidos de tafetán. En sus vuelos no flamea una pizca de brisa.

Flor María de los Cielos mira a su abuelo bajar dificultosamente del coche. El anciano no permite que nadie lo ayude. Con su sombrero requintado echado hacia atrás, apoyándose en su bastón de palo santo, tosiendo y mascullando «este tren de miércoles», se baja y se instala bajo el pellizco de sombra de un poste del telégrafo.

La niña se acuclilla a su lado y, peinando la arena con los dedos, empieza a buscar piedrecitas pulidas para jugar a la payaya.

Empujado por los mellizos que le gritan «enano huele cocos», el enano tiene que sentarse en la pisadera para saltar a tierra, mientras la mujer flaca, con la guagua pegada al pecho, ayudada gentilmente por don Auditor, no deja de reprenderlos para que terminen de jorobar de una vez por todas al caballero enano, si no quieren ganarse una solfa los chiquillos de porquería.

Al final, la única que se queda sentada en el coche es la mujer vestida de luto que viene a la pampa en busca del cadáver de su hijo. Apoyada en el marco de la ventanilla, con la mirada abatida, contempla a la gente que desciende y que comienza a desparramarse indolentemente a lo largo del convoy.

Mientras el grueso de los pasajeros no se aleja más allá de los postes del telégrafo, Amable Marcelino y Zenobia Castillo, enlazados por la cintura, echan a caminar distraídamente hacia el lado por donde se pone el sol. Sin darse cuenta, mirando las huellas que van dejando sus pasos en la arena, maravillándose de estar pisando territorios al parecer nunca hollados por ser humano vivo, los jóvenes amantes empiezan a perderse detrás de una imperceptible colina de arenas blancas.

Cuando los enamorados se percatan de que el tren no se divisa por ningún lado, comienzan a sentir la sensación insondable de haberse quedado solos en un planeta ajeno, un planeta vacío y yermo como el mismo purgatorio. El silencio les resuena con fuerza en los oídos y la soledad a pesarles como una montaña de plomo en el pecho. Aturdidos y excitados hasta sentir el aleteo de sus propias almas enamoradas, tendidos en la arena caliente, solos como la pareja original, los amantes empiezan a amarse más allá de lo telúrico, más allá de la cosmogonía del amor, sintiendo, mientras se aman, que algo más alto que el silencio y más abismante que la soledad apunta directamente hacia ellos. Y abrazados desnudos en esas peladeras astrales, los enamorados sienten la sensación primigenia de estar a punto de ser echados del paraíso.

El pitazo de la locomotora los salva de una sublimación inminente.

Mientras el tren empieza a marcharse, los pasajeros del lado poniente ven aparecer a la pareja de enamorados corriendo por las arenas. Y asomándose a todas la ventanillas de ese lado, llenos de algarabía, comienzan a gritarles obscenidades y a hacerle señas como locos para que se apuren, mientras los jóvenes, corriendo a todo dar a través de la llanura blanca, sin soltarse de las manos, parecen resplandecer como el mismo sol del cielo. En verdad son dos antorchas vivas, dos zarzas ardientes las que corren flameando hacia el tren que los espera.

Oscuro, estrepitoso, a todo humo, el tren es de nuevo una oruga férrea atravesando las soledades de la pampa salitrera. Al interior del primer coche madame Luvertina se para de su asiento y se acerca a las hermanas de tafetán

morado que, lánguidas de calor, no paran de hablar y echarse aire con sus abanicos floreados.

«Toda partera mala le echa la culpa al culo», está diciendo una de ellas, refiriéndose a la pobre mujer de la guagua nacida muerta.

«Es tan flaca la pobre que a lo mejor, en este caso, la comadrona tenía razón», dice la otra.

La quiromántica se disculpa por la interrupción y les cuenta sobre lo ocurrido a Flor María de los Cielos durante la noche; de lo apenada que había quedado la niña por la muerte del pollito. Las hermanas, haciendo gran aspaviento de sus instintos maternos, se levantan y van a su asiento a decirle que no se preocupara la niña bonita, que esos bichos eran tan delicados que si uno los miraba feo empezaban a boquear solos; si con decirle nomás que ya habían tenido que tirar por la ventanilla a varios que habían cloteado durante el viaje, tanto así que, sin contarlos, ellas podrían asegurar que les van quedando en la caja menos de la mitad de los que traían. Pero que si la niña linda quería, antes de bajar del tren, le regalaban otro de los bichos, uno más grande y criadito, claro.

La mirada de agradecimiento de Flor María de los Cielos, limpia y transparente, y la pobreza paupérrima de su vestimenta las conmueve hasta casi las lágrimas. Y es que ellas, dice una, aunque no son madres, saben muy bien lo que cuesta criar un hijo. Que madre no es la que pare, sino la que cría, dice la otra. Y ellas han criado a varias huerfanitas en su casa de pensión, dicen complacidas ambas. Y como en tanto ellas hablan la niña no deja de rascarse la cabeza en ningún momento, las hermanas se ofrecen cariñosamente a despiojarla.

Cuando, sentadas a ambos lados de Flor María de los Cielos, las hermanas de tafetán morado han comenzado a espulgarla a cuatro manos, la señora flaca de la guagua silenciosa les ofrece un peine y una mantilla para que la extiendan sobre su regazo. A la primera pasada del peine, decenas de parásitos caen pataleando sobre la blancura del paño como una challa viva.

Y mientras una de las hermanas se ocupa de rastrillarle el pelo, y la otra, con las uñas de sus pulgares reseco y una mueca de delectación en el rostro, se afana en reventar los piojos como si fueran guatapiques, ambas, así como al desgaire, comienzan a buscarle conversación al abuelo.

En verdad, a las hermanas no les cuesta mucho romper la caracha de silencio con que el anciano del bastón de palo santo se defiende de los intrusos. Y al rato nomás ya se enteran de su propia boca de que Flor María de los Cielos ha quedado huérfana, y que por tal motivo él se la trae a vivir a la oficina salitrera en que trabaja. Que ya apalabró a la señora de la pensión donde come para que la niña ayude a servir las mesas. Que allí, entre los mineros del salitre, dice el abuelo mirando con ojos húmedos hacia la ventanilla, de seguro que su nieta hallará un hombre trabajador con quien matrimoniarse y formar un hogar como Dios manda.

Mientras el viejo habla y las hermanas de tafetán morado lo oyen sin cejar en su tarea, Flor María de los Cielos parece muda. Engurruñada entre las dos mujeres de vestidos vueludos y olorosas a flores de muerto, lo único que hace es sorberse las narices y jugar con su run-run hecho de dos calas de Lautaro aplastadas. En todo el viaje nadie la ha visto sonreír nunca.

Las hermanas le preguntan al viejo por la edad de la niña. Justamente ese día está de cumpleaños.

«Cumple doce», dice el abuelo. Las hermanas entonces se ponen de acuerdo para regalarle un dulce de fiesta apenas lleguen a la siguiente estación. La cual, si el ojo no le falla, dice don Audito, quien se ha acercado hasta el asiento atraído por la cháchara de las mujeres, ya se divisa recortada entre unos cerros azules, allá a lo lejos. Integrándose con entusiasmo a la conversación, el empleado de escritorio dice que, además de regalarle un pastel, tendrían que cantarle el «cumpleaños feliz» entre todos en el coche.

Cuando las hermanas de tafetán morado dan por terminado el despioje, antes de sacudir el palo por la ventanilla, a la encargada de aplastarlos con las uñas se le ocurre ponerse a contar uno por uno a los bichos muertos. A medida que la cuenta sobrepasa decenas y centenas, comienza a cundir la curiosidad y la expectación entre los pasajeros más cercanos. Cuando la mujer termina de contar, respira hondo y, concienzudamente, de manera notarial, dice en voz alta:

«Trescientos setenta y cuatro piojos, tres chinches y una garrapata de contrabando».

Apenas el tren se detiene en la estación, las hermanas de tafetán morado, acompañadas de madame Luvertina, se bajan presurosas a comprar. Como no encuentran tortas de cumpleaños se conforman con media docena de dulces pequeños que disponen sobre una bandeja de porcelana donde madame Luvertina prepara sus causeos. Una mujer les pasa una velita de cumpleaños que ensartan en el dulce del medio.

Y cuando todos en el coche se disponen a entonar en coro el cumpleaños feliz, Zenobia Castillo, la joven enamorada, se desembaraza de los brazos de su amante y, sonrosada de emoción, como una niña a punto de hacer una gracia en público, dice que por favor se esperen un ratito, y corre a su asiento y se empina en sus zapatitos de tacos chuecos y baja su pequeña maleta del portaequipajes y saca de ella un pequeño vestido blanco, resplandeciente de encajes.

«Es mi vestido de primera comunión», dice anhelante.

Y extendiéndolo en sus brazos para mostrar su hechura, agrega:

«Me gustaría mucho que Flor María de los Cielos se lo pusiera antes de que le cantemos el cumpleaños feliz».

Aprovechando que hay agua, y con la benevolencia de su abuelo emocionado hasta el ahogo de tos, Zenobia Castillo se lleva a la niña para asearla un poco y cambiarle de ropa. Antes de entrar al baño alguien le pasa una piedra pómez. «La va a necesitar», le dice.

Cuando Flor María de los Cielos aparece de nuevo en la puerta del baño, con la cara lavada, los codos y las rodillas brillantes, el pelo ordenado en dos trenzas perfectas y vestida del precioso traje blanco, da la impresión a todos en el coche de que en realidad no es Flor María de los Cielos, sino una aparición sobrenatural de ella misma. Y por primera vez en todo el viaje los pasajeros la ven sonreír.

«De verdad que parece un ángel», dicen las hermanas de tafetán morado.

Su abuelo sólo se limita a mirarla con sus ojos humedecidos. Está asombrado.

Cuando al fin los pasajeros, agolpados en torno a la niña, se ponen a cantar a coro, el enano se encarama sobre el espaldar de un asiento y, afirmándose con una mano y con la otra dirigiendo la canción, acompaña el canto sacando una potente voz de barítono que sorprende a todo el mundo.

Al terminar de cantar, madame Luvertina le tiene que decir a Flor María de los Cielos lo que debe hacer. Cuando la niña sopla, todos en el coche rompen a aplaudir jubilosos. Después, a pedido de la quiromántica, Lorenzo Anabalón, saca su acordeón rojo y le canta «Las mañanitas» a dúo con el enano.

Cuando el tren comienza a partir, Flor María de los Cielos, asomada a la ventanilla, resplandeciente en su vestido blanco, le sonrío y hace señas de adiós a un niño de rostro moreno que merodea por la estación con su bolso de escuela bajo el brazo. El niño, atónito primero, dudando si es a él a quien esa niña linda le sonrío, descalzo como anda empieza a correr desesperadamente junto al vagón haciéndole señas con la mano en alto y mirándola como se miraría la fugaz aparición de un ángel desvaneciéndose irremediabilmente en la irradiación del aire.

Madame Luvertina, quien ha observado toda la escena desde su ventanilla, sonrío con ternura. Con el espíritu pulido de emoción, piensa que quizás algún día ese niño andará contando por ahí que una vez la niña más hermosa del mundo le sonrío y le hizo señas desde el vagón de un tren en marcha. Y tal vez, para guardarla en su recuerdo, aquel niño moreno, al que le adivinó los ojos tristes de los poetas, le inventará un nombre; y, como el amor es mágico, hasta puede que la bautice en el libro de sus recuerdos como Flor María de los Cielos, su propio y bello nombre. Y es que después de todo, piensa con afecto la mentalista, quién dice que el destino principal de este viaje de la niña, más que ir a fregar platos a una salitrera y luego casarse con un hombre que llegará del cerro enterrado de pies a cabeza, no sea sino el de quedar grabada para siempre en la retina y en la memoria de ese niño con cara de pan de Dios que en esos momentos ya ha dejado de correr y, parado a la orilla de la vía, se va convirtiendo en un minúsculo puntito negro reverberando a la distancia.

Los pasajeros que por primera vez hacen el viaje a la pampa, están desconcertados. Desde que clareó el día que vienen sintiendo la impresión terrible de que el tren corre y corre sin ganarle un solo centímetro a ese desierto del carajo. Desde que abrieron los ojos en la mañana están viendo el mismo paisaje atornillado a las ventanillas. Es como si un mismo pensamiento, insensible, yermo como la muerte, se hubiese quedado enmarcado para siempre en la mente de cada uno.

Una pasajera de ojos hundidos dice de pronto que recién se viene a dar cuenta de que el señor del traje blanco y el clavel jaspeado en la solapa, que no hablaba con nadie y que no traía equipaje alguno, ya no está en el coche; que no lo ha visto desde que el tren paró en mitad del desierto. «Se notaba que éste no era su tren», dice desde el asiento de enfrente un hombre de orejas triangulares.

Cuando la señora de cuencas hondas está diciendo que si el pobre hombre no muere empampado, alguien se va a llevar un susto de padre y señor mío cuando regrese a casa, entra el ciego de las peinetas y, equilibrándose expertamente, las piernas abiertas en compás, se pone a cantar un luctuoso bolero de amores no correspondidos.

Cuando el ciego termina de cantar, avanza a tientas por el pasillo ofreciendo sus peinetas de carey con un lánguido pregón de lástima. Al pasar por el asiento de las hermanas con vestidos de tafetán, olorosas a flores muertas, una de ellas, sólo por ayudar al pobrecito inválido, le toca la caja de la guitarra con los nudillos y le pide que le venda una peineta. Cuando le pasa el billete, el ciego, reconociendo al tacto que es uno de cola larga, comenta despectivo:

«Y todo este tremendo billete para una sola peinetita».

Las hermanas de tafetán morado se miran entre sí, divertidas, y luego exclaman a dúo:

«¡Al ciego le dieron ojos y pidió pestañas crespas!».

En esos momentos, Flor María de los Cielos, a instancias de su abuelo, se ha parado de su asiento y, con el triste atadito de su ropa vieja bajo el brazo, se acerca a Zenobia Castillo. Con una expresión apenada en su carita redonda le pide que la acompañe al baño para devolverle el vestido blanco. La joven, abrazada a su enamorado, la mira un instante con ternura y, luego, en un sentimental raptó de generosidad, le dice que por favor se lo deje para ella, que se lo regala de todo corazón.

«Además, te queda como hecho a la medida», le dice Amable Marcelino, acariciándole el pelo y regalándole un guiño de picardía.

Flor María de los Cielos, feliz de la vida, comienza a dar vueltas y revueltas por el pasillo del coche haciendo, girar en remolino el ruedo del vestido. Cuando llega hasta el asiento en donde va la señora adivina, con la cara llena de alborozo le cuenta que ese vestido bonito ahora es suyo.

Madame Luvertina, quien en esos momentos está tirando por la ventana unos trozos de pollo cocido — «se están abichando», le había dicho a su madre —, le sonrío con dulzura. Y, mirando hacia donde van los amantes, se dice pensativa que Dios se apiade de esos enamorados del amor.

Cuando termina de tirar la carne agusanada, la quiromántica saca un frasquito de perfume de una pequeña bujeta de madera y se pone unas gotitas detrás de las orejas. Luego remece a Lorenzo Anabalón, quien hace rato va dormitando apoyado sobre su instrumento, y le dice que por favor la acompañe un ratito a la pasarela, que tiene que secretarle algo. «Además, le servirá para orearse un poco», le dice. «Lo que es yo, no doy más del sofoco».

Instalados en la plataforma delantera del coche, madame Luvertina le dice que se trata de los jóvenes enamorados. Con expresión consternada, a punto de soltar el llanto, le cuenta que ni en las cartas ni en las líneas de sus manos les vio ningún futuro en sus vidas, y que no había tenido el corazón suficiente para decírselo. Y que, para terminar de rematarla, por la noche había soñado puras terriblezas con ellos. «Esos niños malandantes están marcados por el sino de la tragedia», dice acongojada madame Luvertina, apoyando su cabeza en el hombro del acordeonista.

Luego de sacar un pañuelito de su escote y sonarse las narices delicadamente, la mentalista le cuenta que en el sueño veía a la pareja de enamorados paseando abrazados y silenciosos por las calles de una oficina salitrera en donde, luego de unos días sin tener dónde vivir, terminaban quitándose la vida; él se ataba un cartucho de dinamita en su correa y, luego de decirle a ella que la seguiría amando en el cielo, encendía el cartucho con la lumbre del último cigarrillo y la abrazaba llorando.

Mientras madame Luvertina y Lorenzo Anabalón, casi rozando sus cuerpos al balanceo del tren, conversan de pie en la plataforma, a ella el viento le hace ondear toda la cabellera trigueña hacia un lado de la cara, hecho que a él le rememora vívidamente la imagen inolvidable de Uberlinda Linares.

Cuando en un arrebató de pasión, él está a punto de besarla, desde el interior del coche les llega un claro bullicio de trifulca.

Lo que estaba pasando adentro era que la madre de la quiromántica, de improvisó, al verse sola, había dejado su tejido en la canasta, se había levantado por primera vez de su asiento, se había arreglado las plisaduras de la falda y, con pasitos de sonámbula en casa ajena, se había dirigido hacia la puerta que daba al segundo coche.

En el instante en que pasaba junto al asiento de la señora de la guagua pegada al pecho, los mellizos, que habían sentido un olor dudoso en el ambiente, tapándose las narices con una mano y agitando los dedos mojados en saliva de la otra, comenzaron a gritar a coro, muertos de la risa:

«Fo fo fo, quién se lo tiró; fo fo fo, quién se lo tiró».

La abuela se detuvo enojada ante los niños. Pensando que la estaban culpando a ella, los miró con el ceño fruncido y, aunque hasta ese momento había parecido muda, sacó una cantarina vocecita de ánima lírica para decir que a ella no la vinieran a mirar los mocositos impertinentes, que ella no había sido la del follón. Luego había buscado con la mirada alrededor y, apuntando al abuelo de Flor María de los Cielos que la miraba extrañado desde su asiento, agregó, en un abierto dejo de picardía infantil:

«Para mí que fue ese viejo».

El abuelo, que era la primera vez que la veía en todo el viaje, se quedó mirándola sorprendido y luego reaccionó enojado:

«Más viejo es el viento y aún sopla», le dijo. Y rematando la sentencia agregó fuerte: «Vieja fea».

La madre de la quiromántica se lo quedó mirando un instante como arrobada. Luego, pasado su desconcierto, apuntándolo con su índice de pellejo transparente, le respondió que si acaso el viejo cara de caballo no se había asomado nunca a un espejo.

«Si la muerte no te embellece, viejo peorro, habrá que velarte boca abajo», le dijo fuerte.

«¡Vieja sangregorda!», le gritó el abuelo, trémulo, agitando su bastón de palo santo como si fuese un crucifijo.

«¡Viejo ablandabrevas!», le respondió ella.

Cuando madame Luvertina y Lorenzo Anabalón entran al coche, el espectáculo los deja anonadados. En un bochinche fenomenal, los abuelos discuten acaloradamente ante la abierta hilaridad de los demás pasajeros que, azuzándolos a coro, se han puesto de pie para observar mejor.

Avergonzada hasta el rubor, la quiromántica toma de un ala a la anciana y se la lleva de vuelta a su asiento. Como si en verdad fuese ella la madre, madame Luvertina la acomoda con gestos bruscos, le pasa de nuevo su tejido celeste y la regaña entre dientes por su trato mal educado con el abuelo del bastón. Que así no se trataba a las personas, le dice. ¿O acaso ella conocía de antes al caballero?

«Ni por el forro», dice la anciana con su tonito senil. Y, metiéndose de nuevo en los vericuetos de su tejido, vuelve a su mutismo de animita chocha.

Madame Luvertina deja pasar un momento mirando por la ventanilla y, luego, ya un tanto más serena, le comenta al acordeonista que hacía rato no veía tan locuaz a su madre. «Desde la última vez que se enamoró», dice. Y exhalando un suspiro, agrega divertida:

«Hará cosa de dos meses».

Por la noche de aquel tercer día, un ebrio que no había dejado de celebrar desde las fiestas de año nuevo, se metió a orinar debajo del árbol de Alma Basilia y se topó con un bulto grande que colgaba de su ramaje. Era el afuerino que pendía ahorcado. «Por el olorcito que emanaba parecía un saco de mierda», contaba después el borracho.

Cuando el administrador fue avisado y llegó hasta la casa acompañado del sereno del campamento, además del hombre colgando del árbol, se encontró con Alma Basilia tendida en su cama bañada en sangre. Tenía una herida de puñal cerca del corazón, pero aún respiraba.

Al día siguiente llegó la policía de Iquique a buscar el cadáver del forastero. Ahí se supo que el hombre se llamaba Rosalino del Valle y que se había convertido en asesino de mujeres de puro resentimiento, y que la hediondez a mierda que despedía su cuerpo era casi su olor natural.

Oriundo de un caserío al interior de la ciudad de Osorno, hijo putativo de un dueño de fundo, cuya única herencia había sido un par de ojos verdes y un desdeñoso modo de mirar, se había venido al norte a la edad de quince años. Desde entonces, hacía siete años a la fecha, se habla ganado la vida limpiando abrómicos en las casas de los adinerados de Iquique.

Además de ser explotado por el dueño de la empresa, un peruano que había amasado su fortuna a base de la mierda de los ricos, Rosalino del Valle tenía que soportar la burla de sus amigos que lo habían apodado El Matón – «Éste le saca la mierda a todos», lo jodían riendo burlonamente – y la desidia y la humillación permanente de las mujeres dueñas de las casas más encopetadas de la ciudad.

Un caluroso amanecer de verano, mientras hacía su segundo viaje en su carreta trasladando los barriles con mierda hasta el botadero, al entrar por la puerta de servicio a la mansión de un magnate salitrero, cuya mujer era una de las que más lo humillaban en su tarea, se encontró con ella ocupando el asiento del baño. En un incontrolable arrebato de ira ante los denuestos de la mujer que lo trató como a un perro, en vez de disculparse y esperar para cumplir con su tarea, Rosalino del Valle atacó a la mujer allí mismo y la mató de nueve puñaladas. No contento con eso, una vez consumado su crimen, en un instintivo acto de reivindicación social, la embadurnó toda con mierda de su propio abrómico y la dejó sentada en el cajón del baño en la misma posición aristocrática en que la había sorprendido: pierna arriba y con las manos entrelazadas en las rodillas.

Rosalino del Valle cometió dos asesinatos más en menos de una semana, antes de que fuera detenido por la policía. Condenado a la pena de muerte, alcanzó a estar un año y siete meses en prisión. Hacía cuatro días que había escapado.

Y había sido a causa de su oficio, de sus largos años de trabajar acarreado y limpiando abrómicos, que a Rosalino del Valle se le había impregnado en la piel el olor a mierda. Además, durante todo el tiempo que estuvo en la cárcel, los gendarmes lo habían destinado diariamente a limpiar las letrinas del penal.

En Resurrección el caso habría sido olvidado en un par de meses de no haber mediado un extraño detalle en la muerte del forastero; detalle que había sido todo un misterio para el sereno y el administrador, tanto así que, por encargo de este último, ambos mantuvieron en secreto y no lo divulgaron sino hasta mucho tiempo después.

Cuando los hombres comenzaron a relatar el suceso contaban que al ir a bajar al ahorcado, se dieron cuenta con horror de que en realidad el hombre no pendía de ninguna soga, sino que tenía enroscada al cuello, como una serpiente vegetal, una rama del propio árbol de Alma Basilia. Y que la punta de los zapatos del forastero se balanceaban a sólo un milímetro del suelo.

«Después de eso, nunca más volvimos a pasar por debajo del árbol», decían medrosos.

El tren avanza tremolante bajo el incendiario sol de mediodía. Su silueta acordeonada a ratos parece transparentarse y desvanecerse como un espejismo en esas encandilantes llanuras blancas.

Los pasajeros, consternados ante ese mundo estepario, sienten en su alma que ya se han adentrado largamente en las castigadas tierras de Dios.

«Todo esto es un gran calcinatorio», dice alguien, impresionado.

Por las ventanillas abiertas de los coches, junto al tierral salitroso levantado por las ruedas del convoy, entra un calor seco, como de caldera. De pronto, como tocados por una visión irreal, los sofocados pasajeros del lado poniente se ponen a contemplar una huérfana nube blanca que avanza desmadejándose milagrosamente en la radiante luminosidad del cielo. Como si se tratara de la visión de un ángel perdido, los pasajeros embelesados siguen la trayectoria y las formas en que se va deshilachando despaciosamente la nubecita expósita. Bajo ese calor de infierno no se sabe si es más bella la nube atravesando el azul del cielo o su sombrita fresca ungiendo el lomo quemante de las piedras de caliche.

Después, un poco más adelante, les toca sorprenderse a los pasajeros sentados del otro lado del vagón: un remolino de arena ha comenzado a erguirse de la nada y, bailando y creciendo a través de la llanura, bailando y creciendo, se acerca excitadamente en dirección al convoy. En medio de los gritos de júbilo de los pasajeros, el remolino, ya convertido en una tolvanera gigante, alcanza y cruza por encima al tren, cubriéndolo completamente y dejando otro poco de tierra en las bocas, en las cuencas de los ojos y en los pliegues y bolsillos de los ya enterrados trajes marchitos. Después, perdiéndose por el otro lado de la pampa, la silueta del remolino ya adelgazándose, equilibrándose enhiesto en la raya del horizonte, les trae a los pasajeros sureños la nostalgia plateada de un álamo huacho.

Y como si el remolino hubiese sido un mensaje de bienvenida, un poco más allá, a ambos lados de la línea férrea, comienzan a divisarse los cascotes de algunas oficinas salitreras abandonadas. Junto a sus ruinas, como flotando a la deriva en la

reverberación de las arenas candentes, ondulan sus viejos cementerios de tumbas abiertas.

Mientras el tren cruza frente a esos olvidados cementerios pampinos, don Audito se pone a pensar que los únicos cactus de esos páramos malditos eran las requemadas cruces de los camposantos.

«Fúnebres cactus de madera», metaforiza para sí.

Contentísimo de su hallazgo poético, se lo quiere recitar a su vecina de asiento, pero la señora de luto no le sirve para sus devaneos líricos: hace una eternidad que la pobre mujer no habla ni parece escuchar nada.

Se vuelve entonces urgentemente hacia atrás y le recita su metáfora a la señora de la guagua nacida muerta. Luego de una explicación didáctica que el brillito de interrogación en los ojos de la mujer amerita, le dice lo mucho que le gustaría a él llegar alguna vez a vocalizar sus versos con las mismas florituras y delicadezas que luce su gallarda caligrafía de pendolista.

Como la mujer flaca lo escucha con admiración incondicional, don Audito, embalado, arrebatado de lirismo, se pone a detallarle —a ella y a todos los pasajeros alrededor— el contraste tremendo de esas ardientes pampas calcinadas con los enverdecidos paisajes de sus sures natales. Sacando a relucir toda su artillería de poeta pastoral reprimido, empieza a hacer un inventario de las bondades y bellezas con que *Madre Natura* regaló a su tierra sureña: ríos como turquesas, bueyes de sombra lila, ovejas mojadas de rocío, colibríes funámbulos, caballos como labrados en carbón de piedra, manzanas encandiladas, helechos, tulipanes, pataguas, álamos, robles, araucarias.

«Y toda esa música para los ojos», termina suspirando inspirado el empleado de escritorio, «imagínesela, usted, mi señora linda, con acompañamiento de lluvia y silbato de tren».

Cuando el tren comienza a tomar una curva cerrada y el chirrido de las ruedas de fierro hace destemplar los dientes, el pendolista nostálgico está diciendo que no sabe en qué minuto de su vida fue capaz de abandonar aquel paraíso por venir a morirse a estas sulfurosas peladeras de planeta a medio cocinar.

Oscilando en el zarandeo del vagón, se pone a contarle a la mujer flaca de cómo había llegado a trabajar a la pampa de chupalla y ojotas. Que antes de pasar a empleado de escritorio eran tan pobres, que con su señora esposa, que en paz descansa, dormían en una calamina puesta encima de seis tarros de manteca rellenos de tierra. Que por las noches, en los afanes de sus machihembramientos, la calamina resonaba como al embate de una ventolera, mientras ellos trataban de contener el resuello para no despertar a sus pobrecitos vástagos que, sobre una frazada puesta en el suelo, dormían acurrucados como angelitos en estado de oruga.

Cuando la mujer flaca cuenta que ella viene a la pampa en busca de su marido, del que no sabe si sufrió algún percance o simplemente se puso a vivir con otra mujer y se olvidó de ella y de sus hijos para siempre, don Audito comenta lacónico que todo el mundo viene a la pampa en busca de algo y que, al final, además de los años más preciados de sus vidas, terminan dejando tirado en ella hasta su triste atado de huesos. «Los pobres huesos quedan para flautas del viento», dice cejijunto el pendolista.

Mirando hacia afuera, la señora flaca comenta que para trabajar en esas sequedades, había que ser bien carne de perro.

«Por aquí debe de llover una vez cada mil años», dice.

Don Audito le va a responder que el hombre es un animal que se acostumbra a vivir hasta en el mismísimo infierno, cuando su vecina de asiento, la señora de luto, volviéndose de súbito, mirándolo con fijeza de esfinge, masculla enfebrecida:

«Los huesos de mi hijo no se van a quedar para flauta de nadie».

Sorprendido, don Audito se queda un momento sin reaccionar. Luego se da vuelta y le dice, respetuosamente:

«Perdón, señora, pero a estas alturas a su hijo ya lo deben haber enterrado».

«Lo desentierro y me lo llevo de vuelta al sur», dice la mujer.

«Mejor sería que lo dejara descansar en estas tierras», le dice don Audito.

«Por qué habría de ser mejor», pregunta la mujer.

«Porque aquí los muertos no mueren».

«Usted desvaría».

«No, mi señora, le digo la purita verdad. Por estos yermos la mortaja de salitre conserva los cuerpos mejor que cualquier mejunje de esos para preparar momias».

«Será, como usted dice, pero mi hijo no se queda en estos pedregales. Los santos huesos de su padre lo esperan en una sepultura mucho más humana, allá en el sur».

«Yo, querida señora», insiste don Audito, «he visto muertos en estos cementerios mejor conservados que cualquier anciano reumático de esos que se pasan el día aguachando palomas en las plazas públicas».

Y se acomoda de nuevo en su asiento, y se pone a contarle a la señora de negro sobre un discurso fúnebre que le oyó decir a un amigo suyo en el cementerio de Pampa Unión. A su amigo le decían el Poeta Mesana y el discurso hablaba justamente de ese prodigioso poder de conservación que poseen estas tierras. Si la señora lo estimaba pertinente, él había memorizado un pequeño trozo y podía recitárselo ahora mismo, con todo respeto, por supuesto.

La mujer, desconcertada, se lo queda mirando de medio lado, como las gallinas, y don Audito, los pulgares en los bolsillos de su camisolín, comienza a recitar despacito, mirando el techo del vagón:

«Que la pampa y su mortaja de sal establezcan el milagro inmanente de mantener el cuerpo de Avelina Pocas Luces en perfecto estado de conservación, para que el día glorioso de los muertos el fioquentísimo se levante luciendo su misma e inolvidable estampa de tanguero fino; y, canchero como siempre, jugueteando el palito de fósforos en su diente de oro, termine de dibujar ese giro en que fuera interrumpido insulsamente por el dueño (y su puñal) de la dama más linda del baile; señora cuya brevísima cintura aún moldearán bajo tierra sus aguzadas manos de artista, y cuyo perfume, cual mariposa atónitamente alfilereteada, aún persistirá incólume en el cuenco de su, en vida, encorvadísima nariz de amante».

Acompasado por el estribillo invariable del tren, el tema de la muerte se expande como una peste entre los pasajeros. Desde un asiento frente a don Audito se oye a alguien decir que los moribundos de la tierra podrían perfectamente pedir un escapulario, un vaso de agua, o que les abrieran la ventana; que estaban en su derecho. Que podrían asimismo —y eso sería lo mejor— rogar que los dejaran solos. Pero, por el amor de Dios, que hicieran el favor de no sobreactuar su agonía. Que eso de estirar la mano como tratando de aferrarse a algo, o a alguien, resultaba más bien grotesco. Y, por último, que debieran de tener la delicadeza de apretar bien los párpados antes de expirar, pues los ojos en blanco resultaban más bien empalagosos. «Y por Dios que los desmejora», recalca otro con ironía.

Después se oye a una de las hermanas de tafetán morado asegurando que una de las repercusiones de vivir cerca de un cementerio era el compromiso casi ineludible de instalarse con un negocio de flores; o, en su defecto, instruirse en el oficio de tallador de lápidas; eso sin decir nada de la tentación casi inmoral de instalarse con un boliche y bautizarlo con el estratégico nombre de El Quitapenas.

«Lo otro sería dedicarse a profanador de tumbas», dice la otra hermana.

«Pero eso ya es harina de otro costal», dice ésta.

«Tierra de otro cementerio», remacha aquélla.

Como por las ventanillas de ambos lados del vagón se siguen diviso corrales de cementerios pampinos, un pasajero con cara de muerto lozano se pone a contar de una artista de variedades que a su paso por uno de esos cementerios le dio el antojo de llevarse como recuerdo una hermosa flor de lata que arrancó de una corona fúnebre. Que transcurrido un tiempo, la mujer, media loca de espanto, se vio en la obligación de venir desde la misma capital a reponer la flor en la tumba de donde la había sacado, pues el ánima implacable del difunto, un joven pampino que había muerto de nostalgia por los ojos de una mujer, no la dejó en paz ni una sola de sus noches de insomnio cobrándole su florcita de lata.

Bajo la influencia del paisaje, la conversación se desvía hacia los mineros extraviados en la pampa que habían tenido que beber de su propia orina para sobrevivir en ese infierno blanco. Don Audito cuenta sobre un empampado que sobrevivió gracias a su orina, y que después de rescatado siguió bebiendo por costumbre media jarrada diaria de sus orines en ayunas. Que el hombre, mandándose el trago al colete como si fuera té de Ceilán, decía muy suelto de cuerpo que era lo mejor que había descubierto para conservar la buena salud. Y que algo de cierto debía de haber en eso, asegura orondo don Audito, pues resultaba que el empampado se había muerto a los 122 años de edad. Ni uno menos.

«Y seguro que se murió de pura salud», acota el enano, en tono escéptico.

Que a propósito de beber orina, dice la quiromántica, ella les aconsejaría que no compraran tecito en la próxima estación, que el bebedizo que allí se vendía tenía gusto a agua sucia. Y menos todavía comprar pollitos asados, dice admonitoria, a menos que quisieran probar garuma o jote de cerro.

Don Audito retruca cortésmente que no hay ninguna diferencia entre comerse un pollo, una garuma o un jote; que lo único que no se debería comer jamás en la vida eran palomas.

«¿Y por qué no?», preguntan a coro las hermanas de morado.

Don Audito, luego de dar una mirada en abanico, dice gravemente que la paloma es sagrada, que es una de las aves de naturaleza más limpia que existen, y uno de los pocos animales inmunes al diablo, pues éste nunca podría usurpar su forma. Y luego pregunta casi recitando que si acaso las señoras y los señores presentes nunca habían visto a una paloma muriéndose, vaciándose cual un cáliz trizado sorbido lentamente por la tierra.

«Ave que vuela, a la cazuela», le corta el enano, ya en franco tren de sorna.

Y cuando, en un gran corro, todos están siendo presa de la más desatada imaginación, y uno ha comenzado a contar el caso espeluznante de la guagua con dentadura de oro que en las noches de luna se les aparecía llorando a los mineros en mitad de la pampa, hace su aparición en el coche un hombre de aspecto agitanado luciendo un sombrero de ala ancha y chaleco negro con botones plateados.

«Es el contador de cuentos», dice el enano.

Cuando, Alma Basilia se recuperó de la herida ya no volvió a ser la misma. El suceso la dejó como nimbada de un aire ausente. A veces, por las tardes, se olvidaba de atender a sus parroquianos y se echaba a andar por las calles del campamento con una triste expresión alunada. En las pocas veces que se acordaba de ejercer su oficio lo hacía como sumida en un estado de crisálida. «Es como estar haciendo el amor con su recuerdo», decían los hombres.

Nadie supo nunca qué había sucedido exactamente durante esos tres días y tres noches de encierro en su casa con el forastero. Cuando alguien le preguntaba sobre el asunto, Alma Basilia, con la mirada errática de los locos, jugando a dar vueltas entre los dedos una ramita de su árbol, se quedaba un rato absorta y luego respondía vaguedades. Decía, por ejemplo, que así como los jorobados traían buena suerte, los hombres de cuello torcido eran de mal augurio, que eso se lo había revelado cierta vez una señora adivina de paso por Resurrección y ella no le había hecho caso.

Tiempo después, la oficina Resurrección paralizó sus faenas. Poco antes de apagarse los humos de la usina, se habían pintado a la cal las casas del campamento y las caravanas de niños con sus camioncitos de lata habían recorrido las calles de tierra con su sonajera indescriptible. Como todos sabían en la pampa, éstas eran dos de las tres señales que anunciaban la paralización de una oficina. La otra era el acaecimiento de algún suceso extraordinario. Para muchos, la desgracia ocurrida a Alma Basilia con el forastero asesino había sido la tercera señal.

El día de la partida, todos los habitantes de Resurrección se abrazaban llorando desconsoladamente. La mayoría partía a laborar en alguna de las oficinas cercanas, aún en producción; otros se iban a tentar suerte a Iquique; unos pocos, los más afortunados, se embarcaban en el tren de regreso a su tierra sureña. Y en el ajeteo de retobar los bártulos, cobrar el salario y despedirse de sus muertos, todo el mundo se olvidó de Alma Basilia.

Y de la noche a la mañana, Resurrección quedó convertido en otro pueblo fantasma de los tantos que ya comenzaban a poblar el desierto. En el campamento sólo quedó un cuidador y una cuadrilla de obreros contratados por una semana, cuya tarea consistía en sacrificar a los cientos de perros y gatos abandonados por sus dueños.

Una mañana, al más joven de la cuadrilla mataperros le dio por ver cómo era por dentro la casa de la puta del arbolito, a la cual nunca se había atrevido a entrar. En su interior halló a Alma Basilia recostada sobre su catre de bronce, como recién muerta. Tenía las manos cruzadas en el pecho y en ellas, como si fuera un crucifijo, sostenía una ramita de su árbol. En el aire de encierro de la casa flotaba un fuerte olor a tanino.

Alma Basilia, quien no tenía adónde ir, ni quería tampoco irse a ninguna parte, se había suicidado bebiendo de la resina de su árbol. En el velador había dejado una nota en que expresaba claramente el deseo de ser sepultada a los pies de su árbol (a los pies de Tolentino Floro, decía). Y por todo epitafio que grabaran en el tronco una inscripción escrita al dorso del mismo papel.

Si ustedes alguna vez aciertan a pasar por lo que queda de Resurrección, encontrarán entre sus escombros un tronco de árbol reseco que, sin embargo, milagrosamente, siempre tiene una gotita de resina fresca. Si se dan el trabajo de quitarle un poco el polvo de los años, verán aparecer una inscripción que dice:

«Tolentino Floro y Alma Basilia S.A.E.».

«¡Por la pollerita de Cristo, que cosa más triste!», exclama llorando una mujer.

Por su parte, presa de una pena infinita, las hermanas vestidas de tafetán morado preguntan bajito, tratando de no agitar el agua de ensueño en que han quedado sumergidos todos en el coche:

«Qué significa S.A.E., mi caballero»

«Se aman eternamente», responde grave el hombre.

Todos se miran entre sí, enmudecidos.

Luego de un rato de silencio, y sin dejar de acunar a su guagua, la señora flaca pregunta compungida si acaso al caballero no le daba repeluzno ganarse la vida contando esas tristuras.

«Cada uno hace lo que puede, mi querida señora», contesta el hombre.

«¿Y usted se sabe muchos casos como éste, don», pregunta don Auditor, rumiando la idea que tal vez alguno se podría escribir en versos.

«El desierto es una cantera inagotable de historias como ésta», responde el hombre, mientras abre un pequeño morral y saca una botella de licor. «Ahora mismo me devuelvo de coche en coche contando otro caso ocurrido por estos pagos. Por supuesto que empezaré en éste, sólo permítanme remojar un poco el güergüero y hacer una pequeña siestecita».

«¿Y de qué trata el caso que va a contar ahora, míster, si se puede saber?», pregunta el enano, acomodándose en la punta de un asiento.

El hombre se limpia los labios con la manga, guarda la botella, se echa para atrás en el asiento que alguien le ofreció con las reverencias con que se le hubiese ofrecido a un sacerdote, levanta el ala de su sombrero y dice que el caso cuenta la historia de Leoncio Santos, un viejo pampino que, trastornado por la traición de su mujer, se quedó solo en una salitrera abandonada durante más de treinta años, convencido completamente de que ella alguna vez iba a volver en el mismo tren en que se había ido.

«Imagínense, esperar toda esa porrada de tiempo solo en estas orfandades», interviene emocionada la señora flaca.

«Una chichirimoche de años», dicen las hermanas de tafetán morado.

En esos momentos el tren, haciendo sonar su silbato, va entrando en una estación de nombre

Miraje. El contador de cuentos, sin hacer caso a la interrupción de las señoras, prosigue diciendo que no hacía mucho habían hallado el cadáver del viejo acurrucado en un recoveco de la estación.

Sentado en una piedra, se había quedado muerto mirando hacia el punto exacto del horizonte por donde aparecía el tren. Se decía por ahí, que el hombre que le había robado a su esposa había terminado pagando con la misma moneda: la veleidosa mujer lo había abandonado también a él y, trastornado de amor, había terminado colgándose de una viga.

Lorenzo Anabalón se afloja el pañuelo del cuello y traga fatigosamente un bolo de saliva tierrosa: una vieja laceración le quema la garganta y el alma. Frente a él, caída en un extraño ensimismamiento, con el rostro vuelto hacia la ventanilla, madame Luvertina llora un silencioso llanto de amargura. En lo polvoriento del vidrio su imagen se refleja apenas como una difuminada aparición de mediodía.

Sentado en una piedra, bajo la luz cegante de mediodía, el viejo Leoncio Santos espera la llegada del tren recortando sus uñas de muerto con una mohosa navaja de afeitar. El silencio es de limbo y el aire inflamado de la pampa no corre una hilacha de viento.

Como todos los días de tren, Leoncio Santos se ha puesto su mejor traje de parada, se ha peinado a la gomina y se ha rociado profusamente en agua de olor. En su dedo del corazón su argolla de matrimonio, bruñida día a día con su hálito de alma en pena, destella un sonámbulo brillo de oro viejo. Como él sabe que el *Longino* siempre atrasa, ahí, medio a medio de su soledad, por no desesperar en su espera, se pone a imaginar en cómo irá a descender del tren la señora Uberlinda Linares de Santos; qué vestido lindo de los tantos que él le compró en la pulpería irá a traer puesto, ella que era tan jacarandosa para vestirse. Para qué lado de la cara irá a traer caída su cabellera trigüeña, ella que era tan voluble de peinado como de genio.

Y es que Uberlinda Linares, así como en sus arranques de cólera podía ser muy capaz de echarse desnuda a la calle, en sus ratos de alegría llegaba a ser tan graciosa como una catita en la palma de la mano. Y es que ella nunca fue igual a ninguna otra mujer en el mundo. Ella nunca tiritó de frío, por ejemplo; nunca transpiró de calor. Él jamás recuerda haberla visto fruncir el ceño ni desvelarse por nada ni por nadie. Su único quehacer en la vida era ella misma. Y se tomaba con tal liviandad de espíritu que daba la sensación cierta de que en cualquier momento se podía elevar, volar, irse de la tierra canturreando feliz de la vida.

Y es que ella era como de otro mundo. Su cuerpo no dejaba huellas en las sábanas. Creía en los encantamientos. Nunca se recortaba las uñas los miércoles. Y había que verla hacer esas cosas extraordinarias que hacía cuando estaba más inspirada, como mover las orejas a voluntad u oler con los talones. Y era perita en ordalías: además de apagar las velas sin humedecerse la yema de los dedos, podía ponerse una brasa encendida en la lengua y sonreír sin perder esa especie de concupiscencia cándida que enloquecía a los hombres.

Y es que Uberlinda Linares era una especie de animal angélico; cuando ella amaba era como si prestara sus alas por un rato. Él había llegado a pensar que su belleza fascinante atraía a los malos espíritus; que era una bruja, una hechicera, una

nigromante. Además, estaba el misterio de su juventud: mientras él se iba haciendo cada vez más viejo, ella, su Uberlinda Linares, rejuvenecía cada año, cada día, cada hora.

Su risa loca llenaba el mundo de pájaros, de campanas, de pitos de trenes, de pitos de trenes llegando, de pitos como el que ahora mismo resuena en la lejanía y le hace dar una vuelta de carnero a su pobre corazón transparente. ¿Vendrá igual de ojialegre, ella que estrenaba el sol cada mañana?

El tren se acerca y para él es como si se acercara la mismísima felicidad hecha una máquina trepidante, una locomotora jadeando, piteando, enarbolando su negro penacho de humo. No había nada más lindo en la vida que un tren trayendo a la mujer amada; nada más emocionante que un tren lleno de gente entrando a la estación en donde uno esperaba a aquella mujer; no había nada más hermoso que ese tren anunciando su llegada a todo silbato, a toda campana, a todo pañuelo blanco agitándose en las ventanillas. Así les había dicho Leoncio Santos a sus perros cuando le llegó el rumor fatídico de que el Longitudinal Norte ya no atravesaría más el desierto y simplemente se murió de la pena, se murió ahí mismo, sentado en una piedra, esperando aquel tren que ya nunca más llegaría. Se murió preguntándose, espiritualizado, que cuántos trenes cabrían en la punta de un clavo de línea, cuántos trenes con las ventanillas encendidas correrían en la estela luminosa de una estrella fugaz, cuántos pitazos de locomotoras bastarían para horadar el silencio mineral de esos cerros pelados.

Se murió de nostalgia diciéndoles a sus perros huachos que ya no correrá más el tren trepidante, ya no piteará más su pito ronco la locomotora fragorosa, no repicará más su campana de iglesia rodante.

Ahora vendrán y levantarán los rieles, y los clavos de línea saltarán de los durmientes como pavesas encendidas a la orilla del peralte. Las estaciones serán abandonadas, desmanteladas, olvidadas.

Rematarán los trenes como bagatelas; como fierro viejo venderán las monumentales locomotoras negras, como chatarra, como escoria; ellas que fueron catedrales de las distancias, estreptosos caballos de metal atravesando las llanuras, fuerza del paisaje. Las desarmarán como juguetes inútiles a las locomotoras heroicas; las venderán por piezas sueltas, a tanto el kilo de fierro, el kilo de bronce, el kilo de acero. Algunas se quedarán por ahí echadas lastimosamente; sus carcasas yacerán bajo el sol lo mismo que caparazones de bestias antediluvianas. Desarmarán los coches de tercera y en sus ventanillas geófagas los postes del telégrafo ya no correrán nunca más hacia atrás, hacia el regreso. Desaparecerá el tren intrépido, mis quiltros queridos, lo venderán al mejor postor, y los pobres maquinistas de gorras con viseras de celuloide se quedarán en tierra sin saber qué carajo hacer con sus vidas, se quedarán llorando como capitanes sin barcos, se quedarán llorando junto a los fogoneros, a los conductores, a los bonachones jefes de estación, a los guardagujas con sus inútiles lamparitas verdes y rojas; todos se quedarán como asonambulados,

como elementados, como esqueletos de vacunos mirando largamente el espectro de un tren corriendo en las líneas oxidadas de su memoria.

Harán desaparecer el tren que recorrió el siglo de arriba a abajo, se murió diciéndoles a sus perros sin nombre. Ya nunca más se verá la silueta oscura de un convoy atravesando los cerros ferruginosos del desierto más largo del mundo, hundiéndose en las quebradas, perdiéndose en la inmensidad alucinante de este ardiente purgatorio de arenas. Ya nunca más en la vida ningún hombre o mujer esperará a su amada o amado en ningún andén de estación de ningún pueblo del norte de la patria; nunca más se despedirá al hijo hombre que parte a trabajar a las salitreras infames, nunca jamás ninguna niña vestida de blanco nos hará señas de adiós riendo como un hada desde la ventanilla de un vagón enterrado, nunca más en la vida ningún niño moreno andará a pie descalzo equilibrándose en los rieles brillantes de sol de las estaciones pampinas. Y junto con desaparecer los rieles, los durmientes, las eclisas, las agujas y las palancas de cambio, con el tiempo terminarán por disgregarse también los terraplenes; se disiparán los peraltes, se dispersará la grava, se derramará el balasto; todo se lo llevará el demonio, todo se hará humo, reverberación, espejismo.

Desaparecerá el tren, amigos míos, y con él la última cuota de romanticismo del siglo, así se murió diciéndoles a sus perros el viejo Leoncio Santos mientras pensaba, fervoroso, con el mismo fervor con que ahora piensa que hoy sí que sí, carajo; hoy sí que llega mi Uberlinda Linares; en este tren sí que aparecerá su carita sonrisueña, su figura radiante, su inquietante mirada de medio lado; en este tren trémulo que ya va entrando a la estación, que ya comienza a detenerse jadeante, cubriéndolo completamente con sus vaharadas de vapor, con su lluvia de hollín, en este tren que le hiela el corazón de golpe cuando en una de las ventanillas del primer coche le parece ver el rostro de Uberlinda Linares pegado al vidrio polvoriento, como llorando un silencioso llanto inconsolable.

Pero en todos los trenes él cree ver su rostro amado a través de alguna ventanilla. Y aunque siempre se acerca temblando al coche de la visión, siempre, como ahora, su pobre espíritu es ganado por el desencanto, por la más negra de las desilusiones. Y es que ahora también, al detenerse completamente el convoy, del primer coche sólo descienden dos jóvenes enamorados que él reconoce enseguida como la pareja de amantes que, tiempo atrás, había llegado a la oficina en busca de trabajo y luego de tres días infructuosos, en que no hicieron más que pasearse abrazados y silenciosos por las calles del campamento, una noche terminaron por matarse con un tiro de dinamita a la orilla de la vía férrea, junto al templete de lata de una animita. El estruendo había hecho remecer los cimientos de las casas de calaminas y conmovido en gran manera el corazón de la gente.

Los dos jóvenes son los únicos que bajan del tren y Leoncio Santos, con los ojos enllantados, se da cuenta de que su Uberlinda Linares de nuevo no ha llegado, de nuevo no ha regresado, que va a tener que seguir esperando en esa estación

desierta, en esa estación desmantelada; en esa estación donde lo único que queda en pie es el requemado letrero con su nombre: Miraje, palabra que sólo después de muerto vino a saber que significaba espejismo. Tendrá que seguir esperando por los siglos de los siglos en esa estación inexistente en medio de la pampa en donde la locomotora ya comienza a bufar de nuevo, a tocar su campana sonámbula, a mover las bielas, a ponerse en marcha, a irse, a alejarse humeante por donde todavía se notan las huellas de los rieles levantados ya no recuerda cuántos años atrás; por ese terraplén barrido por el viento en donde todavía se ven las marcas atravesadas de los durmientes y aún es posible hallar un clavo de línea oxidándose a la orilla del peralte. Y mientras su corazón en delirio es perforado por el silbato del tren alejándose, prosiguiendo su irreal itinerario por las 142 estaciones espectrales, sus ojos dolorosos miran desvanecerse en el aire, en la ardua luz de la pampa, la silueta transparente, ilusoria, melancólica, del último vagón.